J. Krishnamurti

la verdadera revolución



LA VERDADERA REVOLUCION

J. KRISHNAMURTI

Título de la obra en inglés:
THE ONLY REVOLUTION

Primera edición junio 1972

Edición exclusiva para América

Impreso en España

Printed in Spain

Gráficas AMPURIAS, Vilamarí, 102 - Tel. 223 93 12 - Barcelona-15 - España

INDIA

1

La meditación no es un escape; no es una actividad que aísle o encierre el ser dentro de sí mismo, sino más bien el acto de comprender el mundo y su comportamiento. El mundo tiene poco que ofrecer salvo alimento, ropa y techo, además del placer con sus grandes infortunios.

Meditar es vagar, alejándose de este mundo hasta ser un extraño por completo. Entonces el mundo adquiere un sentido, y es constante la belleza de los cielos y la tierra. En tal caso el amor no es placer y de ahí surge toda acción que no es resultado de tensiones, de contradicción alguna, del empeño de hallar la propia realización, o de la arrogancia del poder.

La habitación tenía vista a un jardín, y treinta o cuarenta pies más abajo, estaba el ancho y expansivo río que era sagrado para algunos y, para otros, una bella extensión de agua abierta a los cielos y a la gloria de la mañana. Era posible distinguir siempre la otra orilla con su aldea y árboles frondosos y el trigo invernal recién sembrado. Desde esta habitación se podía ver la estrella de la mañana, y el sol levantándose suavemente sobre los árboles. Y el río se convertía en camino dorado para el sol.

Por la noche la habitación estaba muy oscura y la amplia ventana mostraba todo el cielo del sur. Y una noche llegó a esta habitación —con una gran agitación de alas— un pájaro. Prendí la luz, me levanté y lo vi

bajo la cama. Era un buho. Tenía como pie y medio de alto, ojos grandes, extremadamente abiertos, y un pico espantoso. Nos miramos uno a otro, muy cerca, a pocos pies de separación. El sentía miedo por la luz y por estar tan cerca de un ser humano. Nos miramos mutuamente sin pestañear por bastante tiempo, y nunca perdió su estatura y su fiera dignidad. Podían verse las crueles garras, las leves plumas y las alas sujetas fuertemente al cuerpo. Hubiera querido tocarlo, pasarle la mano, pero él no lo hubiera permitido. De modo que luego apagué la luz y por algún tiempo quedó la habitación en calma. Pronto hubo una agitación de alas —se podía sentir el aire tocar el rostro— y el buho había volado por la ventana. Nunca volvió de nuevo.

Era un templo muy antiguo; se decía que pudiera tener más de tres mil años, pero sabemos cómo exagera la gente. De cierto era viejo; había sido un templo budista y hace alrededor de siete siglos se convirtió en templo hindú, y en vez del Buda habían colocado un ídolo hindú. El interior estaba oscuro y allí el ambiente no era agradable. Tenía vestíbulos sostenidos por pilares, largos corredores esculpidos muy bellamente, y se percibía olor de murciélagos y de incienso.

Los devotos, recién bañados, entraban rezagados y dispersos, con las manos cruzadas, y caminaban alrededor de los corredores, prosternándose cada vez que pasaban frente a una imagen, cubierta de sedas brillantes. En el altar más oculto un sacerdote cantaba, y era agradable oír el sánscrito bien pronunciado. Él no tenía prisa, y las palabras fluían de las profundidades del templo con facilidad y gracia. Allí había

niños, mujeres ancianas y hombres jóvenes. Los profesionales se habían quitado sus pantalones europeos y las chaquetas y llevaban puestos los «dhotis». Y allí estaban, cruzadas las manos y los hombros desnudos, sentados o de pie, con gran devoción.

Y había una poza llena de agua —una poza sagrada— con muchos escalones que bajaban hasta el fondo y con pilares de roca cincelada a su alrededor. Se salía de la carretera empolvada, llena de ruido, bajo un sol luminoso y ardiente, y se llegaba aquí al templo, donde todo era sombra, oscuridad y quietud. No había ni velas ni gente arrodillada, salvo aquellos que hacían su peregrinaje alrededor del altar, mientras movían silenciosamente los labios con algún rezo.

Un hombre vino a vernos esa tarde. Dijo que era un creyente del «Vedanta». Hablaba muy bien el inglés porque se había educado en una de las universidades y estaba dotado de una viva y brillante inteligencia. Era un abogado que ganaba mucho dinero, y sus ojos penetrantes miraban a uno examinándole, midiéndole, y con cierta ansiedad. Aparentemente había leído mucho, incluyendo algo de teología occidental. Era un hombre de mediana edad, más bien alto y delgado, con la dignidad del abogado que había ganado muchos casos.

Nos dice: «Lo he oído hablar y lo que usted expone es puro vedismo traído de la antigua tradición y adaptado a esta época». Le preguntamos qué entendía él por vedismo y replicó: «Señor, nosotros sostenemos que sólo existe Brahma, quien creó el mundo y la ilusión de éste, y el Atma —que está en todo ser humano— pertenece a ese Brahma. El hombre tiene que despertar de esta conciencia cotidiana de la plu-

ralidad y del mundo manifestado igual que si despertara de un sueño. Tal como este soñador crea la totalidad de su sueño, la conciencia individual crea la totalidad del mundo manifiesto y otros pueblos. Usted, señor, no explica todo esto, pero seguramente quiere decir lo mismo, pues ha nacido y se ha criado en este país y, aunque ha estado gran parte de su vida en el extranjero, usted forma parte de esta antigua tradición. Esta tierra lo ha procreado, gústele o no; usted es un producto de la India y posee una mente hindú. Sus gestos, esa quietud de estatua que usted mantiene mientras habla y su mismo aspecto, son parte de la antigua herencia. Sus enseñanzas son seguramente la continuación de lo que nuestros antecesores han enseñado desde tiempo inmemorial.»

Echemos a un lado la idea de si el que habla es un hindú educado en esta tradición, condicionado por esta cultura y de si es el compendio de estas antiguas enseñanzas. En primer lugar, él no es un hindú, es decir, no pertenece a esta nación o a la comunidad de los brahmines, aunque haya nacido allí. Él niega la misma tradición con que usted lo ha investido. Él niega que sus enseñanzas sean la continuación de las antiguas. No ha leído ninguno de los libros sagrados de la India, o de Occidente porque no son útiles al hombre que se mantiene alerta a lo que está sucediendo en el mundo —el comportamiento de los seres humanos con sus teorías interminables, con su aceptación de una propaganda de dos mil a cinco mil años, la cual se ha convertido en la tradición, la verdad, la revelación.

Para un hombre que se niega a aceptar totalmente, completamente, la palabra, el símbolo, con su condicionamiento, para un hombre semejante, la verdad no

es un asunto de segunda mano. Si le hubiera escuchado, señor, sabría que él ha dicho desde el principio que cualquier aceptación de autoridad es la negación misma de la verdad, y que ha insistido en que tiene uno que estar fuera de toda cultura, tradición o moralidad social. Si le hubiera escuchado, entonces no diría que es un hindú o que continúa presentando la antigua tradición en lenguaje moderno. Él niega totalmente el pasado, sus maestros, sus intérpretes, sus teorías y sus fórmulas.

La verdad nunca está en el pasado. La verdad del pasado es la ceniza de la memoria. La memoria pertenece al tiempo, y en las cenizas muertas del ayer no se halla la verdad. La verdad es algo vivo, pero que no está dentro de los límites del tiempo.

Pues bien, habiendo puesto a un lado todo eso, podemos considerar ahora el asunto básico sobre Brahma, que es lo que usted postula. Su misma aseveración, señor, es con seguridad una teoría inventada por una mente imaginativa —ya sea Shankara o un teólogo erudito de hoy. Se puede tener cierta experiencia como prueba de una teoría y decir que se está en lo cierto, pero es el mismo caso del hombre que, habiéndose educado y condicionado en el mundo católico, tiene visiones de Cristo. Evidentemente, tales visiones son la proyección de su propio condicionamiento, y aquellos que se han criado en la tradición de Krishna tienen experiencias y visiones originadas en su cultura. De modo que la experiencia no prueba nada. El reconocer la visión como Krishna o Cristo es producto del conocimiento condicionado; por lo tanto, ello no es real en absoluto, sino una fantasía, un mito fortalecido por la experiencia y totalmente sin validez.

¿Por qué necesita usted una teoría en forma alguna y por qué postula una creencia? Esta constante afirmación de una creencia indica temor —temor al vivir cotidiano, temor al sufrimiento, temor a la muerte y a la total inutilidad de la vida. Cuando se ve todo esto, se inventa una teoría, y mientras más ingeniosa y erudita sea ésta, más peso tiene. Y después de dos mil a diez mil años de propaganda, esa teoría, invariablemente y tontamente, se convierte en «la verdad».

Pero si uno no postula dogma alguno, entonces se enfrenta cara a cara a lo que realmente es. Lo «que es» es pensamiento, placer, dolor y el miedo a la muerte. Cuando comprenda la estructura de su diario vivir —con su competencia, egoísmo, ambición y el ansia de poder— entonces verá no sólo el absurdo de las teorías, de los salvadores y gurús, sino también puede que halle la terminación del dolor, la terminación de toda la estructura creada por el pensamiento.

Penetrar dentro de esta estructura y comprenderla es meditar. Entonces verá que el mundo no es una ilusión, sino una realidad terrible que el hombre ha construido en su relación con el prójimo. Esto es lo que ha de comprenderse, y no sus teorías del Vedanta con los rituales y toda la «parafernalia» de la religión organizada.

Cuando el hombre es libre, sin nada que le cause miedo, envidia o dolor, sólo entonces está la mente realmente serena y en paz. En tal caso, no sólo puede ver la verdad en la vida diaria, de instante en instante, sino también puede ir más allá de toda percepción; ahí terminan por lo tanto, el observador y lo observado, y cesa la dualidad.

Pero más allá de todo esto, y sin estar relacionada

con esta lucha, esta vanidad y desesperación —y no se trata de una teoría— hay una corriente que no tiene principio ni fin; un movimiento inconmensurable que la mente nunca puede apresar.

Al enterarse de esto, señor, evidentemente va a convertirlo en una teoría, y si le gusta esta nueva teoría, la propagará. Pero lo que propaga no es la verdad. Tendrá la verdad sólo cuando esté libre del dolor, de la ansiedad y la agresividad que ahora ocupan su mente y corazón. Cuando vea todo esto, y alcance esa bendición que se llama amor, conocerá entonces la verdad de lo que se ha dicho.

2

Lo que importa en la meditación es la calidad del corazón y de la mente. No es lo que se lleva a cabo ni lo que se logra, sino más bien la calidad de una mente inocente y vulnerable. El estado positivo se adquiere a través de la negación. El mero acumular o vivir con la experiencia, niega la pureza de la meditación. La meditación no es un medio hacia un fin. Es ambas cosas: el medio y el fin. La mente nunca puede llegar a ser inocente por medio de la experiencia. La negación de la experiencia es lo que produce ese estado positivo de inocencia que no puede ser cultivado por el pensamiento. Nunca es inocente el pensamiento. La meditación es el acto de dar fin al pensamiento, pero no por el meditador, pues el meditador es la meditación. Si uno no medita, entonces es como un ciego en un mundo de gran belleza, luz y color.

Camine sin objeto por la orilla del mar y deje que esta cualidad meditativa lo envuelva. Si lo logra, no la persiga. Lo que persiga será la memoria de lo que fue —y lo que fue es la muerte de lo que es—. O cuando vague por los montes, deje que todo le hable de la belleza y del dolor de la vida, de modo que despierte a su propio dolor y al cese de éste. La meditación es la raíz, la planta, la flor y el fruto. Las palabras son las que dividen el fruto, la flor, la planta y la raíz. En esta separación, la acción no produce bondad; la virtud es la percepción total.

Era una carretera larga y sombreada, con árboles a ambos lados —una carretera estrecha que serpenteaba a través de los verdes campos de trigo refulgente, en sazón. El sol dibujaba sombras intensas, y las aldeas a cada lado de la carretera estaban sucias, mal cuidadas y sometidas a la pobreza. Las personas mayores se veían enfermas y tristes, pero los niños gritaban y jugaban en el polvo y tiraban piedras a los pájaros, en la copa de los árboles. Era una fría mañana, muy agradable, y corría una brisa fresca sobre los montes. Loros y «mainas» hacían mucho ruido esa mañana. Los loros apenas se veían entre las verdes hojas de los árboles. Como casas usaban agujeros que habían hecho en el tamarindo. Su vuelo en zig-zag era siempre ronco y chillón. Los «mainas», bastante mansos, estaban en el suelo. Le dejarían a uno acercarse mucho a ellos antes de escapar volando. Y la áurea cazamoscas, el pájaro dorado y verde, se posaba en los alambres, de un lado a otro de la carretera. Era una hermosa mañana, y el sol no estaba aún demasiado caliente. Flotaba en el aire una bendición, y se sentía esa paz que antecede al despertar del hombre.

Pasaba por esa carretera un vehículo tirado por un caballo. Tenía dos ruedas y una plataforma con cuatro postes y un toldo. Tendido de un lado a otro de las ruedas y envuelto en un paño blanco y rojo, estaba un cadáver, que llevaban al río para ser quemado en sus márgenes. Había un hombre sentado junto al conductor del vehículo, quizás su pariente, y el cuerpo del muerto iba saltando de arriba para abajo, porque no estaba muy plana la carretera. Venían de algún lugar bastante lejos, pues el caballo estaba sudando, y el cuerpo muerto, a pesar de las sacudidas durante todo el camino, parecía estar muy rígido.

El hombre que vino a vernos más tarde ese día dijo que era instructor de artillería en la marina de guerra. Había venido con su mujer y dos hijos, y parecía muy serio. Después de saludarnos, dijo que le gustaría encontrar a Dios. No era muy comunicativo, más bien tímido, probablemente. Las manos y el rostro mostraban su capacidad, pero había cierta dureza en su voz y en su mirada, pues después de todo, era instructor en métodos para matar. Al parecer Dios estaba muy distante de sus actividades diarias. Todo parecía tan misterioso porque he aquí un hombre que afirmaba ser sincero en su búsqueda de Dios y, sin embargo, su medio de subsistencia lo obligaba a enseñar a otros el arte de matar.

Decía que era una persona religiosa y que había vagado de una escuela a otra para ver a diferentes hombres reconocidos como santos. Todos lo dejaron insatisfecho, y ahora había hecho un largo viaje por tren y autobús para venir a vernos porque deseaba saber cómo alcanzar ese mundo extraño que hombres y santos han buscado. Su esposa e hijos permanecían en sus asientos muy callados y respetuosos. Y afuera, en una rama cerca de la ventana, se posaba una paloma de color castaño claro, arrullandose suavemente. El hombre nunca se detuvo a mirarla, y los niños y la madre se mantenían rígidos, nerviosos y sin una sonrisa.

No podemos encontrar a Dios; no hay camino que nos conduzca a él. El hombre ha inventado muchos senderos, muchas religiones, muchas creencias, salvadores y maestros, los cuales, según cree, le ayudarán a encontrar la dicha que no es pasajera. La desgracia de la búsqueda está en que ella despierta alguna fantasía de la mente, alguna visión que la mente ha pro-

yectado y medido a base de cosas conocidas. El amor que el hombre busca es destruido por su comportamiento en la vida. No podemos llevar una arma en una mano y a Dios en la otra. Dios es sólo un símbolo, una palabra que realmente ha perdido su sentido porque las iglesias y los lugares dedicados a adorarle lo han destruido. Por supuesto, si uno no cree en Dios, es igual que el creyente; ambos sufren y pasan por el infortunio de una vida corta y vana; y la amargura de cada día convierte la vida en una cosa sin sentido. La realidad no se halla al final de la corriente del pensamiento, y el corazón vacío se llena con las palabras del pensamiento. Llegamos a ser muy listos inventando nuevas filosofías, y entonces nace la amargura con el fracaso de ellas. Inventamos teorías con el objeto de alcanzar lo ulterior. Y el devoto va al templo y se pierde en las fantasías de su propia mente. El monje y el santo no descubren la realidad porque ambos son parte de una tradición, de una cultura que los reconoce como tales: santos y monjes.

La paloma ha volado, y la belleza de la montaña de nubes desciende sobre la tierra —y la verdad está ahí, donde nunca ponemos la mirada.

3

Era un viejo jardín mogol con muchos árboles copiosos. Había grandes monumentos, oscuros en su interior, con sepulcros de mármol. La lluvia y el mal tiempo habían puesto negra la piedra, y aun más negras las bóvedas. En esas bóvedas se alojaban cientos de palomas, que pelearían con los cuervos por un sitio. Y más abajo, en la bóveda, estaban los loros, que llegaban en grupos desde todas partes.

Había céspedes mantenidos primorosamente con buena poda y buen riego. Era un lugar tranquilo y sorprendía que no hubiera demasiada gente. Algunas noches los sirvientes del vecindario venían con sus bicicletas, y se reunían sentados en el césped para jugar a las cartas. Ellos entendían el juego, pero un extraño observándoles no podría verles ni pies ni cabeza. También había tertulias de niños jugando en el césped de una tumba diferente.

Había una tumba que era singularmente majestuosa con sus grandes arcos bien proporcionados y una pared asimétrica en su parte posterior. Estaba hecha de ladrillos, y el sol y la lluvia la habían tornado oscura, casi negra. Un rótulo indicaba que no se cogieran las flores, pero nadie parecía prestarle mucha atención porque las cogían a pesar de todo.

Había una avenida de eucaliptos, y detrás de ella, un jardín de rosas rodeado de muros ruinosos. Este

jardín, cuidado con esmero, mostraba rosas magníficas, y la hierba estaba siempre verde, recientemente cortada. Al parecer poca gente venía a este jardín, y se podía caminar por todas partes en completa soledad, viendo el sol ponerse tras los árboles y tras la bóveda de la tumba. Especialmente, al atardecer, con las largas sombras oscuras, había allí mucha paz, lejos del ruido del pueblo, de la pobreza y de la fealdad de los ricos. Algunos gitanos estaban entresacando la maleza del césped. Era del todo un lugar hermoso —pero el hombre iba poco a poco echándolo a perder.

En uno de los rincones apartados del césped, estaba sentado un hombre con las piernas cruzadas, y su bicicleta junto a él. Había cerrado sus ojos, y sus labios se movían. Se había mantenido más de hora y media en esa posición, completamente insensible para el mundo, para los transeúntes y para el chillido de los loros. Su cuerpo estaba completamente inmóvil. En sus manos tenía un rosario cubierto con un pedazo de tela. Aparte de los labios, sólo se podía ver el movimiento de los dedos. Venía a este lugar todos los días al atardecer, y seguramente después del trabajo diario. Era más bien pobre, bastante bien nutrido, y siempre venía a ese rincón y se quedaba perdido en sí mismo. Si usted le hubiera preguntado, le habría dicho que estaba meditando, repitiendo alguna oración o algún «mantra» —y para él, eso era más que suficiente—. En ello encontraba el descanso que lo alejaba de la monotonía de la vida diaria. Estaba solo sobre el césped. Detrás de él había un jazmín floreciente; muchas flores caían al suelo, y la belleza del momento lo rodeaba. Pero él nunca veía esa belleza, porque se hallaba perdido en la belleza de su propia hechura.

La meditación no estriba en repetir la palabra, ni en pasar por la experiencia de una visión, ni en cultivar el silencio. La cuenta del rosario y la palabra, sí aquietan la mente charlatana, pero ésta es una forma de autohipnosis. Tendría el mismo efecto tomar un estupefaciente.

Meditar no es estar embebido en un patrón de pensamiento, en la fascinación del placer. La meditación no tiene principio y, por lo tanto, tampoco tiene fin.

Si uno dice: «Empezaré hoy a controlar mis pensamientos, a sentarme sosegadamente en posición meditativa, a respirar con ritmo regular» —en tal caso se halla uno preso en las tretas con que se engaña a sí mismo. La meditación no es cosa de estar absorto en alguna idea o imagen grandiosa: Eso sólo aquieta a uno por un instante, del mismo modo que un niño absorbido por un juguete se aquieta de momento. Pero tan pronto cesa el interés por el juguete, comienza de nuevo la inquietud y la travesura.

La meditación no es el acto de seguir un sendero invisible que conduce a alguna dicha imaginaria. La mente que medita está viendo —vigilando, escuchando, sin palabras, sin comentarios, sin opiniones— atenta al movimiento de la vida en todas sus relaciones durante el día. Y por la noche, cuando todo el organismo descansa, la mente meditativa no tiene sueños porque ha estado despierta todo el día. Sólo el indolente tiene sueños; sólo el que se mantiene medio dormido necesita las insinuaciones de su propia condición. Pero mientras la mente vigila, escucha el movimiento de la vida, tanto el exterior como el interior. Sólo a una mente que así funciona, llega un silencio que no es producto del pensamiento.

No es un silencio que pueda experimentar el observador. Si éste en realidad lo percibe y lo reconoce, ya

no es silencio. El silencio de la mente meditativa no se halla en las fronteras del reconocimiento pues este silencio no tiene límites. Sólo hay silencio: aquel en que cesa el espacio de la separación.

Los montes se estaban ocultando tras las nubes, y la lluvia pulía las rocas, enormes peñascos rodados que se esparcían por las vertientes. Había una veta negra en el granito gris, y esa mañana la lluvia lavaba el oscuro basalto, que iba poniéndose más negro.

Las charcas se llenaban, y las ranas dejaban escapar graves sonidos de sus gargantas. Un grupo completo de loros venían de los campos en busca de abrigo, y los monos trepaban a los árboles. Y la roja tierra se tornó más oscura.

Hay un silencio peculiar cuando llueve, y esa mañana parecía que todos los sonidos habían cesado en el valle —los sonidos de la finca, del tractor y del corte de la madera—. Sólo se oía el agua que goteaba de los tejados, y los canalones estaban burbujeando.

Era realmente extraordinario experimentar la sensación de la lluvia en el cuerpo, calarse hasta los huesos, y sentirse unido a la tierra y a los árboles para recibir la lluvia con gran deleite; pues no había llovido por algún tiempo, y ahora las pequeñas grietas en la tierra se estaban cerrando. Los ruidos de las muchas aves habían cesado con la lluvia, las nubes venían del este, oscuras, excesivamente cargadas, y eran empujadas hacia el oeste; los montes iban alejándose con ellas, y el olor de la tierra se esparcía por todos los rincones. Llovió todo el día.

Y en la quietud de la noche, los buhos ululaban a través del valle.

Era un maestro de escuela, un brahmín vestido con

limpio «dhoti». Estaba descalzo, y llevaba puesta una camisa occidental. Era desenvuelto, con ojos perspicaces, al parecer apacible en sus modales, y el saludo que nos dio demostraba su humildad. No era demasiado alto, y hablaba muy bien el inglés, pues era maestro de este idioma en el pueblo. Dijo que no ganaba mucho dinero, y que como todos los maestros en el mundo, se le hacía difícil cubrir sus necesidades. Por supuesto, era casado y tenía hijos, pero parecía echar esto a un lado como si no le importara en absoluto.

Era un hombre orgulloso, con ese orgullo peculiar que no viene del éxito, no el orgullo del bien nacido o del rico, sino el orgullo de una raza antigua, del representante de una vieja tradición y de un sistema de pensamiento y de moral que, de hecho, nada tenía que ver con lo que él era en realidad. Su orgullo estaba en el pasado que representaba, y la tendencia a echar a un lado las complicaciones de su vida presente mostraba la actitud del hombre que las cree inevitables, pero innecesarias. Tenía la dicción del Sur, dura y fuerte. Dijo que había escuchado las charlas, aquí, bajo los árboles, por muchos años. En efecto, su padre lo había traído cuando era un joven todavía en el colegio. Luego cuando obtuvo el miserable empleo que ahora ocupa, venía todos los años.

«Llevo escuchándole a usted, muchos años. Quizás comprendo intelectualmente lo que dice, pero no penetra en mí a gran profundidad. Me gusta el relieve de los árboles bajo los cuales se sienta usted a hablar; y contemplo la puesta del sol en que fija su atención —como lo hace a menudo en sus charlas— pero yo no puedo *sentirlo*, no puedo tocar la hoja y sentir el júbilo de las sombras que danzan en el suelo. No tengo emociones de ninguna clase, en efecto. He leído mucho, natu-

ralmente, tanto literatura inglesa como la de este país. Puedo recitar poemas, pero se me escapa la belleza que está detrás de la palabra. Me estoy volviendo más duro no sólo con mi esposa y mis hijos, sino también con todo el mundo. Me pregunto cómo puedo haber perdido el deleite de una puesta de sol —¡si alguna vez lo tuve!— Me gustaría saber por qué no me afectan fuertemente los males que existen en el mundo. Me parece que todo lo veo intelectualmente y puedo discutir muy bien con cualquiera —al menos eso creo—. Entonces, ¿cuál es la causa de este vacío que separa el intelecto del corazón? ¿Por qué he perdido el amor y el sentimiento de una piedad y un interés genuinos?»

Mire esa buganvilla fuera de la ventana. ¿Es que la ve usted? ¿Ve la luz en ella, la transparencia, el color, su forma y calidad?

«La miro, pero no significa nada en absoluto para mí. Y hay millones de personas como yo. De modo que vuelvo a la pregunta: ¿Cuál es la causa de este vacío entre el intelecto y los sentimientos?»

¿Se debe acaso a que se nos ha educado mal, cultivando únicamente la memoria, y desde los primeros años de la niñez, nunca se nos ha mostrado un árbol, una flor, un pájaro, o una extensión de agua? ¿Se debe a que hemos hecho mecánica la vida? ¿Es por el exceso de población? Para cada empleo hay miles que lo necesitan. ¿O se debe al orgullo, al orgullo por su propia eficiencia, al orgullo de raza, orgullo del pensamiento sagaz? ¿Cree usted que es esto?

«Si usted quiere saber si soy orgulloso, sí lo soy».

Pero es sólo una de las razones para demostrar por qué nos domina el intelecto. ¿No es acaso que las palabras se han vuelto extraordinariamente importantes, y no lo que está por encima o más allá de ellas? ¿O será

porque está usted frustrado, bloqueado en varios sentidos, de lo cual puede que no esté consciente del todo? En el mundo de hoy se rinde culto al intelecto y mientras más inteligente y sagaz es usted, más progresa.

«Posiblemente cuenten todas estas cosas, ¿pero es que importan mucho? Por supuesto que podríamos seguir analizando indefinidamente, describiendo la causa, pero; ¿cerrará ello la brecha entre la mente y el corazón? Eso es lo que quiero saber. He leído algunos libros de psicología y nuestra propia literatura antigua, pero nada enciende mi ánimo. Por eso vengo a verle ahora, aunque tal vez sea ya demasiado tarde para mí.»

¿En realidad le interesa que estén unidos la mente y el corazón? ¿No está de veras satisfecho con sus capacidades intelectuales? Quizás el problema de cómo unir la mente y el corazón sea meramente académico. ¿Por qué le preocupa que se logre esa unión? ¿Es esta preocupación aún del intelecto y no brota —¿no es así?— de un verdadero interés por el deterioro de sus sentimientos, los cuales son parte de usted mismo? Usted ha dividido la vida en intelecto y corazón y observa de manera intelectual cómo va secándose su corazón, y ello le preocupa verbalmente. ¡Déjelo que se seque! Viva sólo en el plano del intelecto. ¿Es eso posible?

«Yo de veras tengo sentimientos».

¿Pero no son esos sentimientos en realidad sentimentalismo, propia indulgencia emocional? No estamos hablando de eso, seguramente. Estamos diciendo: «*Muera* para el amor; éste no importa. Viva eternamente en su intelecto y con sus manipulaciones verbales, sus astutos razonamientos. Y cuando en efecto viva ahí, realmente, ¿qué ocurre? Lo que está usted objetando es la destrucción de ese intelecto que tanto venera. Toda destrucción trae multitud de problemas. Usted probablemente ve el

efecto de las actividades intelectuales en el mundo —las guerras, la competencia, la arrogancia del poder— y quizás está temeroso de lo que va a ocurrir, temeroso de la falta de esperanza y de la desesperación del hombre.

Mientras exista esta división entre los sentimientos y el intelecto, y uno no domine al otro, el uno tiene que destruir al otro; no hay puente que se pueda tender entre ambos. Usted puede haber escuchado estas charlas por muchos años, y tal vez ha estado haciendo grandes esfuerzos por unir la mente y el corazón, pero este esfuerzo es de la mente y, por lo tanto, ésta domina el corazón. El amor no pertenece a ninguno de los dos, porque en él no está el poder de dominar. No es una cosa creada por el pensamiento ni por el sentimiento. No es una palabra del intelecto a una respuesta sensorial. Usted dice: «He de tener amor, y para tenerlo tengo que cultivar el corazón». Pero este cultivo es de la mente, y así mantiene usted a ambos separados; no se puede salvar el vacío entre los dos o unirlos con un propósito utilitario. El amor está al comienzo, no al final de un empeño.

«Entonces, ¿qué he de hacer?»

Ahora sus ojos brillaban más; había un movimiento en su cuerpo. Miró fuera de la ventana, y ya empezaba lentamente a enardecérsele el ánimo.

Usted no puede hacer nada. ¡Manténgase fuera de ello! Y escuche; y vea la belleza de esa flor.

4

La meditación es el despliegue de lo nuevo. Lo nuevo está más allá y por encima del pasado que se repite —y la meditación es el final de esta repetición. La muerte que la meditación ocasiona es la inmortalidad de lo nuevo. Lo nuevo no se halla dentro del área del pensamiento, y la meditación es el silencio del pensamiento.

La meditación no es un logro ni consiste en apresar una visión ni en ser incitado por la sensación. Es como el río que, indómito, va corriendo a prisa y rebasando sus márgenes. Es música sin sonido; no puede ser domesticada ni hacerse uso de ella. Es el silencio en que el observador ha cesado desde el principio mismo.

El sol no había salido aún; podía verse la estrella de la mañana a través de los árboles. Había un silencio que era realmente extraordinario. No el silencio entre dos sonidos o entre dos notas, sino el silencio que existe sin razón alguna —el silencio que tiene que haber existido en el principio del mundo. Ese silencio llenaba todo el valle y las colinas.

Los dos buhos grandes se llamaban uno al otro, sin nunca perturbar ese silencio, y un perro, que de lejos ladraba a la luna tardía, formaba parte de esta inmensidad. El rocío era peculiarmente denso, y el sol, mientras se levantaba sobre el monte, resplandecía en muchos colores y con el brillo de sus primeros rayos.

Las delicadas hojas de la jaracandá estaban cargadas

de rocío, y los pájaros venían a darse su baño matinal, agitando las alas para que el rocío humedeciera totalmente sus plumas. Los cuervos se mostraban en particular persistentes; saltaban de una a otra rama, introduciendo bruscamente las cabezas a través de las hojas, agitando las alas y acicalándose a sí mismos. Como media docena de ellos se posaban sobre una rama fuerte, y había muchos otros dispersos en el árbol, tomando su baño matinal.

Y este silencio se alargaba, y parecía ir más allá de las colinas. Se oían los ruidos usuales de niños gritando, y sus risas. Y la hacienda empezaba a despertar.

Iba a ser un día frío, y ahora los montes estaban recibiendo la luz del sol. Eran montes muy viejos, probablemente los más viejos en el mundo —con rocas de formas raras que parecían haber sido cinceladas con mucho cuidado, una montada en equilibrio al tope de la otra; pero ni viento ni contacto alguno podía librarlas de este equilibrio.

Era un valle muy alejado de los pueblos, y la carretera que lo cruzaba conducía a otra aldea. La carretera era escabrosa y no había carros ni autobuses que turbaran la antigua quietud de esta aldea. Pasaban carretas de bueyes, pero su movimiento era parte de los montes. Se veía el lecho de un río seco, que sólo corría con las aguas de fuertes lluvias, y el color era una mezcla de rojo, amarillo y castaño; y él también parecía moverse con los montes. Y los aldeanos, que caminaban silenciosamente, se asemejaban a las rocas.

El día pasó lentamente, y hacia al final del crepúsculo, mientras el sol se ponía sobre los montes del oeste, el silencio venía de muy lejos, sobre los montes, a través de los árboles, cubriendo los pequeños arbustos y la vieja higuera sagrada (banyan). Y tal

como las estrellas se ponían brillantes, así el silencio creció en gran intensidad; apenas podía uno soportarlo.

Se apagaron las pequeñas lámparas de la aldea, y con el sueño la intensidad del silencio se hizo más profunda, más amplia e increíblemente abrumadora. Aun los montes se tornaron más serenos, porque también ellos habían suspendido sus murmullos, su movimiento, y parecían perder su peso inmenso.

Dijo que tenía cuarenta y cinco años. Estaba cuidadosamente vestida con un «sari» y llevaba algunas ajorcas en las muñecas. El hombre mayor que la acompañaba era su tío, según dijo él. Todos estábamos sentados en el suelo, con vista a un gran jardín que tenía una higuera sagrada, unos pocos árboles de mangó, la brillante buganvilla y las crecientes palmeras. Ella parecía estar inmensamente triste. Sus manos se movían inquietas y estaba tratando de no desatarse en palabras y quizás en lágrimas. El tío dijo: «Venimos a hablarle acerca de mi sobrina. Su esposo murió hace pocos años, y después su hijo, y ahora no puede dejar de llorar y ha envejecido terriblemente. No sabemos qué hacer. Los consejos acostumbrados de los doctores no parecen tener efecto, y posiblemente esté perdiendo el contacto con sus otros hijos. Se está poniendo más delgada. No sabemos cómo terminará todo esto, y ella ha insistido en que le veamos a usted.»

«Perdí a mi esposo hace cuatro años; era doctor y murió de cáncer. Me lo había ocultado y sólo el último año me enteré de ello. Sufría intensamente a pesar de la morfina y los otros sedativos que le daban los doctores. Ante mis propios ojos se fue consumiendo y murió».

Calló, casi ahogada en sus propias lágrimas. Una paloma se posaba en la rama arrullándose tranquilamente. Era de color gris castaño, con una cabeza pequeña y un cuerpo grande —no demasiado grande, puesto que era una paloma. Luego salió volando, y la rama se columpiaba de arriba abajo por la presión del vuelo.

«De ningún modo puedo soportar esta soledad, esta existencia que carece de sentido sin él. Yo amaba a mis hijos; tenía tres, un niño y dos niñas. Un día, el año pasado, el niño escribió desde la escuela que no se sentía bien y poco después, el director me llamó por teléfono para decirme que había muerto».

En este momento empezó a sollozar sin poder controlarse. Luego mostró la carta del niño donde expresaba su deseo de volver al hogar porque se sentía enfermo, y también esperaba que ella estuviera bien. Explicó que el niño estaba preocupado por ella; no hubiera querido ir a la escuela, sino permanecer a su lado. Y ella más o menos lo obligó a ir, temerosa de que su dolor pudiera afectarle. Ahora era demasiado tarde. Las dos niñas, añadió ella, no tenían plena conciencia de todo lo ocurrido porque eran muy jóvenes. Súbitamente prorrumpió: «No sé qué hacer. Esta muerte ha sacudido los verdaderos cimientos de mi vida. Como una casa, nuestro matrimonio estaba construido sobre una base profunda, según creíamos. Ahora este acontecimiento enorme lo ha destruido todo.»

El tío tiene que haber sido un creyente, un tradicionalista porque añadió. «Dios ha descargado sobre ella esta pena. Ella ha pasado por todo el ceremonial necesario pero no le ha servido de nada. Creo en la reencarnación, pero esto no la consuela. Ni siquiera

desea hablar sobre ello. Nada tiene sentido para ella y no hemos podido ayudarle en forma alguna.»

Estuvimos allí sentados en silencio por algún tiempo. Su pañuelo estaba ya empapado; sacamos uno limpio de la gaveta y con él secó las lágrimas de sus mejillas. La roja buganvilla atisbaba por la ventana, y la luz brillante del sur reposaba en todas las hojas.

¿Quiere usted hablar de esto seriamente —ir a la raíz de todo ello? ¿O desea consolarse con alguna explicación, con algún tema razonado, y que algunas palabras halagüeñas la distraigan de su dolor?

Ella explicó: «Me gustaría penetrar profundamente en la cuestión, pero no sé si tengo la capacidad o la energía para enfrentarme a lo que usted va a decir. Cuando mi esposo vivía, acostumbrábamos venir a algunas de sus charlas, pero ahora puede que sea difícil para mí seguir sus palabras.»

¿Por qué sufre usted? No dé una explicación, pues sólo sería una construcción verbal de su sentimiento, y no será el hecho real. De modo que cuando hagamos una pregunta, no conteste, por favor. Simplemente escuche y trate de hallar la respuesta para usted. ¿Por qué existe el dolor de la muerte —en todos los hogares, ricos y pobres, desde el más poderoso en la tierra hasta el mendigo? ¿Por qué sufre usted? ¿Es por su esposo— o es por usted misma? Si llora por él, ¿pueden las lágrimas de usted ayudarlo? Él se ha ido irrevocablemente. No importa lo que usted haga, nada puede devolvérselo. Ni lágrimas, ni creencias, ni ceremonias o dioses pueden volverlo a la vida. Es un hecho que usted tiene que aceptar; nada puede hacer con ello. Pero si llora por usted misma, por su soledad, su vida vacía, por los placeres sensuales de que disfrutaba y

la compañía de él, entonces llora, ¿no es así?, por su propia vacuidad, por lástima de sí misma.

Quizás por primera vez, se da usted cuenta de su propia pobreza interior. Usted ha invertido en su esposo —¿no es cierto?, si se nos permite decirlo amablemente; ¿y esa inversión ha producido para usted comodidad, satisfacción y placer? Todo lo que está sintiendo ahora —la sensación de pérdida, la agonía de la soledad y la ansiedad— es una forma de lástima propia, ¿no es así? Obsérvelo. No endurezca su corazón resistiendo, ni diga: «Amo a mi esposo y no estaba pensando nada en mí. Quería protegerlo, aun cuando a menudo trataba de dominarlo; pero hacía todo por su bien y nunca pensé en mí». Ahora que él se ha ido, ¿no es cierto que usted se está dando cuenta de su verdadera condición? La muerte de él la ha sacudido y le ha mostrado su verdadero estado de mente y corazón. Puede que usted no quiera mirarlo; que por miedo lo rechace, pero si observa un poco más, verá que está llorando por su propia soledad, por su propia pobreza interior —esto es, por lástima propia.

«Usted es algo cruel, ¿verdad, señor?» dijo ella: «He venido a verle buscando verdadero consuelo y, ¿qué me está dando usted?»

Es una de las ilusiones de mucha gente —que existe tal cosa como consuelo interior; que cualquiera otro puede darle consuelo o que puede hallarlo por sí misma. Temo que tal cosa no existe. Si usted está buscando consuelo, está sujeta a vivir en la ilusión y cuando se rompe esa ilusión, usted se entristece porque le han quitado todo consuelo. Por lo tanto, para comprender el dolor o para trascenderlo, uno tiene que ver realmente lo que está ocurriendo en su interior, sin ocultarlo. El señalar todo esto no es crueldad, ¿cree usted?

No es nada feo de lo cual deba uno avergonzarse. Cuando usted ve todo esto con mucha claridad, entonces sale de ello inmediatamente, sin un rasguño, pura, fresca, inmutable ante los acontecimientos de la vida. La muerte es inevitable para todos nosotros; nadie puede escapar de ella. Tratamos de buscar toda clase de explicaciones, apoyarnos en toda clase de creencias con la esperanza de ir más allá de la muerte, pero haga lo que haga, está siempre ahí, mañana, o a la vuelta de la esquina, o muchos años distantes —siempre está ahí. Tiene uno que palpar este hecho enorme de la vida.

«Pero...» interrumpió el tío, y expuso la creencia tradicional en Atma, el alma, la entidad permanente que continúa. Ahora estaba él en su elemento, en camino bien trillado, con citas y argumentos sagaces. Repentinamente le vio uno sentarse derecho y encenderse, en sus ojos la luz de la batalla, la batalla de palabras. La simpatía, el amor y la comprensión habían desaparecido. Se hallaba en su sagrado terreno de creencia, de tradición, pisoteado por el fuerte peso del condicionamiento: «¡Sí, el Atma está en cada uno de nosotros! Renace y continúa hasta darse cuenta de que es Brahma. Tenemos que pasar por el dolor para llegar a esa realidad. Vivimos en la ilusión, el mundo es una ilusión. Hay una sola realidad.»

Y así terminó. Ella me miró sin prestarle mucha atención, y una sonrisa amable comenzó a aparecer en su rostro. Y ambos miramos la paloma que había vuelto y la brillante y roja buganvilla.

No hay nada permanente en la tierra ni en nosotros. El pensamiento puede darle continuidad a algo en que reflexione; puede darle permanencia a una palabra, a una idea, a una tradición. El pensamiento se cree a sí mismo permanente, ¿pero es permanente? El pen-

samiento es la respuesta de la memoria, ¿y es permanente esa memoria? Puede construir una imagen y darle a esa imagen continuidad, permanencia, llamándola Atma o lo que sea, y puede recordar el rostro del esposo o de la esposa y asirse a él. Todo esto es la actividad del pensamiento, que crea el temor, y de ese temor nace la urgencia por lo permanente —el miedo de no tener el sustento mañana, o abrigo— el miedo a la muerte. Este miedo es producto del pensamiento, y Brahma también lo es.

El tío replicó: «La memoria y el pensamiento son como una vela. Uno la apaga y la prende de nuevo; olvida y luego recuerda otra vez. Se muere y se renace de nuevo en otra vida. La llama de la vela es la misma —y no es la misma. De modo que en la llama hay cierta clase de continuidad.»

Pero la llama que se apagó no es la misma llama nueva. Tiene que terminar lo viejo para que nazca lo nuevo. Si hay una constante continuidad modificada, entonces no hay nada nuevo en absoluto. Miles de ayeres no pueden hacerse nuevos; aun la vela puede consumirse a sí misma. Todo tiene que terminar para que exista lo nuevo.

Ahora el tío no puede depender de citas o creencias o de dichos ajenos, de modo que se concentra en sí mismo y se aquieta intrigado o quizás colérico porque se ha desenmascarado a sí mismo y, como su sobrina, no quiere enfrentarse al hecho.

«Yo no estoy interesada en nada de esto», dijo ella. «Soy por completo infeliz. He perdido a mi esposo y a mi hijo, y me quedan estas dos niñas. ¿Qué he de hacer?»

Si se preocupa por las dos niñas, no puede preocuparse por usted y por su desgracia. Usted tiene que velar

por ellas, educarlas bien, criarlas fuera de la mediocridad acostumbrada. Pero si está consumida por la compasión que se tiene a sí misma, lo que llama «amor por su marido», y si se mantiene aislada, entonces está destruyendo también a sus dos hijas. Consciente o inconscientemente todos somos por completo egoístas, y siempre que obtengamos lo que queremos, todo está bien para nosotros. Pero tan pronto un acontecimiento lo hace todo pedazos, gritamos desesperados, esperando hallar otras cosas que nos consuelen, las cuales, por supuesto, serán de nuevo destrozadas. Así, este proceso continúa y si usted quiere mantenerse presa en él, sabiendo muy bien cuáles son sus implicaciones, entonces, adelante. Pero si ve el absurdo de todo ello, tiene entonces que dejar de llorar, naturalmente, dejar de aislarse a sí misma, y vivir junto a sus hijas con una nueva luz y con una sonrisa en el rostro.

5

El silencio posee muchas cualidades. Existe el silencio entre dos ruidos, el silencio entre dos notas y el silencio que se va expandiendo en el intervalo entre dos pensamientos. Hay este silencio peculiar, sereno, penetrante, que emana de un atardecer en el campo; hay el silencio a través del cual se oye el ladrido de un perro a la distancia o el silbido de un tren según va subiendo precipitadamente la pendiente; el silencio en una casa donde todo el mundo duerme, y su énfasis peculiar cuando uno se despierta a la medianoche y escucha el grito del buho en el valle; y hay ese silencio anterior a la respuesta de la hembra del buho. Está el silencio de una vieja casa desierta y el silencio de una montaña; que comparten dos seres humanos cuando ambos han visto la misma cosa, han sentido lo mismo, y han actuado.

Esa noche, particularmente en el valle lejano, que mostraba los más viejos montes con sus rocas de formas extrañas, el silencio era tan real como la pared que uno tocaba. Y por la ventana se contemplaban las brillantes estrellas. No era un silencio que surgiera por generación propia; ni que la tierra estuviera tranquila y los aldeanos dormidos, sino que procedía de todas partes —de las estrellas distantes, de aquellos montes oscuros y de la propia mente y corazón. Este silencio

parecía cubrirlo todo, desde el menudo grano de arena en el lecho del río —que sólo sabía del agua corriente cuando llovía— hasta la alta y desparramada higuera sagrada (banyan) y una leve brisa que empezaba a sentirse. Existe el silencio de la mente que nunca es afectada por ruido alguno, por algún pensamiento o por el viento pasajero de la experiencia. Es este silencio el que es inocente y, por tanto, infinito. Cuando hay silencio de esta clase en la mente, la acción surge de él, y esta acción no causa confusión ni desdicha.

La meditación de una mente que se halla en completo silencio es la bendición que el hombre está siempre buscando. En este silencio están todas las cualidades inherentes al silencio mismo.

Hay ese extraño silencio que invade un templo o una iglesia vacía en un lugar recóndito del país, lejos del ruido de turistas y adoradores; y el pesado silencio yaciente en el agua es parte de aquello que está fuera del silencio de la mente.

La mente meditativa contiene todas estas variedades, cambios y movimientos del silencio. Esa es la mente de veras religiosa, y el silencio de los dioses es el silencio de la tierra. La mente meditativa fluye en este silencio, y es el amor su línea de conducta. En este silencio hay risa y bienaventuranza.

El tío volvió, esta vez sin la sobrina que había perdido al esposo. Estaba vestido con mayor cuidado, también más inquieto y preocupado, y su rostro se había oscurecido con motivo de su agitación y seriedad. El piso donde nos sentamos era duro, y la roja buganvilla estaba allí mirándonos a través de la ventana. La paloma vendría probablemente un poco más tarde. Siempre llegaba alrededor de esta hora de la mañana. Por costumbre

se posaba en esa rama, en el mismo lugar, de espaldas a la ventana, y su cabeza señalando hacia el sur. Su arrullo entraría suavemente por la ventana.

«Me gustaría hablar acerca de la inmortalidad y de la perfección de la vida, según ésta evoluciona hasta la realidad última. Juzgando por lo que usted dijo el otro día, usted tiene la percepción directa de la verdad, y nosotros sin conocerla, sólo creemos en ella. Nosotros nada sabemos realmente del Atma; sólo estamos familiarizados con la palabra. El símbolo para nosotros se ha convertido en lo real, y si se describe el símbolo —lo que hizo usted el otro día— nos atemorizamos. Pero a pesar de este miedo nos agarramos al símbolo porque en realidad nada sabemos con excepción de lo que se nos ha enseñado, de lo que los maestros anteriores han dicho, y siempre llevamos sobre nosotros el peso de la tradición. Así, en primer lugar, quisiera saber por mí mismo si existe esta Realidad que es permanente, esta Realidad, llámese como quiera —Atma o alma— la cual continúa después de la muerte. No le temo a la muerte. Me he enfrentado a la muerte de mi esposa y de algunos de mis hijos, pero me preocupa este Atma como una realidad. ¿Hay en mí esta entidad permanente?»

Cuando hablamos de permanencia, ¿nos referimos —¿no es así?— a algo que continúa a pesar del cambio constante a su alrededor, a pesar de las experiencias, a pesar de todas las ansiedades, tristezas y barbaridades? ¿Algo que es imperecedero? En primer lugar, ¿cómo puede uno descubrirlo? ¿Puede buscarse por medio del pensamiento, de las palabras? ¿Puede encontrarse lo permanente por medio de lo que no es permanente? Antes que nada, ¿cómo puede uno averiguarlo? ¿Puede ser buscado mediante el pensamiento, las palabras?

¿Puede buscarse lo inmutable a través de aquello que está cambiando constantemente —o sea, mediante el pensamiento? El pensamiento puede darle permanencia a una idea, bien sea el Atma o el alma, y decir: «Esto es lo real», porque el pensamiento engendra el miedo a este cambio constante, y de ese miedo viene el deseo de buscar algo permanente —una relación permanente entre seres humanos, una permanencia en el amor.

El pensamiento mismo *carece* de permanencia, *es* cambiante, por lo tanto, cualquier cosa que invente como estable será igual que él: inestable. Puede asirse a un recuerdo toda la vida y considerarlo permanente, y entonces quiere saber si continuará después de la muerte. El pensamiento ha creado esta cosa, le ha dado continuidad, la ha nutrido día por día y se ha agarrado a ella. Esta es la mayor ilusión porque el pensamiento vive en el tiempo y lo que experimentó ayer lo sigue recordando hoy y mañana; de aquí nace el tiempo. Hay, pues, la permanencia del tiempo y la permanencia que el pensamiento le ha dado a la idea de alcanzar algún día la verdad. Todo esto es producto del pensamiento —el temor, el tiempo y el logro, el eterno devenir.

«Pero, ¿quién es el pensador —este pensador que tiene todos estos pensamientos?»

¿Es que acaso existe el pensador o sólo el pensamiento que crea al pensador? Y habiéndolo creado, inventa lo permanente, el alma, el Atma.

«¿Quiere usted decir que yo dejo de existir cuando no pienso?»

¿Le ha sucedido, alguna vez, naturalmente, que se haya encontrado usted en un estado en que el pensamiento esté por completo ausente? En ese estado, ¿se

halla uno consciente de ser el pensador, el observador, el experimentador? El pensamiento es la respuesta de la memoria, y el manojo de recuerdos es el pensador. Cuando no hay pensamiento, ¿existe acaso el «yo» en torno al cual hacemos tanto ruido y alharaca? No hablamos de una persona en estado de amnesia, o de la que se pasa en un ensueño diario o controlando el pensamiento para silenciarlo, sino de una mente por completo despierta, totalmente alerta. Si no hay pensamiento ni palabra, ¿no está la mente en una dimensión totalmente distinta?

«Es cierto que hay algo muy diferente cuando el yo no está actuando, no está afirmándose a sí mismo, pero esto no significa necesariamente que el yo no exista —simplemente porque no actúa».

¡Por supuesto que existe! El «yo», el ego, el manojo de recuerdos, existe. Lo vemos que existe sólo cuando responde a un reto, pero está ahí, quizás latente o en suspenso, esperando la próxima oportunidad para responder. Un hombre codicioso está ocupado la mayor parte del tiempo en su codicia; puede que tenga momentos en que la codicia esté inactiva, pero está siempre ahí.

«¿Cuál es esa entidad viviente que se manifiesta por medio de la codicia?»

Es todavía codicia. Las dos no están separadas.

«Comprendo perfectamente lo que usted llama el ego, el «yo», su memoria, su codicia, su actitud afirmativa, sus requerimientos de toda clase, pero, ¿es que no hay nada a excepción de este ego? En ausencia de este ego, ¿quiere usted decir que está el olvido?»

Cuando esos cuervos cesan de hacer ruido, queda algo: este algo es el parloteo de la mente —los problemás, preocupaciones, conflictos, y aun esta indagación,

sobre lo que queda después de la muerte. Esta pregunta sólo puede contestarse cuando la mente deje de ser egoísta o envidiosa. No nos interesa saber qué hay después que el ego cesa, sino más bien si terminan todos los atributos del ego. Ese es realmente el problema —no lo que la realidad es, o si hay algo permanente, eterno —sino saber si la mente, que está tan condicionada por la cultura en que vive y de la cual es responsable, si una mente semejante puede libertarse a sí misma y descubrir.

«¿Cómo puedo, entonces, empezar a libertarme?»

Uno no puede libertarse a sí mismo. Uno es la semilla de esta aflicción, y cuando pregunta «cómo», está solicitando un método para destruir el «usted», pero el proceso de destruir el «usted» está creando otro «usted».

«Si me permite hacer otra pregunta: ¿qué es entonces la inmortalidad? La mortalidad es muerte; la mortalidad es la vida usual con su dolor y su tormento. El hombre ha buscado sin cesar una inmortalidad, un estado sin muerte».

Otra vez, señor, ha vuelto usted a la cuestión de algo independiente del tiempo, que está más allá del pensamiento. Lo que está más allá del pensamiento es la inocencia, y el pensamiento, no importa lo que haga, nunca puede tocarla porque es siempre viejo. Es la inocencia, como el amor, lo que trasciende la muerte, pero para que ello exista, la mente debe liberarse de los miles de ayeres con sus recuerdos. Y la libertad es un estado en que no hay odio, violencia, ni brutalidad. Sin desechar todas estas cosas, ¿cómo podemos inquirir qué es la inmortalidad, qué es el amor, qué es la verdad?

6

Si uno se propone meditar, no habrá meditación. Si uno se propone ser bueno, nunca florecerá la bondad. La humildad se esfuma tan pronto se cultiva. La meditación es como la brisa que entra por la ventana cuando se deja abierta; pero si la mantiene abierta deliberadamente, entonces la invita deliberadamente para que entre y nunca aparecerá.

La meditación no sigue el proceso del pensamiento, pues el pensamiento es sagaz y tiene infinitas posibilidades de engañarse a sí mismo y, por lo tanto, no hallará la senda de la meditación. Igual sucede con el amor, que no podemos ir tras él.

Esa mañana el río estaba muy sereno. En sus aguas podían verse reflejadas las nubes, el reciente trigo invernal, y el bosque más distante. Ni aun el bote del pescador parecía perturbarlo. La quietud de la mañana descansaba sobre la tierra. El sol apenas apuntaba en las copas de los árboles y una voz lejana llamaba. Y muy cerca un canto en sánscrito flotaba en el aire.

Los loros y los «mainás» no habían comenzado aún a buscar alimento; los buitres, con el cuello pelado, se posaban pesadamente en la copa del árbol, esperando la carroña que viene flotando río abajo. A menudo podía verse un animal muerto que flotaba con un buitre o dos sobre su cuerpo, mientras los cuervos aleteaban

alrededor con la esperanza de conseguir un bocado. Un perro nadaría hasta el lugar, pero al perder pie regresaría a la playa para seguir errabundo. Un tren pasaría cerca, produciendo un martilleo acerado a través del puente, que era muy largo. Y más allá, río arriba, se extendía la ciudad.

Era una mañana llena de sereno encanto. Aún no caminaban por la carretera la pobreza, la enfermedad y el dolor. Había un puente tambaleante a través del pequeño arroyo; y en el sitio donde este pequeño arroyo —castaño sucio— se unía al gran río, el cual se suponía que fuera el más sagrado, la gente venía a bañarse allí en los días festivos: hombres, mujeres y niños. Hacía frío, pero a ellos no parecía importarles. Y el sacerdote del templo al otro lado del camino recibía mucho dinero. Y comenzó la fealdad.

Era un hombre barbudo y llevaba puesto un turbante. Se dedicaba a cierta clase de negocio y tenía la apariencia de estar en situación próspera, bien alimentado.

Era lento en su modo de andar y de pensar. Sus reacciones eran aun más lentas. Se tomaba algunos minutos para entender una simple oración. Dijo que tenía su propio gurú y que, al pasar, sintió la urgencia de subir aquí para hablar de cosas que le parecían importantes.

«¿Por qué?», preguntó, «¿está usted en contra de los gurús? ¡Me parece tan absurdo! Ellos saben, y yo no sé. Ellos pueden guiarme, ayudarme, decirme lo que debo hacer y evitarme muchas penas y molestias. Son como una luz en las tinieblas, y uno tiene que dejarse guiar por ellos; de lo contrario, estará perdido, confuso y en gran desdicha. Me dijeron que no debería venir

a verle, pues me mostraron el peligro de aquellos que no aceptan el conocimiento tradicional. Me dijeron que si escuchaba a otros, estaría destruyendo la casa que con tanto cuidado ellos habían construido. Mas la tentación de venir a verle fue tan fuerte, que aquí estoy».

Se veía más bien complacido de haber cedido a la tentación.

¿Qué necesidad hay de un gurú? ¿Sabe él más que uno? ¿Y qué sabe él? Si dice que sabe, realmente no sabe nada y, además, la palabra no es en sí la condición real. ¿Puede alguien enseñarle esa condición extraordinaria de la mente? Quizás puedan ellos describirla, despertar su interés, su deseo de poseerla, de experimentarla —pero no pueden crearla para nadie. Uno tiene que andar por sí mismo, ha de estar solo en ese viaje, y en ese viaje tiene que ser su propio maestro y discípulo.

«Pero todo esto es muy difícil, ¿no es cierto?», dijo él, «y los que tienen la experiencia de esa realidad pueden aligerar nuestros pasos».

Ellos se convierten en autoridad y todo lo que uno tiene que hacer, de acuerdo con ellos, es simplemente seguirlos, imitarlos, obedecerlos, aceptar la imagen, el sistema que ofrecen. En esa forma perdemos toda iniciativa, toda percepción directa. Estamos meramente siguiendo el camino que, según ellos, conduce a la verdad. Pero, infortunadamente, no hay camino hacia la verdad.

«¿Qué quiere usted decir?», gritó por completo horrorizado.

Los seres humanos están condicionados por la propaganda, por la sociedad en que se han criado —donde cada religión afirma que su propio sendero es el mejor. Y hay miles de gurús que sostienen que sus

métodos, su sistema, su forma de meditación es el único sendero que conduce a la verdad. Y si uno observa, cada discípulo tolera, condescendientemente, a los discípulos de otros gurús. La tolerancia es la aceptación civilizada de una división entre las gentes —política religiosa y social. El hombre ha inventado muchos senderos para conveniencia de cada creyente, y de ese modo el mundo se ha fragmentado.

«¿Quiere usted decir que yo debo renunciar a mi gurú? ¿Abandonar todo lo que me ha enseñado? ¡Estaría perdido!»

Pero, ¿no tiene usted que estar perdido para poder descubrir? Tememos sentirnos perdidos, no estar seguros, por eso corremos tras aquellos que nos prometen el cielo en el aspecto religioso, en el político o el social. Así, ellos realmente fomentan el temor y nos mantienen prisioneros de ese temor.

«Pero, ¿puedo yo caminar por mí mismo?», preguntó con voz llena de incredulidad.

Han existido tantos salvadores, maestros, gurús, jefes políticos y filósofos, y ninguno de ellos lo ha salvado a usted de su propio conflicto y de su propia desdicha. Entonces, ¿por qué seguirlos? Quizá haya más bien otra forma de afrontar todos nuestros problemas.

«¿Pero soy yo lo suficientemente serio para encarar todo esto por mi cuenta?»

Usted es serio tan sólo cuando empieza a comprender —no por medio de otro— los placeres que ahora persigue. Usted está viviendo a nivel del placer. No es que no deba haber placer, pero si esta persecución del placer es todo el principio y el final de su vida, entonces, evidentemente, usted no puede ser serio.

«Usted me hace sentir impotente y desesperado.»

Usted se siente desesperado porque desea ambas co-

sas. Quiere ser serio y quiere también todos los placeres que el mundo puede ofrecerle. Sin embargo, estos placeres son tan pequeños y mezquinos que desea además el placer que usted llama «Dios». Cuando ve todo esto por usted mismo, no en conformidad con otro, entonces al verlo se convierte usted en el discípulo y el maestro. Este es el punto de mayor importancia. Entonces usted es el maestro, el enseñado y la enseñanza misma.

«Pero», afirmó él, «usted es un gurú. Esta mañana me ha enseñado algo, y yo lo acepto como mi gurú».

Nada se ha enseñado, pero usted ha *mirado*. El acto de mirar le ha mostrado algo. El mirar es su gurú, si quiere expresarlo de esta manera. Pero es uno, el que ha de mirar o no mirar. Nadie puede obligarlo. Pero si mira porque quiere ser recompensado o por miedo al castigo, este motivo le impide mirar. Para ver tenemos que estar libres de toda autoridad, tradición, temor y del pensamiento con sus palabras sagaces. La verdad no se halla en cierto lugar distante; está en la observación de lo que es. Verse uno mismo tal como es —en ese estado de sensibilidad alerta donde no entra ninguna forma de elección— es el principio y el final de toda búsqueda.

7

El pensamiento no puede concebir ni formularse a sí mismo la naturaleza del espacio. Cualquier cosa que formule lleva dentro de sí la limitación de sus propios linderos. Este no es el espacio en que pueda asentarse la meditación. El pensamiento tiene siempre un horizonte; la mente meditativa no la tiene. La mente no puede moverse de lo limitado a lo inmenso ni puede transformar lo limitado en ilimitado. El uno tiene que cesar para que el otro exista. La meditación consiste en abrir la puerta a la espaciosidad, que no se puede imaginar ni está sujeta a especulación. El pensamiento es el centro alrededor del cual se halla el espacio de la idea, y este espacio puede extenderse a causa de ideas ulteriores. Pero esta expansión que se debe a alguna forma de estímulo no es la espaciosidad sin centro. La meditación consiste en comprender este centro para así trascenderlo. El silencio y la espaciosidad van juntos. La inmensidad del silencio es la inmensidad de la mente donde no existe el centro. No es el pensamiento el llamado a percibir este espacio y silencio. El pensamiento sólo puede percibir su propia proyección, y el reconocimiento de ésta es su propia frontera.

Se cruzaba el arroyuelo por un puente destartalado de bambú y barro. El arroyo se unía al río grande y desaparecía en las aguas de la corriente impetuosa.

Había agujeros en el puentecito, y teníamos que caminar con bastante cuidado. Se subía la cuesta arenosa y se pasaba por el pequeño templo y, más adelante, por un pozo que era tan viejo como los pozos de la tierra. Se hallaba éste en el recodo de una aldea, donde había muchas cabras, hombres y mujeres hambrientos con telas sucias enrolladas al cuerpo, pues hacía mucho frío. Éstos pescaban en el río grande, pero aun así, estaban muy flacos, macilentos, avejentados, lisiados algunos de ellos. En pequeños aposentos, oscuros y sucios, con ventanas reducidas, tejedores de la aldea producían los más bellos saris en seda y brocado. Era una industria que pasaba de padres a hijos, y los revendedores y tenderos se quedaban con las ganancias.

No se caminaba a través de la aldea, pero se doblaba a la izquierda y se seguía un sendero que llegó a ser sagrado, pues se suponía que el Buda lo había recorrido 2500 años atrás. Peregrinos de todo el país venían a recorrerlo. Este sendero llevaba a uno por verdes campiñas, entre bosquecillos de mangos, guayabos, y a través de templos dispersos. Había una antigua aldea, probablemente más vieja que el Buda, y muchos altares y sitios donde los peregrinos podían pasar la noche. Todo estaba arruinado; nadie parecía preocuparse por ello; las cabras vagaban por el lugar. Había grandes árboles; un viejo tamarindo con buitres en la copa y una bandada de loros. Se les veía llegar y desaparecer dentro del verde follaje del árbol; se ponían del mismo color de las hojas; se oía su chillido, pero no era posible verlos.

A ambos lados del sendero, se extendían los sembrados de trigo invernal; y a lo lejos estaban los aldeanos, y el humo del fuego sobre el cual cocinaban. Se sentía una gran quietud, mientras el humo ascendía en línea

recta. Un toro fuerte, de apariencia feroz, pero más bien inofensivo, vagaba por los sembrados, comiendo el grano, según era arrojado por el agricultor a través del campo. Había llovido durante la noche, y el polvo espeso estaba acumulado a poca profundidad. El sol sería más caliente según entrara el día, pero ahora había nubes densas, y era agradable caminar durante el día para oler la tierra limpia, para ver la belleza de la región. Era un país muy viejo, lleno de encanto y de tristeza humana, con su pobreza y aquellos templos inútiles.

«Usted ha hablado mucho acerca de la belleza y del amor, y después de escucharle, veo que no sé lo que es la belleza o lo que es el amor. Soy un hombre corriente, pero he leído mucho, tanto libros de filosofía como de literatura. Según parece, las explicaciones que éstos ofrecen difieren de lo que usted dice. Yo podría citarle lo que los antepasados de este país dicen acerca del amor y la belleza y, además, cómo se expresan en este sentido los occidentales, pero sé que a usted no le gustan las citas porque huelen a autoridad. Pero, señor, si se siente usted inclinado a ello, podríamos examinar el asunto, y tal vez seré capaz de comprender lo que el amor y la belleza puedan significar.»

¿Por qué hay tan poca belleza en nuestras vidas? ¿Por qué son necesarios los museos con sus pinturas y estatuas? ¿Por qué tiene uno que oír música? ¿O leer descripciones de paisajes? El buen gusto puede enseñarse o quizás sea innato en uno, pero el buen gusto no es belleza. ¿Se encuentra ésta en la cosa producida —el bruñido aeroplano moderno o el templo griego, la belleza de la línea, de la máquina muy compleja, o el arco de un hermoso puente a través de una profunda caverna?

«¿Pero quiere usted decir que no hay belleza en cosas que están bellamente hechas y funcionan perfectamente? ¿No hay belleza en la obra artística de calidad superior?»

Por supuesto que la hay. Cuando usted observa el interior de un reloj de bolsillo, ve que en realidad es extraordinariamente delicado y que tiene cierta cualidad de belleza; también la tienen los antiguos pilares de mármol o las palabras de un poeta. Pero si eso es todo lo que hay de belleza, entonces es sólo la reacción superficial de los sentidos. Cuando ve usted una palmera, sola frente a la puesta del sol, ¿es el color, la quietud del árbol, la paz del atardecer lo que le hace a usted sentir lo bello, o es la belleza, como el amor, algo que está más allá del tacto y de la vista? ¿Es cuestión de educación, de condicionamiento, el decir: ¿Esto es bello, y esto no lo es? ¿Es cuestión de costumbre y hábito y estilo el decir: «Esto es inmundicia, pero eso es orden y el florecimiento de la bondad?» Si ello es todo una cuestión de condicionamiento, entonces es producto de la cultura y la tradición y, por lo tanto, no es belleza. Si la belleza es el resultado o la esencia de la experiencia, entonces para el hombre de Occidente y el de Oriente, la belleza depende de la educación y la tradición. ¿Es el amor, como la belleza, privativo del Este o del Oeste, del Cristianismo o del Hinduismo, o el monopolio del Estado o de una ideología? Obviamente no es nada de esto.

«Entonces, ¿qué es?»

Sabemos, señor, que la austeridad en el renunciamiento de uno mismo es belleza. Sin austeridad no hay amor y sin el propio renunciamiento, la belleza carece de realidad. Por austeridad entendemos, no la disciplina rigurosa del santo o del monje o del comisario con su

orgullosa abnegación, o la disciplina que les da poder y reconocimiento— eso no es austeridad. La austeridad no es rigurosa; no es una afirmación disciplinada de la propia importancia. No es la negación de comodidad, o votos de pobreza, o celibato. La austeridad es el compendio de la inteligencia. Esta austeridad sólo se da con el propio renunciamiento y no puede surgir por medio de la voluntad, de la selección, de un intento deliberado. Es el acto de la belleza lo que hace renunciar, y es el amor lo que trae la profunda claridad interna de la austeridad. La belleza es este amor, en que termina el acto de medir. Entonces este amor, haga lo que haga, es belleza.

«¿Qué quiere usted decir con «haga lo que haga?» Si existe el propio renunciamiento, entonces nada queda por hacerse.»

El hacer no está separado de lo que es. Es la separación lo que trae el conflicto y la fealdad. Cuando no existe esta separación, el vivir mismo es el acto de amor. La profunda sencillez interna de la autoridad lleva a una vida sin dualidad. Este es el viaje que la mente tendría que hacer para alcanzar la belleza sin la palabra. Este viaje es la meditación.

8

La meditación es tarea dura. Exige la más alta forma de disciplina —ni conformidad, ni imitación, ni obediencia, sino una disciplina que es resultado de una sensibilidad alerta constante, no sólo ante las cosas externas, sino también ante las internas. De modo que la meditación no es una actividad que aísla, sino acción cotidiana que requiere cooperación, facultad sensitiva e inteligencia. Sin levantar los cimientos de una vida recta, la meditación se convierte en un escape y, por lo tanto, no tiene valor en absoluto. Una vida recta no consiste en seguir los cánones de la moralidad social, sino en librarse de la envidia, de la codicia y del ansia de poder —todas ellas causantes del odio. No nos libramos de éstas por la acción de la voluntad, sino mediante una sensibilidad alerta que viene del conocimiento propio. Si no se conocen las actividades del yo, la meditación se convierte en una excitación de los sentidos y tiene, por lo tanto, muy poca significación.

En esa latitud apenas se percibe crepúsculo o amanecer alguno, y esa mañana el río, ancho y profundo, era de plomo derretido. El sol no había caído aún sobre la tierra, pero se veía un resplandor vivo en el este. Los pájaros aún no habían empezado a entonar su coro matutino y todavía los aldeanos no se llamaban unos a otros. La estrella de la mañana brillaba muy alta en

el firmamento, y según la observábamos, iba palideciendo más y más hasta que el sol se posó justamente sobre los árboles y el río se tornó de oro y plata.

Entonces comenzaron a cantar los pájaros, y despertó la aldea. Precisamente en aquel momento apareció de súbito en el antepecho de la ventana, un mono grande, gris, de cara negra y frente peluda. Tenía negras las manos, y su larga cola descansaba sobre el alféizar, colgando dentro de la habitación. Se mantuvo sentado allí muy quieto, casi inmóvil, mirándonos sin hacer un solo movimiento. Estábamos muy cerca, apenas separados por unos pocos pies, y de pronto extendió su brazo y estuvimos cogidos de manos por algún tiempo. Su mano era áspera, negra y empolvada porque había subido hasta el techo, sobre el pequeño pretil de la parte superior de la ventana, y había bajado, y se sentó ahí. Se veía bien descansado y, para sorpresa nuestra, estaba extraordinariamente alegre. Sin temor ni inquietud; se sentía como en su casa. Ahí permaneció él, con el río convertido ahora en oro brillante y más allá, la verde ribera y los lejanos árboles. Es probable que estuviéramos cogidos de manos por mucho tiempo; entonces, casi casualmente, retiró su mano, pero se quedó donde estaba. Nos mirábamos uno al otro, y podían verse brillar sus ojos negros, pequeños y llenos de extraña curiosidad. Quería entrar en la habitación, pero vaciló. Entonces extendió sus brazos y sus patas, alcanzó el pretil, subió al techo y se fue. Al atardecer estaba de nuevo en el árbol, bien alto, comiendo algo. Le saludamos con la mano, pero no hubo respuesta.

El hombre era un «sannyasi», un monje, con un rostro más bien delicado y amable y manos sensitivas. Iba limpio, y su túnica había sido lavada reciente-

mente, pero no planchada. Dijo que venía de Rishikesh, donde había pasado muchos años bajo la dirección de un gurú, quien acababa de retirarse a las más altas montañas, y ahora él se hallaba solo. Había estado en varios «ashrams» (retiros). Había abandonado el hogar muchos años atrás, quizás cuando tenía veinte años. No podía recordar muy bien cuándo. Dijo que tenía parientes y varias hermanas y hermanos, pero había perdido completamente el contacto con ellos. Había recorrido todo este trayecto porque varios gurús le dijeron que debería vernos, y había leído un poquito aquí y otro allá. Recientemente había hablado con un compañero «sannyasi», de modo que estaba aquí. No se podía adivinar su edad; era más o menos de edad mediana pero su voz y sus ojos aún se mantenían jóvenes.

«Ha sido mi suerte vagar por la India visitando los distintos centros con sus gurús, algunos de los cuales son eruditos, otros ignorantes, pero con cierta cualidad indicadora de que hay algo en ellos; sin embargo, otros son meros explotadores que sacan partido de sus «mantras»; éstos han salido a menudo fuera del país y se han hecho populares. Muy pocos se han mantenido por encima de todo esto, pero entre esos pocos estaba mi último gurú. Ahora se ha retirado a una remota y aislada parte de las Himalayas. Un grupo completo de nosotros vamos a verle una vez al año, para recibir su bendición».

¿Es necesario aislarse del mundo?

«Evidentemente uno tiene que renunciar al mundo, porque el mundo es irreal, y uno debe tener como maestro un gurú, ya que él ha tenido experiencia de la realidad y podrá ayudar a sus seguidores a encontrar esa realidad. Él sabe, y nosotros no sabemos. Nos sor-

prende que usted diga que el gurú es innecesario; pues está usted contra la tradición. Usted mismo se ha convertido en gurú para muchos, y la verdad no puede encontrarse a solas. Uno necesita ayuda —rituales, la dirección de aquellos que saben. Quizás finalmente tenga uno que sostenerse solo, pero no ahora. Somos niños y necesitamos a aquellos que han avanzado por el sendero. Sólo sentándose a los pies del sabio, uno aprende. Pero usted parece negar todo esto, y yo vengo a averiguar seriamente por qué».

Mire ese río —la luz de la mañana reflejada en él, y esos refulgentes trigales, de un verdor delicioso, y los árboles a lo lejos. Hay una gran belleza, y los ojos que la contemplan deben estar llenos de amor para comprenderla. Y es tan importante oír el rechinamiento del tren sobre el puente de hierro como oír la voz del ave. Mire, pues —y escuche el arrullo de esas palomas. Y mire ese tamarindo con esos dos verdes loros. Para verlos deben estar los ojos en comunión con ellos —con el río, con ese bote que pasa lleno de aldeanos, cantando mientras reman. Esto es parte del mundo. Si uno renuncia a ello, está renunciando a la belleza y al amor —a la tierra misma—. Lo que estamos repudiando es la sociedad de los hombres, no las cosas que el hombre ha aprovechado del mundo. Uno no está renunciando a la cultura, a la tradición, al conocimiento —todo eso se va con nosotros cuando nos retiramos del mundo. Está uno renunciando a la belleza y al amor porque tiene miedo de esas dos palabras y de lo que hay tras de ellas. La belleza se asocia con la realidad sensorial, con sus implicaciones sexuales, y el amor que está envuelto en ella. Este renunciamiento ha hecho que se concentren en sí mismos los que suelen llamarse religiosos —quizás a un nivel más alto que el del hom-

bre mundano, pero sigue siendo egocentrismo. Cuando no se tiene belleza y amor, no es posible que se alcance esa cosa inconmensurable. Si observa bien, esta belleza y amor están lejos de los dominios de monjes y santos. Puede que éstos hablen de ello, pero son duros disciplinantes, violentos en sus restricciones y exigencias. De modo que, esencialmente, no importa qué túnica vistan, ya sea la de azafrán, o la negra, o la escarlata del cardenal; todos son muy mundanos. Es una profesión como cualquiera otra; ciertamente, nada tiene de lo que llamamos espiritual. Algunos de ellos debieran ser hombres de negocios, en vez de darse ínfulas de espiritualidad.

«Pero sepa, señor, que usted es muy rígido, ¿no es así?»

No, estoy simplemente exponiendo un hecho, y el hecho no es ni duro, ni agradable o desagradable; es lo que es. La mayoría de nosotros nos oponemos a encarar las cosas como son. Pero todo esto es bastante obvio y muy claro. El aislamiento es el curso que toma la vida, es la línea de conducta del mundo. Todo ser humano, a través de actividades en que se concentra en sí mismo, se va aislando de los demás, ya sea casado o no, ya hable de cooperación, de nacionalidad, de logros y éxitos. Sólo cuando este aislamiento llega a los extremos se desarrolla una neurosis que a veces produce —si se tiene talento— arte, buena literatura, etc. Esta retirada del mundo con todo su ruido, brutalidad, odio y placer, es parte del proceso de aislamiento, ¿no es así? Únicamente el «sannyasi» lo hace en nombre de la religión o de Dios, y el hombre competidor lo acepta como una parte de la estructura social.

En este aislamiento usted alcanza de veras ciertos poderes, cierto grado de austeridad y templanza que

da una sensación de poder. Y el poder, ya sea el del campeón olímpico o del Primer Ministro, o de la autoridad suprema de las iglesias o templos, es el mismo. El poder, en cualquier forma que se manifieste es maligno —si se me permite usar esta palabra— y el hombre poderoso nunca puede abrir la puerta a la realidad. Por lo tanto, el aislamiento no es el camino.

La cooperación es necesaria para poder vivir de alguna manera; y no hay cooperación con el gurú, o con el seguidor. El gurú destruye al discípulo, y el discípulo destruye al gurú. En esta relación entre el maestro y el alumno, ¿cómo puede haber cooperación, cómo pueden trabajar juntos, investigar juntos, hacer un viaje juntos? Esta división jerárquica, que es parte de la estructura social, ya sea en el campo religioso, o en el ejército o en la esfera de los negocios, es esencialmente mundana. Y cuando uno renuncia al mundo, es atrapado por lo mundanal.

La falta de mundanalidad no es el taparrabos o una comida diaria o la repetición de una fórmula o frase vacía de sentido aunque estimulante. Hay mundanalidad cuando usted abandona el mundo e internamente es parte del mundo de la envidia, de la codicia, del temor, y acepta la autoridad y la división entre el que sabe y el que no sabe. Es aún mundanalidad cuando buscamos el logro, ya sea el de la fama o de lo que puede llamarse ideal, o Dios o lo que sea. Lo esencialmente mundano es la aceptada tradición de la cultura, y retirarse a una montaña lejos del hombre, no absuelve de esta mundanalidad. Bajo ninguna circunstancia está la realidad en esa dirección.

Uno tiene que estar solo, pero este estado «de ser solo» (aloneness) no es aislamiento. Este estado de soledad implica que se está libre del mundo de la codi-

cia, del odio y de la violencia con todas sus formas sutiles, libre de la aflictiva soledad y desesperación.

Estar solo implica ser un extraño que no pertenece a religión o nación alguna, a ninguna creencia o dogma. Este modo de ser único es el que se topa con la inocencia, la cual nunca ha sido tocada por la maldad del hombre. Sólo la inocencia puede vivir en el mundo, con toda su confusión, sin ser parte de él. No lleva ninguna vestidura particular. El florecimiento de la bondad no se da en sendero alguno, pues no hay sendero que conduzca a la verdad.

9

No crea que la meditación es una prolongación y una expansión de la experiencia. En la experiencia está siempre el testigo, y él se halla atado al pasado en todo momento. La meditación, en cambio, implica una completa inacción, que es el final de toda experiencia. La acción de la experiencia tiene sus raíces en el pasado, y, por lo tanto, está ligada al tiempo; conduce a la acción, que es inacción, y trae desorden. La meditación es la total inacción que procede de una mente que ve lo que es, sin implicaciones con el pasado. Esta acción no es una respuesta a algún reto, sino la acción del reto mismo, en la cual no hay dualidad. La meditación consiste en vaciar de experiencia la mente y prosigue todo el tiempo, consciente o inconscientemente, de modo que no es una acción limitada a cierto período durante el día. Es una acción continua desde la mañana a la noche —la observación sin observador. Por lo tanto, no hay división entre la vida diaria y la meditación, entre la vida religiosa y la secular. La división surge sólo cuando el observador está atado al tiempo. En esta división hay desorden, desdicha y confusión, que es el estado actual de la sociedad.

La meditación, pues, no es individualista, ni es social; trasciende ambos estados y, por tanto, los incluye. Esto es amor: el florecimiento del amor es meditación.

Hacía frío durante la mañana, pero según iba transcurriendo el día, empezó a sentirse mucha calor. Y mientras caminábamos por el pueblo, a lo largo de calles estrechas atestadas de gente, calles sucias, polvorientas y ruidosas, nos dábamos cuenta de que todas las calles son como aquéllas. Casi veíamos la explosión de la población. El carro tenía que ir muy despacio porque la gente caminaba por el mismo medio de la calle. Ahora estaba haciendo más calor. Gradualmente, abriéndonos paso con muchos gritos, salimos del pueblo y nos alegramos de ello. Pasamos las fábricas y por fin nos encontramos en el campo.

El campo estaba seco. Había llovido hacía algún tiempo, y ahora los árboles esperaban las próximas lluvias y tendrían que esperar mucho más. Según pasábamos íbamos dejando atrás aldeanos, ganado, carros de bueyes, búfalos, los cuales se negaban a moverse fuera del centro de la carretera; y pasamos por un viejo templo que tenía una apariencia de descuido, pero conservaba el rasgo distintivo de un antiguo santuario. Un pavo real salió del bosque; su brillante cuello azul resplandecía al sol. El carro no parecía preocuparle porque cruzó la carretera con gran dignidad y desapareció en los sembrados.

Luego empezamos a subir por ásperas pendientes, a veces con profundas hondonadas a ambos lados. Ahora soplaba un aire más fresco, y los árboles se veían más lozanos. Después de serpentear por los montes algún tiempo, llegamos a la casa. Ya era casi de noche. Se distinguían más claras las estrellas. Uno sentía que podía llegar hasta ellas y tocarlas. El silencio de la noche se extendía sobre la tierra. Aquí el hombre podía estar solo sin que nada le perturbara, y contemplar las estrellas, y mirarse a sí mismo infinitamente.

El hombre dijo que un tigre había matado un búfalo el día antes y que seguramente volvería a buscarlo. Nos preguntó si nos gustaría a todos ir a ver el tigre bien al atardecer. Contestamos que nos alegraría mucho hacerlo. Él replicó: «Entonces iré a preparar un lugar como albergue en un árbol cerca del animal muerto y ataré una cabra al árbol. El tigre se dirigirá primero hacia la cabra viva antes de volver a la res muerta.» Le contestamos que si era a costa de la cabra, preferíamos no ver el tigre. Luego, después de hablar un rato, se fue. Aquella tarde nuestro amigo dijo: «Vayamos al bosque en el carro, y quizá nos encontremos al tigre». De modo que hacia la puesta del sol, recorrimos cinco o seis millas a través del bosque y, por supuesto, no había ningún tigre. Entonces iniciamos el regreso, alumbrando la carretera con las luces delanteras. Habíamos perdido toda esperanza de ver al tigre y seguíamos nuestra marcha adelante sin pensar en él. Precisamente al doblar una esquina, allí estaba en medio de la carretera, enorme, con los ojos brillantes y fijos. El carro se detuvo, y el animal, grandioso y amenazador, se dirigió a nosotros gruñendo. Estaba muy cerca de nosotros ahora, justo al frente del radiador. Entonces se volvió y vino al lado del carro. Sacamos la mano para tocarlo, mientras caminaba, pero mi amigo me agarró el brazo y lo empujó hacia atrás bruscamente porque sabía algo acerca de los tigres. Este era muy largo, y según abríamos las ventanas, se podía oler, y el olor no era repulsivo. Había en él una ferocidad dinámica y gran poder y belleza. Gruñendo aún se fue a la selva, y nosotros seguimos nuestro camino de vuelta a la casa.

Había venido con su familia —la esposa y varios niños— y no parecían gozar de mucha prosperidad,

aunque estaban bien vestidos y bien alimentados. Los niños permanecieron sentados en silencio por algún tiempo. Luego se les indicó que salieran a jugar y entonces saltaron ansiosamente y corrieron para afuera. El padre era una especie de oficial; un trabajo que tenía que hacer, y eso era todo. Él preguntó: «¿Qué es la felicidad, y por qué no puede uno disfrutarla toda la vida? He tenido momentos de gran felicidad y también, por supuesto, de gran dolor. Me he esforzado por vivir feliz, pero siempre está ahí el dolor. ¿Es posible conservar la felicidad?»

¿Qué es la felicidad? ¿Se da uno cuenta de la felicidad en el momento de experimentarla, o luego cuando ya ha pasado? ¿Es placer la felicidad, y puede ser constante el placer?

«Yo diría, señor, por lo menos en cuanto a mí se refiere, que el placer es parte de la felicidad que he conocido. No puedo imaginarme la felicidad sin placer. El placer es un instinto primario en el hombre, y si usted lo desecha, ¿cómo puede haber felicidad?»

¿No estamos examinando esta cuestión de la felicidad? Y si uno supone algo, si tiene opinión o juicio en esta investigación, no podrá ir muy lejos. Para examinar los complejos problemas humanos, tiene que haber libertad desde el principio mismo. Si no tiene uno esa libertad, será como un animal amarrado a un poste y sólo podrá moverse hasta el sitio donde la cuerda se lo permita. Es lo que ocurre siempre. Tenemos conceptos, fórmulas, creencias o experiencias, que nos atan, y con ellos tratamos de examinar, de mirar por todos lados, y esto, naturalmente, impide una investigación muy profunda.

Por lo tanto, si se nos permite sugerirlo, no suponga o crea nada, pero sí tenga ojos que puedan ver con

mucha claridad. Si la felicidad es placer, entonces también es dolor. No se puede separar el placer del dolor. ¿No van ambos siempre juntos?

Por consiguiente, ¿qué es el placer y qué es la felicidad? Sabemos, señor, que si al examinar una flor le arrancamos sus pétalos uno a uno, no queda ninguna flor en absoluto. Tendría uno en sus manos, pedazos de la flor, y los pedazos no constituyen la belleza de la flor. De modo que al mirar este problema, no lo estamos analizando intelectualmente, convirtiéndolo así en algo árido, insignificante y vacío. Estamos mirándolo con ojos muy cuidadosos, con ojos que comprenden, con ojos que tocan, pero no destruyen. Por favor, pues, no lo desmenuce para alejarse luego con las manos vacías. Deje quieta la mente analítica.

El placer es estimulado por el pensamiento, ¿no es así? El pensamiento puede darle continuidad, la apariencia de duración, lo que llamamos felicidad; así como el pensamiento puede también darle duración al dolor. El pensamiento dice: «Esto me gusta, y aquello no me gusta. Quisiera conservar esto y desechar eso otro». Pero el pensamiento ha producido ambas cosas, y la felicidad se ha convertido ahora en hábito del pensamiento. Cuando uno dice: «Quiero permanecer en este estado de felicidad», uno es el pensamiento, uno es la memoria de la experiencia previa— a la cual da el nombre de placer y felicidad.

Así, el pasado, o el ayer, o muchos ayeres atrás, que es el pensamiento, está diciendo: «Quisiera vivir en ese estado de felicidad que he tenido». Estamos haciendo del pasado muerto una actualidad en el presente y tenemos miedo de perderlo mañana. De esa manera hemos construido una cadena de continuidad. Esta cadena tiene sus raíces en las cenizas del ayer y, por lo

tanto, no es una cosa viva en absoluto. Nada puede florecer de las cenizas —y el pensamiento es cenizas. De modo que hemos convertido la felicidad en una cosa del pensamiento, y ésta *es* para nosotros una cosa del pensamiento.

¿Pero hay algo fuera del placer, aflicción, felicidad y dolor? ¿Existe una dicha, un éxtasis, que no sea tocado por el pensamiento? Porque el pensamiento es muy trivial, y no hay nada original en él. Al hacer esta pregunta, el pensamiento tiene que renunciar a sí mismo. Cuando lo hace, surge la disciplina del renunciamiento, que llega a ser la gracia de la austeridad. En tal caso la austeridad no es rígida ni brutal. La austeridad rígida es producto del pensamiento, como una reacción contra el placer y la indulgencia.

Gracias a este profundo renunciamiento propio —en el cual el pensamiento cesa porque ve claramente el peligro que hay en sí mismo— toda la estructura de la mente se aquieta. Es en realidad un estado de pura atención, y de éste nace una dicha, un éxtasis que no puede explicarse con palabras. Cuando se explica en palabras, no es lo real.

10

La meditación es un movimiento en reposo. El silencio de la mente es el cauce de la acción. La acción nacida del pensamiento es inacción, la cual engendra desorden. Este silencio no es producto del pensamiento, ni el cese de la locuacidad de la mente. Una mente tranquila sólo es posible cuando el cerebro mismo está sosegado. Las células cerebrales —las cuales están condicionadas por tan largo tiempo para reaccionar, proyectar, defender, afirmar— se aquietan únicamente cuando ven lo que realmente es. Partiendo de este silencio, la acción que no conduce al desorden sólo es posible cuando cesa el observador, el centro, el experimentador —porque entonces ver es actuar. El ver es sólo posible si emana de un silencio en que toda evaluación y todos los valores morales han cesado.

Este templo era más viejo que sus dioses. Ellos permanecían allí prisioneros, pero el templo mismo era mucho más antiguo. Tenía gruesas paredes y pilares en los corredores, con caballos, dioses y ángeles, cincelados. Poseían cierta calidad de belleza, y cuando uno pasaba junto a ellos, se preguntaba qué ocurriría si todos volvieran a la vida, incluyendo el dios en el lugar más recóndito.

Se decía que este templo, especialmente el santuario más oculto, se remontaba más allá de la imaginación del tiempo. Al vagar por los distintos corredores, alumbra-

dos por el sol de la mañana y con sombras claras y definidas, uno desearía saber qué significaba todo aquello —cómo el hombre ha hecho los dioses, concebidos por su propia mente y tallados con sus manos y los ha colocado en templos e iglesias para rendirles culto.

Los templos de antaño tenían una extraña belleza y poder. Parecían haber surgido de la tierra misma. Este templo era casi tan viejo como el hombre, y los dioses en él, con vestiduras de sedas y guirnaldas, eran despertados de sus sueños con salmos, con incienso y con campanadas. El incienso, que había sido quemado desde muchos siglos parecía permear la totalidad del templo, que era vasto y tiene que haber ocupado varios acres de tierra.

La gente parecía haber venido de todo el país, ricos y pobres, pero solamente los de cierta condición eran permitidos en el santuario mismo. Se entraba por una puerta de piedra de poca altura, pasando sobre un parapeto que estaba carcomido por el tiempo. Fuera del santuario había guardianes de piedra, y cuando se penetraba en su interior se hallaban sacerdotes desnudos hasta la cintura, cantando, dignos y solemnes. Todos estaban muy bien alimentados, con sus vientres abultados y manos delicadas. Tenían ronca la voz porque habían estado cantando por muchos años. Y el Dios, o la Diosa estaba casi deforme. Debe haber tenido un rostro alguna vez, pero los rasgos habían desaparecido. Las joyas tienen que haber sido inapreciables.

Cuando el canto cesaba, había una quietud como si la tierra misma se hubiera detenido en su rotación. Aquí dentro no penetraban los rayos del sol, y la luz provenía de los pabilos quemados en aceite. Esos pabilos habían ennegrecido el techo, y el lugar estaba misteriosamente oscuro.

Todos los dioses tienen que ser adorados en el misterio y la oscuridad; de otro modo carecen de existencia. Cuando uno salía fuera, ante la fuerte luz del sol, y miraba el cielo azul y las altas palmeras bamboleantes, se preguntaba por qué el hombre se adora a sí mismo como la imagen que él ha construido con sus manos y su mente. ¡El temor y ese hermoso cielo azul parecían tan lejanos uno del otro!

Era un hombre joven, de rostro limpio y anguloso, ojos brillantes y con animada sonrisa. Estábamos sentados en el suelo en un pequeño salón que daba a un jardincillo. El jardín estaba lleno de rosas, desde blancas hasta casi negras. Un loro descansaba en una rama, colgando patas arriba, con sus vivos ojos y rojo pico. Estaba observando otro pájaro mucho más pequeño.

Hablaba el inglés bastante bien, aunque vacilaba un poco al usar las palabras, y por el momento parecía serio. Preguntó: «¿Qué es la vida religiosa? He interrogado a varios gurús y me han dado las consabidas respuestas, y quisiera, si me lo permite, hacerle la misma pregunta. Yo tenía un buen empleo, pero como soy soltero, lo dejé porque me atrae profundamente la religión y quiero averiguar lo que significa llevar una vida religiosa en un mundo tan impío.»

En vez de preguntar qué es la vida religiosa, ¿no sería mejor —si puedo sugerirlo— preguntar qué es vivir? Quizás entonces podamos comprender lo que es una verdadera vida religiosa. La llamada vida religiosa varía de clima en clima, de secta en secta, de creencia en creencia; y el hombre sufre por la propaganda de las religiones sobre los intereses creados que han establecido. Si pudiéramos desechar todo eso —no sólo las creencias, los dogmas, rituales, sino también la respe-

tabilidad que está vinculada a la cultura religiosa— quizás entonces podríamos descubrir el sentido de la vida religiosa que no es afectada por el pensamiento del hombre.

Pero antes de ver esto, examinemos, como ya dijimos, lo que es vivir. La realidad del vivir es la lucha cotidiana, la rutina con sus luchas y conflictos; es el mal de la soledad, la desdicha y la inmundicia de la pobreza y las riquezas, la ambición, la búsqueda de logros, el éxito y el dolor —todo esto abarca el campo completo de nuestra vida. Esto es lo que llamamos vivir —ganar y perder una batalla, y la interminable persecución del placer.

En contraste con esto, o en oposición a esto, existe lo que se llama el vivir religioso o una vida espiritual. Pero el opuesto contiene la semilla misma de su propio contrario y, por lo tanto, aunque pueda parecer diferente, en realidad no lo es. Podemos cambiar la vestidura exterior, pero la esencia interna de lo que es y de lo que debe ser es la misma. Esta dualidad es el producto del pensamiento y por tal motivo engendra más conflicto; y el corredor de este conflicto es interminable. Conocemos el hecho completo —otros nos han hablado de ello o lo hemos experimentado nosotros mismos, y todo esto es lo que llamamos vivir.

La vida religiosa no se halla en el otro margen del río, sino en éste —el lado donde están todos los afanes del hombre. Es esto lo que tenemos que comprender, y la acción de comprender es el acto religioso. No lo es el untarse cenizas, el llevar un taparrabos o una mitra, el sentarse en la silla de los poderosos o a horcajadas del lomo de un elefante.

Es de primera importancia el ver la condición total, el placer y la desdicha del hombre —no la especulación

en torno a lo que debe ser la vida religiosa. Lo que debe ser es un mito; es la moralidad que el pensamiento y la fantasía han fabricado, y hay que negar esta moralidad —lo social, lo religioso y lo industrial. Esta negación no es el intelecto, pero sí es un verdadero abandono del patrón de esa moralidad que es inmoralidad.

De modo que el problema es realmente éste. ¿Es posible salir fuera de este patrón? El pensamiento es el que ha creado esta confusión y miseria pavorosas, y ha impedido que haya religión y vida religiosa. El pensamiento cree que puede salir del patrón, pero si lo hace, seguirá siendo un acto del pensamiento, pues éste no tiene realidad y, por tanto, creará otra ilusión.

El ir más allá de este patrón no es un acto del pensamiento. Tiene que entenderse esto claramente; de lo contrario, volveremos a ser prisioneros del pensamiento. Después de todo, el «usted» es un manojo de recuerdos, de tradición y del conocimiento de miles de ayeres. Por lo tanto, sólo cuando cesa el dolor —pues el dolor es resultado del pensamiento— podemos dar un paso fuera del mundo de la guerra, del odio, de la envidia y de la violencia. Este acto de salir fuera es la vida religiosa. Esta vida religiosa no tiene creencia en absoluto, puesto que no tiene mañana.

«¿No está usted pidiendo, señor, una cosa imposible? ¿No está usted pidiendo un milagro? ¿Cómo puedo yo salir fuera de todo sin el pensamiento? ¡El pensamiento es mi verdadero ser!»

Eso es justamente. Este mismo ser, que es el pensamiento, tiene que cesar. Este mismo ser, concentrado en sí mismo, con sus actividades, debe morir fácil y naturalmente. Sólo en esta muerte está el comienzo de la nueva vida religiosa.

11

Si deliberadamente asumimos una actitud, una postura para meditar, ello se convierte entonces en un entretenimiento, un juguete de la mente. Si hacemos la determinación de desembarazarnos de la confusión y de la miseria de la vida, tendremos una experiencia de la imaginación —y esto no es meditar. La mente consciente o la inconsciente no deben tomar parte en la meditación; ni aun deben darse cuenta del alcance y la belleza de la misma —si este es el caso, de igual modo podríamos ir a comprar una novela romántica.

Cuando en la meditación hay una atención total, no se sabe, no se reconoce, no se recuerda nada que haya sucedido. El tiempo y el pensamiento han cesado enteramente, porque ambos son el centro que limita su propia visión.

En el instante de luz, el pensamiento se marchita, y el esfuerzo consciente por llevar a cabo la experiencia y el recuerdo de ella, es la palabra que fue. Y la palabra nunca es lo real. En ese momento —que está fuera del tiempo— lo fundamental es lo inmediato, pero eso, aun cuando es fundamental carece de representación simbólica; no pertenece a ninguna persona, a ningún dios.

Esa mañana, especialmente debido a lo temprano, el valle estaba extraordinariamente sereno. El buho

había dejado de ulular y no se oía la respuesta del consorte en los montes lejanos. Ningún perro ladraba, y la aldea no estaba todavía despierta. En el Este parpadeaba un resplandor, una promesa, y la Cruz del Sur aún no se había apagado. Ni siquiera se oía un susurro entre las hojas, y la tierra misma parecía haber cesado en su rotación. Se podía sentir el silencio, tocarlo, olerlo, y éste mostraba cierta cualidad de penetración. No era el silencio, allá fuera en los montes, entre los árboles, lo que estaba quieto; uno era parte de él, uno y él no eran dos cosas separadas. La división entre el ruido y el silencio no tenía sentido. Y esos montes, oscuros, sin un solo movimiento, eran tan parte de él como uno mismo. Este silencio estaba muy activo. No era la negación del ruido, y extrañamente esa mañana se había introducido por la ventana como un perfume, y con éste nos vino una sensación, un sentimiento de lo absoluto. Según mirábamos por la ventana, desaparecía la distancia entre las cosas, y nuestros ojos se abrieron con la aurora y todo lo vieron de un modo nuevo.

«Estoy interesado en el sexo, en la igualdad social y en Dios. Son éstas las únicas cosas que importan en la vida, y nada más. La política, las religiones con sus sacerdotes y promesas, con sus rituales y confesiones ¡parecen tan insultantes! Nunca dan una respuesta a nada, nunca han resuelto en realidad problema alguno, sólo han ayudado a posponerlo. Han condenado el sexo en distintas formas y han mantenido la desigualdad social; y el dios creado por sus mentes es una piedra que han revestido de amor y el sentimiento de éste. Personalmente no necesito esas cosas en absoluto. Le digo esto sólo para que las dejemos a un lado, y nos dediquemos con interés a estos tres asuntos:

el sexo, la miseria social y eso que llamamos Dios.

«Para mí el sexo es tan necesario como el alimento. La naturaleza ha hecho al hombre y a la mujer y el goce de la noche. Para mí eso es tan importante como el descubrimiento de esa verdad que pueda llamarse Dios. Y es tan importante condolerse del vecino como amar la mujer de nuestra casa. El sexo no es un problema. Yo lo disfruto, pero hay en mí un temor de algo desconocido, y este temor y aflicción es lo que debo comprender —no como un problema que ha de resolverse, sino más bien como algo que debo examinar para limpiarme de ello realmente. Por lo tanto, me gustaría que consideráramos juntos estas cosas, si usted tiene el tiempo para ello.»

¿Podemos empezar con lo último, y no con lo primero? Tal vez entonces los otros asuntos puedan comprenderse con mayor profundidad; tal vez entonces ofrecerán ellos algo diferente de lo que el placer pueda darnos.

¿Quiere usted que su creencia sea fortalecida, o quiere usted ver en efecto la realidad —no experimentarla sino verla de hecho con una mente y un corazón sumamente claros y atentos? Creer es una cosa y ver es otra. Como la fe, la creencia conduce a la oscuridad. Nos atrae a la iglesia, a los templos oscuros y a las sensaciones y rituales placenteros. En ese camino no hay realidad, sólo hay fantasía, los accesorios imaginarios de que está llena la iglesia.

Si se desecha el temor, la creencia es innecesaria, pero si uno se agarra a la creencia y al dogma, entonces el temor se sale con la suya. La creencia no sólo está de acuerdo con las sanciones religiosas, sino que existe aunque no se pertenezca a religión alguna. Puede que uno tenga su propia creencia, individualista, exclusiva,

pero ella no es la luz de la claridad. El pensamiento se inviste de creencia para protegerse a sí mismo contra el miedo que él ha creado. Y el proceso del pensamiento no es la libertad de la atención que ve la verdad. El pensamiento no puede escudriñar lo inconmensurable porque siempre está sujeto a una medida. Lo sublime no se halla dentro de la estructura del pensamiento y la razón, ni tampoco el producto de la emoción y el sentimiento. La negación del pensamiento es atención, así como la negación del pensamiento es amor. Si está buscando lo más elevado, no lo hallará; éste ha de llegar a usted si tiene suerte, y la suerte es la ventana abierta de su corazón, no del pensamiento.

« Esto es bastante difícil, ¿no es así? Usted me está pidiendo que niegue toda la estructura de mí mismo, el yo que he sostenido y alimentado con tanto cuidado. Había pensado que el placer de lo que pueda llamarse Dios sería eterno. Esta es mi seguridad; en ella está toda mi esperanza y deleite; ¿y ahora me pide usted que lo deje todo? ¿Es posible? ¿Y quiero yo hacerlo realmente? Además, ¿está usted prometiéndome algo como recompensa si yo lo abandono todo? Por supuesto, veo que usted no me está ofreciendo en realidad una recompensa, pero, ¿puedo yo en efecto —no sólo de boca— desechar completamente aquello que es el fundamento de mi vida?»

Si tratamos de desecharlo deliberadamente, se convertirá en un conflicto, en aflicción y miseria sin fin. Pero si vemos la verdad de ello —como vemos la verdad de esa lámpara, la llama vacilante, la mecha y el pie de bronce— entonces habremos dado un paso hacia otra dimensión. En esta dimensión el amor no tiene problemas sociales; no hay división racial, intelectual o de

clase alguna. Sólo el hombre parcial siente la necesidad de que haya igualdad. Sólo el hombre superior necesita mantener su división, su clase, sus normas. Y el inferior siempre está esforzándose por llegar a ser el superior; el oprimido por llegar a ser el opresor. De modo que simplemente legislar —aunque tal legislación es necesaria— no termina con la división y su crueldad; ni tampoco termina con la división entre las clases obreras y el estado legal establecido. Usamos el trabajo para adquirir posición social, y allí empieza todo el ciclo de desigualdad. La moral que la sociedad ha inventado no pone fin a los problemas sociales. El amor no es moralidad y no es reforma. Cuando el amor se convierte en placer, entonces la aflicción es inevitable. El amor no es pensamiento, y es el pensamiento lo que da placer —placer como sexo y placer como logro. El pensamiento fortalece y da continuidad al placer del momento. Al pensar en el placer, vitaliza el del próximo instante. Esta urgencia de placer es lo que llamamos sexo, ¿no es así? Este va acompañado de una gran cantidad de afecto, ternura, cuidado, compañerismo y lo demás, pero a través de todo ello pasa el hilo de la aflición y el temor. Y el pensamiento, por medio de su actividad, hace irrompible este hilo.

«Pero no puede uno quitarle el placer al sexo. Yo vivo de ese placer; me gusta. Para mí es mucho más importante que tener dinero, posición o prestigio. Veo también que el placer trae aflicción, pero el placer predomina sobre la aflicción, de modo que no me preocupa.»

Cuando termina este placer que tanto le deleita —con los años, por accidente, con el tiempo— entonces está usted preso; entonces el dolor es la sombra de usted.

Pero el amor no es placer, no es el producto del deseo, y por eso, señor, debe uno entrar en otra dimensión. En ésta se resuelven todos nuestros problemas —todos los asuntos—. Sin eso, no importa lo que usted haga, habrá dolor y conflicto.

12

Muchos pájaros volaban en lo alto, algunos cruzando el ancho río y otros, arriba en el espacio, dando vueltas en amplios círculos con un leve movimiento de las alas. Los que se hallaban a gran altura eran buitres en su mayoría, y en el sol brillante semejaban meros puntitos frente a la brisa. En tierra estaban incómodos con sus pescuezos desnudos y sus alas anchas y pesadas. Había unos pocos en el árbol del tamarindo, y los cuervos los molestaban. Uno de éstos, especialmente, seguía a un buitre tratando de encaramarse sobre él. El buitre se sentía aburrido y recurrió a las alas; entonces el cuervo que lo había estado acosando salió de la parte de atrás y se sentó sobre la espalda del ave mientras ésta alzaba el vuelo. Era realmente una escena curiosa —el buitre con el negro cuervo sobre él. El cuervo parecía estar regodeándose completamente, y el buitre trataba de quitárselo de encima. Eventualmente el cuervo voló cruzando el río y desapareció en el bosque.

Los loros cruzaban el río en zig zags, anunciando al mundo su llegada con chillidos. Eran de un verde brillante, con picos rojos, y había unos cuantos en ese árbol de tamarindo. Venían en la mañana, iban río abajo y a veces regresaban chillando, pero más a menudo estaban ausentes todo el día y sólo regresaban al atardecer, después de haber robado el grano de los sembrados y cualquier fruta que pudieran hallar. Se

veían por algunos segundos entre las hojas del tamarindo y luego desaparecían. Realmente no podíamos seguirlos con los ojos entre las menudas hojas verdes del árbol. Habían hecho un hueco en el árbol y ahí vivían, macho y hembra, y parecían tan felices, mostrando su gozo con chillidos mientras volaban. Al anochecer y temprano en la mañana, el sol dibujaba un sendero —de oro en la mañana y de plata al anochecer— a través del río. No es extraño que el hombre rinda culto a los ríos; es mejor que adorar imágenes con todos los rituales y creencias. El río estaba lleno de viveza, profundo y caudaloso, siempre en movimiento; y en los pequeños charcos junto a la ribera, el agua permanecía estancada.

Cada ser humano se aísla a sí mismo en el pequeño charco, y ahí se deteriora; nunca entra en la plena corriente del río. De algún modo ese río, lleno de inmundicia desde más arriba, por acción de los seres humanos, estaba limpio en el medio, de un azul verdoso y profundo. Era un río espléndido, especialmente al amanecer antes de la salida del sol; estaba tan sereno, inmóvil, con el color de la plata derretida. Y según el sol iba subiendo sobre los árboles, se ponía dorado y luego se tornaba de nuevo en un sendero de plata; y el agua cobraba vida.

Esa habitación que da al río estaba fresca, casi fría, porque ya se anunciaba el invierno. Sentado frente a nosotros había un hombre joven con su mujer, que era aun más joven que él. Nosotros teníamos por asiento la alfombra colocada sobre un piso más bien frío y duro. A ellos no les interesaba mirar el río, y cuando les señalábamos su amplitud, su belleza y la verde ribera al otro lado, lo admitían con un gesto cortés. Habían venido de un lugar algo distante desde

el norte, por tren y en autobús, y estaban ansiosos por hablar de cosas que tenían en la mente; el río era algo que ellos podían mirar después, cuando tuvieran tiempo.

Él dijo: «El hombre nunca puede ser libre; está atado a su familia, a los hijos, al trabajo. Tiene responsabilidades hasta su muerte. A menos, por supuesto», añadió, «que llegue a ser un "sannyasi", un monje».

Él veía la necesidad de ser libre, sin embargo, sentía que no podría lograrlo en este mundo brutal, de competencia. La esposa lo escuchaba con una mirada más bien de sorpresa, halagada al descubrir que su marido pudiera ser un hombre serio y que pudiera expresarse en muy buen inglés. Ello le producía una sensación de orgullo posesivo. El joven se hallaba por completo inconsciente de esto, pues ella estaba sentada un poco detrás de él.

«¿Puede ser uno libre alguna vez?», preguntó: «Algunos escritores políticos y teorizantes como los comunistas dicen que la libertad es algo burgués, inalcanzable e irreal, mientras el mundo democrático habla mucho acerca de la libertad. Lo mismo hacen los capitalistas y, por supuesto, todas las religiones la predican y la prometen aunque se cuidan de que el hombre sea prisionero de sus creencias e ideologías particulares — sus actos son una negación de sus promesas. He venido a investigar, no simplemente a nivel del intelecto; si el hombre, si yo puedo en realidad ser libre en este mundo. He tomado unas vacaciones para venir aquí; por dos días estaré libre de mi trabajo —de la rutina de la oficina y de la vida habitual del pequeño pueblo donde vivo. Si tuviera más dinero, estaría más libre y podría ir donde quisiera, para hacer lo que me guste, quizás pintar o viajar. Pero eso es imposible porque

mi salario es limitado y tengo responsabilidades; soy un prisionero de mis responsabilidades».

La esposa no lograba entender todo esto, pero aguzó los oídos ante la palabra «responsabilidad». Puede que estuviera preguntándose si él deseaba abandonar el hogar y vagar por la faz de la tierra.

«Estas responsabilidades», continuó, «me impiden ser libre tanto interna como externamente. Soy capaz de comprender el hecho de que el hombre no pueda libertarse completamente del mundo, del correo, del mercado, de la oficina, etc., y no estoy buscando la libertad ahí. Sólo vengo a averiguar si es del todo posible liberarse internamente.

Las palomas del pórtico estaban arrullándose y revoloteando alrededor, y al otro lado de la ventana, los loros chillaban, mientras el sol resplandecía en sus lustrosas alas verdes.

¿Qué es la libertad? ¿Es ella una idea, o una emoción que engendra el pensamiento por estar preso en una serie de problemas, ansiedades, etc.? ¿Es la libertad un resultado, una recompensa, algo que se halla al final de un proceso? ¿Goza usted de libertad cuando se libera del coraje? ¿O cuando puede hacer lo que quiere? ¿Es libertad el acto de rechazar la responsabilidad cuando es para usted una carga? ¿Es la libertad lo que le hace resistir o ceder? ¿Puede el pensamiento darle esta libertad, puede darla una acción cualquiera?

«Temo que usted tiene que ir un poco más despacio.»

¿Es la libertad el opuesto de la esclavitud? ¿Goza usted de libertad cuando, hallándose en prisión y sabiéndolo, y dándose cuenta de todas las restricciones en ella, se imagina lo que es libertad? ¿Puede la imaginación dar libertad, o es ella una fantasía del pensamiento? Lo que realmente conocemos, lo que existe en

realidad, es la esclavitud; no sólo somos esclavos de las cosas externas, de la casa, la familia, el empleo, sino también internamente somos esclavos de las tradiciones, los hábitos, el placer de dominar y poseer, del miedo, del logro, así como de muchas otras cosas. Cuando el éxito nos brinda gran placer, uno nunca piensa, ni habla de liberarse de la prisión. Hablamos de libertad tan sólo cuando sentimos dolor. Somos esclavos de todas estas cosas, interna y externamente, y este cautiverio es lo que es. Y es para nosotros libertad la resistencia a lo que es. Uno rechaza, o trata de suprimir o escapar de lo que es, esperando llegar así a alguna forma de libertad. Conocemos internamente sólo dos cosas: la esclavitud y la resistencia; y la resistencia crea la esclavitud.

«Lo siento, pero no entiendo nada.»

Cuando uno le hace resistencia a la ira o al odio, ¿qué ha sucedido realmente? Usted construye una pared alrededor del odio, pero está ahí todavía; la pared simplemente lo oculta. O usted decide evitar la ira, pero esta determinación es parte del coraje, y la resistencia misma lo fortifica. Si observa este hecho, lo verá funcionar en usted mismo. Cuando resiste, controla, suprime o trata de trascender algo —todos son la misma cosa porque son actos de la voluntad— usted ha reforzado la pared de resistencia y así llega a ser más esclavo, mezquino e intolerante. Y partiendo de esta mezquindad, de esta intolerancia, usted quiere ser libre, y ese mismo deseo es la reacción que va a crear otra barrera, una mayor mezquindad. De este modo nos movemos de una resistencia, de una barrera a otra —a veces atribuyéndole a la pared de resistencia un color diferente, una cualidad diferente, o alguna palabra de nobleza. Pero la resistencia es esclavitud, y la esclavitud es aflicción.

«¿Quiere usted decir que, externamente, uno debe dejar que los demás nos den de patadas como quieran, y que, internamente, le demos libre rienda a la ira?»

Parece que usted no ha escuchado lo que se ha estado diciendo. Cuando es cuestión de placer, no nos importa la patada; el sentimiento es de deleite; pero cuando esa patada llega a doler, entonces la resistimos. Uno quiere estar libre del dolor y al mismo tiempo retener el placer. El acto de asirse al placer es la resistencia.

Es natural la reacción; si no reaccionamos físicamente al pinchazo de un alfiler significa que estamos entumecidos. Internamente, también hay algo malo si no reaccionamos. Pero la forma en que uno responde y la naturaleza de la respuesta es importante, no la reacción misma. Cuando alguien lo adula, usted responde; también reacciona cuando alguien lo insulta. Ambas son resistencias —una de placer y otra de pena. Aceptamos la primera y pasamos por alto la otra, o nos desquitamos. En ambos casos estamos haciendo resistencia. Tanto la aceptación como el rechazo son formas de resistencia; y la libertad no es resistencia.

«¿Seré yo capaz de responder sin hacer resistencia al placer o al dolor?»

¿Qué cree *usted*, señor? ¿Qué siente *usted?* ¿La pregunta es para mí o para usted mismo?

Si un extraño, una agencia exterior, le contesta su pregunta, entonces usted depende de la respuesta, y esa dependencia se convierte en autoridad, que es una resistencia. Entonces uno quiere de nuevo liberarse de *esa* autoridad. Así, pues, ¿cómo puede hacer tal pregunta a otro?

«Usted podría hacerme la indicación, y yo verla; en tal caso no hay envuelta autoridad alguna, ¿no es así?»

Pero ya le hemos señalado lo que realmente *es*. Ver

lo que en realidad *es*, sin responder a ello con placer o dolor. La libertad está en el acto de ver. Ver es ser libre. Podemos ver sólo en libertad.

«Este ver puede ser un acto de libertad, pero, ¿qué efecto tiene en mi esclavitud, es decir, lo que es, lo cual es la cosa vista?»

Cuando usted dice que el ver *puede que sea* un acto de libertad, está suponiéndolo, de modo que su acto de ver es también una suposición. Entonces usted no ve realmente lo que es.

«No sé, señor. Yo veo a mi suegra amedrentándome; ¿deja ella de hacerlo porque yo lo vea?»

Vea la acción de su suegra y vea las reacciones de usted sin respuestas ulteriores de placer o dolor. Véalo en libertad. Puede que su acción sea pasar por alto completamente lo que ella diga, o marcharse. Pero el marcharse o el no hacerle caso no es resistencia. Esta sensibilidad alerta sin elección es libertad. La acción que emana de esta libertad no puede predecirse, sistematizarse o ponerse en un marco de moralidad social. Esta sensibilidad alerta sin elección no es política, no pertenece a ningún «ismo»; no es el producto del pensamiento.

13

«Deseo conocer a Dios,» dijo con vehemencia, casi gritando. Los buitres estaban en el árbol acostumbrado, y el tren cruzaba el puente rechinando, y el río fluía —aquí era muy ancho, muy tranquilo y muy profundo. Temprano en la mañana, podíamos oler el agua a distancia; a gran altura, desde la margen que domina el río, era posible olerla —su frescura, su transparencia en el aire de la mañana. El día no la había corrompido aún. Los loros chillaban a través de la ventana, iban a los sembrados y luego regresaban al tamarindo. Los cuervos cruzaban el río por docenas, a gran altura, y bajaban hasta los árboles y entre los sembrados, de una parte a otra. Era una mañana clara de invierno, fría, pero brillante, y no había una sola nube en el cielo. Según observábamos la luz del sol temprano en la mañana, proseguía la meditación. La luz misma era parte de esa meditación cuando uno miraba las alegres aguas saltarinas en la mañana callada —no con la mente que las traduce dándoles algún sentido, sino con ojos que ven la luz nada más.

La luz, como el sonido, es una cosa extraordinaria. Hay la luz que los pintores tratan de llevar al lienzo; hay la luz que aprisionan las cámaras fotográficas; hay la luz de una sola lámpara en una noche oscura o la luz que se ve en el rostro de otra persona, la luz que

descansa tras los ojos. La luz que los ojos ven no es la luz en el agua; esa luz es tan diferente, tan vasta que no puede entrar en el estrecho campo del ojo. Esa luz, como el sonido, se movía incesantemente —hacia fuera y hacia dentro— como la marea. Y si uno no se quedaba muy sereno, iba y venía con ella, no sensorialmente o con la imaginación; iba sin saberlo, fuera de la dimensión del tiempo.

La belleza de esa luz, como el amor, no es para ser tocada, no es para ser puesta en palabras. Pero ahí estaba —en la sombra, en el espacio abierto en la casa, en la ventana al otro lado del camino, en la risa de esos niños. Sin esa luz, lo que usted ve tiene tan poca importancia, porque la luz lo es todo. Y la luz de la meditación estaba en el agua. Estaría ahí de nuevo al atardecer, durante la noche, y cuando el sol se levantara sobre los árboles, dorando el río. La meditación es esa luz en la mente, que alumbra el camino de la acción; y sin esa luz no hay amor.

Era un hombre corpulento, con la barba nítidamente rasurada; también tenía rapada la cabeza. Nos sentamos en el suelo, en el pequeño salón con vista al río. El piso estaba frío con motivo del invierno. Él tenía la dignidad del hombre que posee pocas cosas y que no está demasiado temeroso de la opinión de la gente.

«Quiero conocer a Dios. Sé que no es la moda hoy día. Los estudiantes, la nueva generación con sus revueltas, con sus actividades políticas, con urgencias razonables o irrazonables, se burlan de toda religión. Y tienen mucha razón también porque fíjese lo que han hecho de ella los sacerdotes. Naturalmente, la generación más joven no quiere cuenta con las religiones. Para ellos los templos e iglesias representan la explotación

del hombre. Desconfían completamente del punto de vista de la jerarquía sacerdotal —con los salvadores, ceremonias y todas esas tonterías. Estoy de acuerdo con ellos. He ayudado a algunos en sus revueltas contra todo esto. Pero aun así deseo conocer a Dios. He sido comunista pero abandoné el partido hace tiempo porque el comunismo también tiene sus dioses, sus dogmas y teorizantes. Yo era en realidad un comunista muy apasionado, pues al principio ellos prometían algo —una grande y verdadera revolución. Pero ahora ellos disfrutan de todas las cosas que tienen los capitalistas; han seguido las normas del mundo.

Me he mezclado en asuntos de reforma social y he estado activo en política, pero lo he dejado todo atrás porque no veo que el hombre pueda liberarse de su desesperación, ansiedad y temor por medio de la ciencia y la tecnología. Tal vez haya un solo camino. No soy de ningún modo supersticioso y no creo tener miedo alguno a la vida. He terminado con todo ello y según ve usted, aún tengo muchos años por delante. Deseo saber qué es Dios. He preguntado a algunos monjes vagabundos y a los que contestan eternamente, Dios *es*, sólo tiene que mirar, y también a aquellos que se ponen misteriosos y prometen determinadas técnicas. Estoy cansado de todas esas tretas. De modo que estoy aquí, pues siento que debo averiguar qué es.»

Estuvimos en silencio por algún tiempo. Las cotorras pasaban chillando frente a la ventana, y la luz refulgía en sus lustrosas alas verdes y rojos picos.

¿Cree usted que puede averiguar qué es Dios? ¿Cree que buscando puede hallarlo? ¿Cree que puede experimentarlo? ¿Cree que la dimensión de su mente puede dar con lo inconmensurable? ¿Dónde va usted a buscar? ¿Cómo sabrá el resultado? ¿Cómo podrá reconocerlo?

«En realidad no sé», replicó. «Pero sabré cuando se trate de lo real».

¿Quiere usted decir que lo sabrá por medio de su mente, de su corazón, de su inteligencia?

«No. El saber no depende de ninguna de estas cosas. Conozco muy bien el peligro de los sentidos. Soy consciente de la facilidad con que se crean ilusiones.»

Saber es experimentar, ¿no es así? Experimentar es reconocer, y el reconocimiento es memoria y asociación de ideas. Si lo que usted entiende por «saber» es el resultado de un incidente que pasó, un recuerdo, algo que ocurrió antes, entonces el «saber» es lo que *ha* ocurrido. ¿Puede usted saber lo que está sucediendo, lo que en realidad está ocurriendo? ¿O sólo puede saberlo un momento después, cuando ha pasado? Lo que está realmente ocurriendo se halla fuera del tiempo; el saber ocurre en el tiempo. Usted mira el suceso con ojos temporales, lo nombra, lo traduce y lo registra. Esto es lo que se llama saber, tanto analíticamente como a través del reconocimiento instantáneo. Usted quiere traer a este campo del conocer aquello que está al otro lado del monte, o detrás de ese árbol. Y usted insiste en que debe saber qué es, en que debe experimentarlo y agarrarlo. ¿Puede usted agarrar con su mente y sus manos esas aguas arrolladoras? Lo que usted agarra es la palabra y lo que sus ojos han visto, lo visto puesto en palabras, y el recuerdo de ellas. Pero los recuerdos no son esas aguas —y nunca lo serán.

«Muy bien», dijo, «entonces, ¿cómo podré encontrarme con ello? En mi vida larga, de estudio, he visto que nada va a salvar al hombre —ni instituciones, ni patrones sociales, nada; por lo tanto, he dejado de leer. Pero el hombre tiene que salvarse, tiene que salir de esto de algún modo, y mi deseo urgente de encontrar

a Dios es el grito que nace de esta gran ansiedad que siento por el hombre. Esta violencia que se extiende por todas partes está consumiendo al hombre. Conozco todos los argumentos a favor y en contra de ello. Antes yo tenía esperanzas, pero ahora he perdido toda esperanza. Realmente estoy por completo acabando con mis ataduras. No es por desesperación o por renovar mi esperanza que le hago esta pregunta. Simplemente no puedo ver ninguna luz. De modo que he venido a hacerle esta única pregunta: ¿Puede usted ayudarme a descubrir la realidad —si *hay* una realidad?»

De nuevo permanecimos en silencio por algún tiempo. Y llegaba hasta la habitación el arrullo de las palomas.

«Veo lo que usted quiere decir. Nunca anteriormente había estado yo en un silencio tan completo. La pregunta está ahí, fuera de este silencio, y cuando la miro desde este silencio, la pregunta se aleja. ¿Quiere usted decir, pues, que sólo en esta quietud, en este silencio total y, sin premeditación, está lo inconmensurable?»

Otro tren cruzaba el puente ruidosamente.

Estas cosas provocan toda la tontería e histeria del misticismo —un sentimiento vago, inarticulado, que engendra la ilusión. No, señor, no es eso lo que yo quiero decir. Es ardua la tarea para desechar todas las ilusiones políticas, religiosas, la ilusión del futuro. Nunca descubrimos nada por nosotros mismos. Creemos lograrlo, y esa es una de las grandes ilusiones, que es el pensamiento. Es dura tarea ver claramente dentro de este desorden, de esta locura que el hombre ha tejido alrededor de sí mismo. Para ver, para ser libre, se necesita una mente muy, muy sana. Ambos, el ver y el ser libre son absolutamente necesarios. Libre de la urgencia de ver, libre de la esperanza que pone el hombre en la ciencia, en la tecnología y en los descubrimientos reli-

giosos. Esta esperanza engendra ilusión. El ver esto es libertad, y cuando hay libertad, no se provoca la ilusión. Entonces la mente misma se ha vuelto inconmensurable.

14

Era un viejo monje, reverenciado por miles de adeptos. Se veía bien conservado físicamente; llevaba la cabeza rapada y vestía la túnica usual color azafrán del «sannyasi». Usaba un enorme bastón que había visto pasar muchas épocas, y un par de sandalias bastante deterioradas.

Estábamos sentados en un banco y desde bien alto, dominábamos el río, con el puente del ferrocarril a nuestra derecha y el río serpenteando en una amplia curva, a la izquierda. El otro lado de la ribera, esa mañana, estaba envuelta en una densa neblina, y apenas se podía ver la copa de los árboles. Parecía como si estuvieran flotando sobre el extenso río. Ni un soplo de aire se sentía, y las golondrinas estaban volando cerca de la superficie del agua.

Ese río era muy viejo y sagrado, y la gente venía de muy lejos a morir en sus riberas y a ser incinerados allí. Se le rendía culto, se le dedicaban cantos en alabanza y se tenía por muy sagrado. Toda clase de inmundicia se arrojaba en sus aguas; la gente se bañaba en ellas, la bebían, las usaban para lavar la ropa. En las orillas se veían personas meditando, con los ojos cerrados, sentadas muy erguidas y quietas. Era un río que se daba generosamente, pero el hombre estaba contaminándolo. En la estación de las lluvias, subía de 20 a 30 pies, se llevaba toda la inmundicia, y cubría la tierra

con el sedimento que alimenta a los campesinos albergados a lo largo de sus márgenes. Bajaba serpenteando en grandes curvas, y a veces se veían pasar árboles completos, sacados de raíz por la impetuosa corriente. También se veían animales muertos, sobre los cuales se encaramaban cuervos y buitres peleando unos con otros, y ocasionalmente aparecía un brazo o una pierna y aun el cuerpo completo de algún ser humano.

Esa mañana el río se mostraba amable, sin una sola onda. La otra orilla parecía muy lejana. El sol se había mantenido alto por varias horas, y la niebla aún no se había disipado. Y el río, como un ser misterioso, fluía. El monje estaba muy familiarizado con ese río; había pasado muchos años junto a la orilla, rodeado de sus discípulos. Y daba por sentado que el río estaría siempre allí, y que mientras el hombre viviera, él también viviría. Se había acostumbrado a esta idea, y en eso estribaba lo lamentable del caso. Ahora lo miraba con ojos que lo habían visto mil veces. Uno se acostumbra a la belleza y a la fealdad, y entonces se desvanece la frescura del día.

«¿Por qué está usted», preguntó con voz más bien autoritaria, «en contra de la moral, en contra de las escrituras, que nosotros consideramos muy sagradas? Probablemente usted ha sido corrompido por el Oeste donde la libertad es libertinaje y donde, con excepción de unos pocos, no se conoce la verdadera disciplina. Es obvio que usted no ha leído ninguno de nuestros libros sagrados. Estuve aquí la otra mañana cuando usted hablaba y me quedé horrorizado de lo que decía acerca de los dioses, los sacerdotes, los santos y los gurús. ¿Cómo puede vivir el hombre sin alguno de ellos? Si lo hace, se vuelve materialista, mundano, por

completo brutal. Al parecer usted niega todo el conocimiento que para nosotros es tan sagrado. ¿Por qué? Sé que usted es serio. Lo hemos seguido de lejos por muchos años. Lo hemos observado como a un hermano. Pensábamos que usted pertenecía a nuestra clase. Pero como usted ha renunciado a todas estas cosas, hemos llegado a ser extraños uno al otro; parece mil veces lamentable que caminemos por sendas distintas.»

¿Qué es lo sagrado? ¿Son sagrados la imagen en el templo, el símbolo, la palabra? ¿Dónde se halla lo sagrado? ¿En ese árbol o en esa campesina con su pesada carga? ¿Confiere usted carácter de sagrado a cosas que cree santas, útiles, significativas? ¿Pero qué valor tiene la imagen tallada por la mano o la mente? Esa mujer, ese árbol, ese pájaro, las cosas vivientes parecen tener para usted sólo una importancia pasajera. Usted divide la vida en aquello que es sagrado y en aquello que no lo es, en lo que es inmoral y lo que es moral. Esa división engendra miseria y violencia. O todas las cosas son sagradas, o nada es sagrado, o lo que usted dice, sus palabras, sus pensamientos, sus cánticos son serios, o existen éstos para seducir la mente y llevarla a cierto encantamiento, que se convierte en ilusión y, por lo tanto, no son serios en absoluto. *Existe* algo sagrado, pero no está en la palabra, ni en la estatua que el pensamiento ha construido.

Se mostró algo perplejo, y no del todo seguro de la dirección que seguían nuestras palabras, de modo que interrumpió: «No estamos en realidad discutiendo lo que es o no es sagrado, sino más bien querría saber por qué desacredita la disciplina.»

La disciplina, como se entiende en general, implica conformidad a un patrón de tontas sanciones políticas, sociales o religiosas. Esta conformidad im-

plica, ¿no es así?, imitación, supresión, o alguna manera de trascender el estado actual. En esta disciplina hay, evidentemente, una lucha continua, un conflicto que deforma la calidad de la mente. Uno acepta porque tiene la esperanza o la promesa de una recompensa. Uno se disciplina para lograr algo. A fin de conseguir algo uno obedece y se somete, y el patrón —ya sea el patrón comunista, el religioso o el propio— se convierte en autoridad. En esto no hay libertad en forma alguna. La disciplina significa aprender; el aprendizaje rechaza toda autoridad y obediencia. Para ver esto no se requiere un proceso analítico. El ver las implicaciones envueltas en esta estructura completa de la disciplina es en sí disciplina, que consiste en aprender todo acerca de esta estructura. Y el aprendizaje no es cuestión de recoger información, sino de ver inmediatamente la estructura y la naturaleza de lo que se aprende. Esa es la verdadera disciplina, porque se está aprendiendo, y no aceptando. Para aprender se requiere libertad.

«Significa esto», preguntó, «que usted hace exactamente lo que quiere? ¿Que usted desatiende la autoridad del estado?»

Por supuesto que no, señor. Naturalmente, usted tiene que aceptar la ley del estado o del policía hasta que se cambie esa ley. Usted tiene que conducir por un lado de la carretera, no por toda ella, porque hay también otros carros, de modo que tiene usted que obedecer la ley de carreteras. Si uno hiciera exactamente lo que quiere —lo que hace subrepticiamente de todos modos— habría un completo caos; y eso es exactamente lo que hay. El hombre de negocios, el político y casi todos los seres humanos persiguen, bajo la capa de responsabilidad, sus propios deseos y apetitos ocultos, lo cual está creando caos en el mundo. Queremos

encubrir esto, aprobando leyes, sanciones, etc. Eso no es libertad. En todo el mundo hay gentes que poseen libros sagrados, modernos o antiguos. Repiten fragmentos de ellos, hacen arreglos para cantarlos, y los citan incesantemente, pero en sus corazones son violentos, codiciosos, y ambiciosos de poder. ¿Importan en absoluto estos libros que suelen llamar sagrados? No tienen significado real. Lo que importa es el extremado egoismo del hombre, su violencia constante, su odio y enemistad, no los libros, los templos, las iglesias, las mezquitas.

Bajo la túnica, el monje oculta el temor. Tiene sus propios apetitos, está ardiendo en deseos, y la túnica es meramente un escape de este hecho.

Por trascender estas agonías del hombre, pasamos el tiempo en disputas sobre qué libros son más sagrados, comparados con otros, y ello demuestra demasiada inmadurez.

«Entonces usted tiene que negar también la tradición... ¿cierto?»

El extender el pasado hacia el presente, traducir el movimiento del presente en términos del pasado, destruye la belleza viviente de la hora. Este país —casi todos los países— está agobiado por el peso de la tradición, que se atrinchera en lugares de alto rango y en la choza de la aldea. No hay nada sagrado en la tradición, ya sea antigua o moderna. El cerebro contiene la memoria del ayer, que es la tradición, y teme perderla porque no puede enfrentarse a algo nuevo. La tradición se convierte en nuestra seguridad, y cuando la mente se siente segura, está deteriorándose. Uno debe emprender el viaje sin carga alguna, con gusto y sin esfuerzo; jamás ha de detenerse ante ningún altar, ante monumento alguno, o por ningún héroe social o religioso —solo, acompañado de la belleza y el amor.

«Pero nosotros los monjes estamos siempre solos, ¿no es así?», preguntó. «He renunciado al mundo y hecho votos de pobreza y castidad.»

Usted no está solo, señor, porque el voto mismo lo ata —como el hombre que hace votos al casarse. Si me permite indicarlo, usted no está solo porque es hindú, de igual modo que no estaría solo si fuera budista, o musulmán, cristiano, o comunista. Usted está comprometido, ¿y cómo puede estar solo un hombre que se ha comprometido, cuando se ha entregado a alguna forma de ideación, que trae su propia actividad? La misma palabra «solo» significa lo que expresa —exento de preocupaciones, inocente, libre y completo, no fragmentado. Cuando usted está solo, puede vivir en este mundo, pero será siempre un extraño. Únicamente en el «estado de ser solo» (aloneness) puede haber acción y cooperación completas; porque el amor es siempre la totalidad.

15

Esa mañana el río lucía como plata deslustrada el cielo estaba nublado y hacía frío. Las hojas estaban cubiertas de polvo y había una fina capa de éste en todas partes —en el salón, en el pórtico, en la silla. El frío aumentaba; tenía que haber nevado copiosamente en las Himalayas; uno podía sentir el cáustico viento del norte; aun los pájaros lo notaban. Pero el río esa mañana tenía un extraño movimiento muy propio, aparentemente no lo inquietaba el viento; parecía casi inmóvil y mostraba esa ausencia de temporalidad que parecen tener todas las aguas. ¡Qué hermoso estaba! No es extraño, que la gente lo haya convertido en un río sagrado. Uno podía sentarse ahí, en el pórtico, y contemplarlo en meditación eternamente. No era un ensueño; nuestros pensamientos no seguían ninguna dirección —estaban simplemente ausentes.

Y según observaba la luz en el río, tenía la impresión de estar perdido, y mientras cerraba los ojos, iba penetrando dentro de un vacío lleno de bendiciones. Era la dicha.

Volvió de nuevo esa mañana con un hombre joven. Era el monje que había hablado de disciplina, de libros sagrados y de la autoridad de la tradición. Acababa de lavarse la cara y también la túnica. El joven parecía más bien nervioso. Había venido con el monje, probable-

mente su gurú, y esperaba que él hablara antes. Miraba el río, pero pensando en otras cosas. Luego el «sannyasi» dijo:

«He venido de nuevo, pero esta vez a hablar acerca del amor y la sensualidad. Nosotros, que hemos hecho votos de castidad, tenemos nuestros problemas de sexo. El voto es sólo un medio de resistir nuestros deseos incontrolables. Soy un hombre viejo, y ya no me abraso en estos deseos. Antes de hacer los votos, era casado. Al morir mi esposa, abandoné el hogar y pasé por un período de agonía, de urgencias biológicas intolerables. Luchaba contra ellas noche y día. Fue una época muy difícil, llena de soledad, de frustración, temores de locura y arranques neuróticos. Aun ahora no me atrevo a pensar demasiado en ello. Y este joven ha venido conmigo porque creo que está pasando por el mismo problema. Como yo, desea renunciar al mundo y hacer votos de pobreza y castidad. He estado hablando con él muchas semanas, y pensé que valdría la pena si pudiéramos discutir con usted este problema de amor y sexo. Espero que no le importe si hablamos con demasiada franqueza.»

Si vamos a tratar con interés este asunto, en primer lugar —permítame sugerirle— no empiece a examinarlo partiendo de una posición o una actitud, o un principio, porque esto impedirá la exploración. Si está en contra del sexo, o si insiste en que es necesario para la vida, que es parte del vivir, cualquier suposición de esa clase evitará la percepción verdadera. Debemos desechar toda conclusión a fin de estar libres para mirar, para examinar.

Ahora caían unas gotas de lluvia, y los pájaros se aquietaron, pues iba a llover fuertemente; y las hojas estarían, una vez más, frescas y verdes, llenas de luz

y color. Había un olor a lluvia, y la extraña quietud que viene tras la tormenta se extendió por la tierra.

De modo que tenemos dos problemas —amor y sexo. El primero es una idea abstracta; el otro, una verdadera urgencia biológica cotidiana —un hecho que existe y no puede negarse. Averigüemos primero lo que es el amor, no como idea abstracta, sino lo que es realmente. ¿Qué es? ¿Un simple goce de los sentidos cultivado por el pensamiento como placer; el recuerdo de una experiencia que ha producido gran deleite o disfrute del sexo? ¿La belleza de una puesta de sol o la hoja delicada que usted ve o toca? ¿O el perfume de la flor que aspira? ¿Es el amor, placer o deseo? ¿O no es ninguna de esas cosas? ¿Debe dividirse el amor en sagrado y profano? ¿O es algo indivisible, total, que no puede ser fragmentado por el pensamiento? ¿Puede existir sin el objeto? ¿O sólo surge a causa del objeto? ¿Es al ver el rostro de una mujer que despierta el amor en usted —siendo así sensación, deseo, placer, al cual da continuidad el pensamiento? ¿O es el amor un estado en que respondemos a la belleza como si fuera ternura? ¿Es el amor algo cultivado por el pensamiento de modo que el objeto llega a ser importante, o está completamente desvinculado del pensamiento y, por lo tanto, es independiente, libre? Si no comprendemos esta palabra y el significado que encierra, nos torturaremos, o nos pondremos neuróticos en relación con el sexo, o seremos esclavizados por éste.

El amor no debe ser fragmentado por el pensamiento. Cuando éste lo divide en impersonal, personal, sensual, espiritual, mi patria y su patria, mi Dios y su Dios, entonces ya no es amor; es algo enteramente distinto —un producto de la memoria, de la propaganda, de la conveniencia, de la comodidad, y así sucesivamente.

¿Es el sexo producto del pensamiento? ¿Es el sexo —el placer, el deleite, la compañía, la ternura envueltos en el mismo— es éste un recuerdo reforzado por el pensamiento? En el acto sexual hay olvido y abandono de sí mismo, una sensación de que no existen el miedo, la ansiedad, las preocupaciones de la vida. Al recordar este estado de ternura y de olvido propio y al exigir su repetición, lo rumiamos como si lo disfrutáramos de nuevo, hasta la próxima ocasión. ¿Es ternura esto, o es simplemente un recuerdo de algo ya terminado y que por repetición espera usted apresarlo otra vez? ¿No es un proceso destructivo la repetición de algo por agradable que sea?

Súbitamente el joven cobró el habla: «El sexo es una urgencia biológica, tal como ha dicho usted mismo, y si este es destructivo, ¿no es igualmente destructivo el comer, que es también una urgencia biológica?»

Si uno come cuando tiene hambre —esa es una cosa. Si uno tiene hambre y el pensamiento dice: «Tengo que probar esto o esa clase de alimento», entonces es el pensamiento funcionando, y esto sí es una repetición destructiva.

«¿Cómo sabe usted lo que es urgencia biológica en el sexo, como lo es en el hambre, y qué es una necesidad psicológica, como la codicia?», preguntó el joven.

¿Por qué establece usted división entre la urgencia biológica y la necesidad psicológica? Y hay aún otra pregunta, una pregunta del todo diferente: ¿Por qué separa usted el sexo del acto de ver la belleza de una montaña o el encanto de una flor? ¿Por qué le da tan tremenda importancia al uno y descuida totalmente al otro?

«Si el sexo es algo muy diferente del amor como parece usted indicar, entonces no es necesario hacer absolutamente nada con relación al sexo».

Nunca dijimos que el amor y el sexo son dos cosas separadas. Hemos dicho que el amor es total, que no ha de ser reducido a fragmentos, y que el pensamiento, por su propia naturaleza, es fragmentario. Cuando el pensamiento domina, evidentemente, no hay amor. El hombre generalmente sabe —quizás sólo conoce— el sexo del pensamiento, que es el acto de rumiar el placer y su repetición. Por lo tanto, tenemos que preguntar: ¿Hay alguna otra clase de placer que no sea del pensamiento o del deseo?

El «sannyasi» había escuchado con silenciosa atención. Ahora habló: «Yo he reprimido el sexo, he hecho votos en contra de él, porque por tradición, por razonamiento, he visto que es necesaria la energía para consagrarse a la vida religiosa. Pero ahora veo que esta resistencia ha absorbido una gran cantidad de energía. He dedicado más tiempo a resistir, y he desperdiciado más energía en ello que la que haya derrochado jamás en el sexo mismo. Por lo tanto, ahora comprendo lo que usted ha dicho: que cualquier conflicto es un derroche de energía. El conflicto y la lucha son más agotadores que la contemplación del rostro de una mujer, o quizás que el sexo mismo.»

¿Existe el amor sin deseo, sin placer? ¿Existe el sexo sin deseo, sin placer? ¿Existe el amor, que es total, sin participación del pensamiento? ¿Es el sexo algo del pasado, o es algo cada vez nuevo? El pensamiento es evidentemente viejo, por lo que siempre estamos contrastando lo viejo y lo nuevo. Hacemos preguntas partiendo de lo viejo y queremos una respuesta en términos de lo viejo. De modo que cuando preguntamos si existe el sexo sin que opere y funcione en él todo el mecanismo del pensamiento, ¿no significa esto que no hemos dado un paso fuera de lo viejo? Estamos tan

condicionados por lo viejo que no encontramos el camino hacia lo nuevo. Dijimos que el amor es total, y siempre nuevo —no nuevo en oposición a lo viejo, porque eso es otra vez lo viejo. No tiene valor alguno cualquier afirmación de que hay sexo sin deseos, pero si usted ha entendido todo el significado del pensamiento, tal vez entonces pueda encontrarse con lo otro. Si no obstante exigimos el disfrute del placer a cualquier precio, entonces no existirá el amor.

El joven dijo: «Esa urgencia biológica de la cual hemos hablado es precisamente tal exigencia, pues aunque sea distinta al pensamiento, engendra el pensamiento».

«Quizás yo pueda contestar a mi joven amigo», dijo el «sannyasi», «porque he pasado por todo eso. Por años me he disciplinado para no mirar a una mujer. He controlado despiadadamente la necesidad biológica. La urgencia biológica no engendra el pensamiento; el pensamiento la aprisiona; el pensamiento la utiliza; de esta urgencia, el pensamiento crea imágenes, cuadros —y entonces la urgencia es esclava del pensamiento. El pensamiento es el que engendra la urgencia, la mayor parte de las veces. Como dije antes, empiezo a ver la extraordinaria naturaleza de nuestra propia decepción e insinceridad. Hay demasiada hipocresía en nosotros. No podemos ver las cosas como son, pero tenemos que crear ilusiones con relación a ellas. Usted nos está diciendo, señor, que miremos todo con claridad, sin el recuerdo del ayer; usted lo ha repetido tan a menudo en sus charlas. Entonces la vida no se convierte en problema. Justamente empiezo, en la vejez, a darme cuenta de todo esto».

El joven no parecía completamente satisfecho. Él quería aceptar la vida de acuerdo con *sus* términos y

condiciones, de acuerdo con la fórmula que cuidadosamente había establecido.

Por eso es tan importante conocerse uno mismo, no de acuerdo con una fórmula o de acuerdo con algún gurú. Esta constante sensibilidad alerta, sin elección alguna, termina con todas las ilusiones y toda hipocresía.

Ahora la lluvia caía a torrentes, y el aire estaba muy sereno, y sólo se oía el sonido del agua sobre los tejados y las hojas.

CALIFORNIA

1

La meditación no es la mera vivencia de algo más allá del pensamiento y la emoción de cada día ni la búsqueda de fantasías y deleites. Una mente pequeña, escuálida y sin madurez, puede, y de hecho tiene visiones del consciente en estado de expansión y de experiencias que reconoce de acuerdo con su propio condicionamiento. Esta inmadurez puede ser muy capaz de obtener para sí éxitos en este mundo y de lograr fama y notoriedad. Los gurús a quienes uno sigue son de la misma condición y se hallan en el mismo estado. La meditación no es atributo de tales personas. Ésta no sirve de nada al que busca algo, pues el buscador encuentra lo que quiere, y la satisfacción que deriva de ello es la moralidad de sus propios temores.

No importa lo que haga, el hombre que depende de creencias o dogmas no puede entrar en el reino de la meditación. Para meditar es necesaria la libertad. No es que la meditación venga primero y después la libertad; la libertad —negación total de la moralidad y de los valores sociales— es el primer movimiento de la meditación. Esta no es una actividad pública donde puedan reunirse muchos a elevar preces. Se sostiene sola, y está siempre más allá de las fronteras de la conducta social. Porque la verdad no se halla en las cosas del pensamiento o en lo que el pensamiento ha compuesto para llamarlo verdad. La completa nega-

ción de toda esta estructura del pensamiento es el aspecto positivo de la meditación.

El mar se hallaba muy sereno esa mañana; estaba muy azul, casi como un lago, y el cielo, muy claro. Gaviotas y pelícanos volaban cerca de la superficie del agua —los pelícanos, casi tocando el agua con sus alas pesadas y lento vuelo. El cielo estaba muy azul, y allá lejos los montes, sólo unos pocos arbustos, se veían tostados por el sol. Un águila roja emergió de esos montes, voló por encima de la hondonada y desapareció entre los árboles.

La luz en esa parte del mundo tenía cierto grado de penetración y brillantez que no llegaba a producir ofuscación a los ojos. Había olor a zumaque, china y eucalipto. No había llovido en muchos meses, y la tierra estaba quemada, reseca y agrietada. Ocasionalmente se veían ciervos en los montes, y una vez, vagando en lo alto, vimos un oso polvoriento y mal cuidado. A lo largo del sendero se arrastraban a menudo los crótalos y de vez en cuando pasaba una especie de iguana. En la vereda apenas nos cruzábamos con alguien. Era un sendero polvoriento, pedregoso, y reinaba en él un absoluto silencio.

Justamente frente a nosotros había una codorniz con sus polluelos. Lo más seguro es que hubiera más de una docena de ellas, inmóviles, fingiendo que no existían. Mientras más ascendíamos, más silvestre se mostraba el sendero, pues no había allí morada alguna, ni agua. Tampoco se veían pájaros y apenas algún árbol. El sol era muy fuerte; penetraba en la carne como una mordida de cuchillo.

A esa gran altura, de repente se acercó a nosotros un crótalo, haciéndonos una advertencia con el agudo

cascabeleo de su cola. Dimos un salto. Ahí estaba el crótalo, con su cabeza triangular, toda enrollada en el centro y con sus ojos fijos en nosotros. Estábamos a unos pies de ella y no podía atacarnos a esa distancia. La mirábamos con fijeza, y ella también nos miraba con los ojos bien abiertos. La vigilamos por algún tiempo, su pesada flexibilidad, el peligro en ella; y no teníamos miedo. Entonces, mientras la observábamos, fue desenrollando la cabeza y la cola y se movió retrocediendo lejos de nosotros. Según nos movíamos hacia ella, volvía a enrollarse, con su cola en el centro, preparada para el ataque. Así seguimos el juego hasta que la serpiente se cansó, y nos separamos de ella, y bajamos hasta la playa.

Había una bonita casa, con sus ventanas abiertas al césped. Era blanca por dentro y de buenas dimensiones. En las noches frías se encendía la lumbre. Es agradable observar un fuego con sus mil llamas y muchas sombras. No se oía ruido alguno, excepto el sonido del mar inquieto.

Había un pequeño grupo de dos o tres personas en esa habitación, hablando de cosas en general —la juventud moderna, el cine y así sucesivamente. Entonces uno de ellos dijo: ¿«Se me permite hacer una pregunta»? Y al parecer era una lástima perturbar el mar azul y los montes. «Queremos preguntarle lo que el tiempo significa para usted. Conocemos más o menos lo que de él dicen los hombres de ciencia y los escritores de ficción en la materia. Me parece a mí que el hombre ha estado siempre atrapado en este problema del tiempo —los eternos ayeres y mañanas. Desde las épocas más remotas hasta el día presente el tiempo ha ocupado la mente del hombre. Los filósofos han especulado acerca de ello,

y las religiones tienen sus propias explicaciones. ¿Podemos hablar sobre este asunto?»

¿Entraremos en la materia de manera más bien profunda, o quiere usted sólo tocarla superficialmente para luego dejarla ahí? Si queremos hablar de esto seriamente, tenemos que olvidar lo que han dicho las religiones, los filósofos y otros —pues en realidad usted no puede confiar en ninguno de ellos. No es por encallecida indiferencia o arrogancia que desconfiamos de ellos, pero uno ha visto que para investigar hay que desechar toda autoridad. Si estamos preparados para eso, tal vez entonces podamos entrar en esta materia muy sencillamente.

Dejando a un lado el reloj, ¿existe el tiempo en alguna forma? Aceptamos tantas cosas; nos han inculcado la obediencia de tal modo, que la aceptación parece natural. ¿Pero existe el tiempo de manera alguna, aparte de los muchos ayeres? ¿Es el tiempo una continuidad como ayer, hoy y mañana, y hay tiempo sin ayer? ¿Qué da continuidad a los miles de ayeres?

Una causa produce su efecto, y el efecto, en cambio, se convierte en la causa; no hay división entre ambos; es un solo movimiento. A este movimiento le llamamos tiempo, y es con este movimiento en nuestros ojos y en nuestros corazones que vemos todas las cosas. Vemos con los ojos del tiempo e interpretamos el presente en términos del pasado; y esta interpretación le hace frente al futuro. Esta es la cadena del tiempo.

El pensamiento, atrapado en este proceso, pregunta: «¿Qué es el tiempo?» Esta misma interrogación pertenece a la mecánica del tiempo. De modo que la pregunta no tiene sentido porque el pensamiento *es* el tiempo. El ayer ha producido el pensamiento y, por tanto, éste divide el espacio en ayer, hoy y mañana. O dice: «Sólo

existe el presente», olvidándose de que el presente mismo es el resultado del ayer.

Nuestra conciencia está hecha de esta cadena del tiempo, y dentro de sus confines, preguntamos: ¿«Qué es el tiempo? Y si no hay tiempo, ¿qué le sucede al ayer?» Tales preguntas se formulan dentro del campo del tiempo, y no hay respuestas a una pregunta que el pensamiento hace acerca del tiempo.

¿O es que no existe el mañana ni el ayer, sino solamente el hoy? Esta no es una pregunta hecha por el pensamiento. Se formula cuando se ven la estructura y la naturaleza del tiempo —pero vistas con los ojos del pensamiento.

¿Existe en realidad el mañana? Por supuesto, si tengo que tomar un tren, existe; pero internamente, ¿existe el mañana del dolor y el placer, del logro? ¿O existe sólo el ahora que no está relacionado con el ayer? El tiempo cesa sólo cuando cesa el pensamiento. En el instante de la cesación es que existe el ahora. Este ahora no es una idea, sino un hecho verdadero, pero sólo cuando ha terminado todo el mecanismo del pensamiento. El *sentimiento* del ahora es enteramente distinto de la palabra, que pertenece al tiempo. Así, pues, no nos dejemos apresar por las palabras ayer, hoy y mañana. Sólo en libertad existe la realización del ahora, y la libertad no es cultivada por el pensamiento.

Luego surge la pregunta: ¿Cuál es la acción del ahora? Sólo conocemos la acción que pertenece al tiempo y a la memoria y el intervalo entre el ayer y el presente. En este intervalo o espacio, comienza toda la confusión y el conflicto. Lo que en realidad preguntamos es lo siguiente: Si no hay intervalo en absoluto, ¿qué es la acción? La mente consciente podría decir: «Hice algo espontáneamente», pero de hecho esto no es así; no

hay tal cosa como la espontaneidad porque la mente está condicionada. El único hecho es lo real; lo real es el ahora, y como el pensamiento no puede enfrentarse a ese hecho, construye imágenes del mismo. El intervalo entre la imagen y lo que es, es la desdicha que el pensamiento ha creado.

El ver lo que es sin el ayer es el ahora. El ahora es el silenciamiento del ayer.

2

La meditación es un movimiento incesante. Uno nunca puede decir que está meditando o que ha fijado un período para la meditación. Ésta no se subordina a nuestro mandato. Su bendición no llega porque sigamos una vida sistematizada o una rutina o moralidad particular. Llega sólo cuando el corazón está realmente abierto. No abierto por la llave del pensamiento, ni resguardado por el intelecto, sino cuando está abierto como los cielos sin nubes; entonces llega sin saberlo, sin invitarlo. Pero uno nunca puede vigilar, conservar, adorar esa bendición. Si trata, jamás vendrá de nuevo; no importa lo que usted haga, lo evadirá.

Uno no es importante en la meditación; no tiene sitio en ella. La belleza de la meditación no es usted; está en ella misma. Y a esto no se puede añadir nada. No mire fuera de la ventana esperando apresarla de improviso, o no se siente en un salón oscuro para esperarla; sólo llega cuando usted no está ahí de manera alguna, y su dicha no tiene continuidad.

Las montañas miraban el infinito mar azul, que se extendía por muchas millas. Los montes estaban casi estériles, quemados por el sol, con pequeños arbustos, y en sus rugosidades había árboles también quemados por el sol y por el fuego, pero se erguían aún allí, florecientes y muy serenos. Había un árbol especialmen-

te, un viejo roble, enorme, que parecía dominar todos los montes a su alrededor. Y en la cima de otro monte, había un árbol muerto, quemado por el fuego; y ahí se mantenía de pie, desnudo, gris, sin una sola hoja. Cuando mirábamos esas montañas, su belleza y sus contornos frente al cielo azul, este árbol, él solo parecía sostener el cielo. Tenía muchas ramas, todas muertas, y ya no sentiría de nuevo la primavera. Sin embargo, estaba intensamente activo, lleno de gracia y de belleza; uno se sentía como parte de él, solo, sin nada en que reclinarse, fuera del tiempo. Al parecer estaría allí para siempre, igual que el enorme roble en el valle. Uno estaba vivo, y el otro, muerto, y ambos eran las únicas cosas importantes entre esos montes quemados por el sol, chamuscados por el fuego, que esperaban las lluvias del invierno. Veíamos la vida total, incluyendo la propia vida, en esos dos árboles —uno vivo, otro muerto. Y entre los dos descansaba el amor, protegido, invisible, sin exigir nada.

Debajo de la casa vivía una madre con cuatro de sus pequeños. El día que llegamos estaban en el pórtico, la madre coatí con sus cuatro bebés. Se mostraron amistosos enseguida —con sus negros ojos penetrantes y suaves garras— y al mismo tiempo nerviosos, pidienque se les alimentara. La madre se mantenía alejada. A la tarde siguiente, estaban allí de nuevo; y tomaban el alimento de nuestras manos y sentíamos sus garras suaves. Se hallaban listos para ser domesticados, para ser mimados. Y nos sorprendía su belleza y sus movimientos. En pocos días estarían todos sobre nosotros. Y sentimos la inmensidad de la vida en ellos.

Era un día despejado y hermoso, y todos los pequeños árboles y arbustos se destacaban claramente frente

al brillante sol. El hombre había salido del valle, y trepando el monte, llegó a la casa que dominaba el despeñadero y más allá de éste, toda una cordillera. Cerca de la casa había unos pocos pinos y altos bambúes.

Era un hombre joven, lleno de esperanzas, a quien la brutalidad de la civilización no había tocado aún. Lo que deseaba era sentarse en paz, tranquilo, silenciado, no sólo por los montes, sino también por la quietud de su propia urgencia.

«¿Qué papel desempeño yo en este mundo? ¿Qué relación guardo con todo el orden existente? ¿Cuál es el significado de este conflicto interminable? Tengo un amor; dormimos juntos. Y, sin embargo, ése no es el final. Todo esto parece como un sueño distante, que se desvanece y vuelve, vibrando por un momento y sin sentido más tarde. He visto a algunos de mis amigos tomando drogas. Se han vuelto estúpidos, lerdos. Quizás a mí también me embote, aun sin drogas, la rutina de la vida y la aflicción de mi propia soledad. Yo no cuento entre tantos millones de personas. Seguiré el camino de los otros, sin jamás encontrar una joya incorruptible, aquella que no puede robarse, que nunca pierde su lustre. De modo que pensé venir aquí y hablar con usted, si es que dispone de tiempo. No pido respuestas a mis preguntas. Estoy perturbado; aunque muy joven, me siento sin ánimos. Veo a mi alrededor la vieja, desesperanzada generación, con su amargura, crueldad, hipocresía, sus compromisos y su prudencia. Nada tienen que dar y, cosa bastante extraña, no quiero nada de ellos. No sé lo que quiero, pero sí sé que debo vivir una vida muy rica, llena de sentido. Ciertamente, no quiero emplearme en alguna oficina para de grado en

grado llegar a ser un personaje dentro de esa existencia deforme e insensata. A veces me grito a mí mismo ante la soledad y la belleza de las estrellas distantes.»

Estuvimos sentados en silencio por algún tiempo. Y el pino y los bambúes eran prisioneros de la brisa.

La alondra y el águila no dejan rastro en su vuelo; el científico deja una señal, al igual que todos los especialistas. Pueden ser seguidos paso a paso y añadirles más pasos a los que ya ellos han encontrado y acumulado, y se sabe más o menos adónde conduce su acumulación. Pero la verdad no es así; es realmente una región sin caminos; puede estar en la próxima curva de la carretera, o a mil millas de distancia. Tiene que seguir adelante y entonces la encontrará cerca de usted. Pero si se detiene y traza un camino para que otros lo sigan, o un plan como su propia norma, nunca se acercará a usted.

«¿Es esto realidad o poesía?»

¿Qué cree usted? Para nosotros todo debe ser convenido de antemano de modo que podamos hacer algo práctico, construir algo con ello, adorarlo. Podemos traer un palo a la casa, colocarlo en un anaquel, ponerle una flor al frente todos los días, y después de algún tiempo el palo adquirirá un gran sentido para alguien. La mente puede darle significado a cualquier cosa, pero este significado es insensato. Preguntar cuál es el propósito de la vida es como adorar ese palo. Lo terrible es que la mente esté siempre inventando nuevos propósitos, nuevos significados, nuevos deleites, para siempre destruirlos. Nunca está tranquila. Una mente rica en su quietud nunca mira más allá de lo que es. Uno ha de ser tanto el águila como el científico, sabiendo muy bien que nunca pueden encontrarse. Esto no significa que ambos son dos cosas separadas. Una y otro son necesa-

rios. Pero cuando el científico quiere llegar a ser águila, y cuando el águila deja sus huellas, hay desdicha en el mundo.

Usted es muy joven. Nunca pierda la inocencia y la vulnerabilidad que ella trae. Ese es el único tesoro que el hombre puede y debe poseer.

«¿Es esta vulnerabilidad todo el ser y todo el fin de la existencia? ¿La única joya inapreciable que puede descubrirse?»

No podemos ser vulnerables si no somos inocentes, y aunque tengamos mil experiencias, mil sonrisas y lágrimas, si no morimos para ellas, ¿cómo puede hallarse la mente en estado de inocencia?

Sólo la mente inocente —a pesar de sus mil experiencias puede ver lo que es la verdad. Y sólo la verdad puede hacer vulnerable la mente —es decir, libre.

«Usted dice que no podemos ver la verdad si no somos inocentes, y que no podemos ser inocente sin ver la verdad. Este es un círculo vicioso, ¿no es así?»

La inocencia sólo puede nacer cuando muere el ayer. Pero nunca morimos para el ayer. Siempre nos queda un residuo, un guiñapo del ayer, y esto mantiene la mente anclada, retenida por el tiempo. Así, pues, el enemigo de la inocencia es el tiempo. Uno tiene que morir cada día para todas las cosas que la mente ha aprisionado y retenido. De otro modo, no hay libertad. En la libertad se halla la vulnerabilidad. No es una cosa tras la otra —todo es un movimiento, tanto el llegar como el partir. El corazón pleno es el realmente inocente.

3

Meditar es vaciar la mente de lo conocido, y lo conocido es el pasado. No es vaciar la mente después de la acumulación, sino más bien no acumular de manera alguna. Lo que ha sido sólo se vacía en el presente, no por medio del pensamiento, sino de la acción, haciendo lo que es. El pasado es el movimiento de conclusión en conclusión y el juicio de «lo que es», hecho por la conclusión. Todo juicio es conclusión, ya sea del pasado o del presente, y es esta conclusión la que evita que la mente se vacíe de lo conocido de manera constante; porque lo conocido es siempre conclusión, determinación.

Lo conocido es la acción de la voluntad, y la operación de la voluntad implica que lo conocido continúa, de modo que la acción de la voluntad no es capaz de vaciar la mente. La mente vacía no puede ser adquirida en el altar de las peticiones; se logra cuando el pensamiento está sencillamente alerta a sus propias actividades —no significa que el pensador esté alerta a su pensamiento.

La meditación es la inocencia del presente y, por lo tanto, está siempre en soledad. La mente que se halla sola en absoluto, sin ser movida por el pensamiento, cesa de acumular. De modo que el acto de vaciar la mente ocurre siempre en el presente. Para la mente que está sola, el futuro —que pertenece al pasado— cesa. La

meditación es un movimiento, no una conclusión, no un fin que ha de realizarse.

El bosque, poblado de altos y gigantescos pinos, robles y arbustos, era muy extenso. Un arroyuelo corría ladera abajo, produciendo un constante murmullo. Había pequeñas mariposas, azules y amarillas, que aparentemente no encontraban flores donde reposar y bajaban sin rumbo hacia el valle.

Este bosque era muy viejo, y los pinos gigantescos, aun más viejos. Eran árboles enormes de gran altura, y había alrededor de ellos esa atmósfera peculiar que nos envuelve cuando el hombre está ausente —con sus armas, su charla y la ostentación de sus conocimientos. Ninguna carretera cruzaba el bosque. Había que dejar el automóvil a alguna distancia y caminar a lo largo de una vereda cubierta de pinochas.

Un grajo prevenía a todo el mundo de la aproximación del hombre. El aviso era efectivo porque todo movimiento de animal parecía detenerse, y había esa sensación de una vigilancia intensa. Era difícil para el sol penetrar aquí, y reinaba un silencio que casi se podía tocar. Dos ardillas rojas bajaban por el pino parloteando, y sus garras producían el sonido de un raspador. Se perseguían una a otra, dando vueltas y vueltas alrededor del tronco, arriba y abajo, con un frenesí de placer y deleite. Había una tensión entre ellas —el acorde del juego, del sexo y de la diversión. Se estaban divirtiendo realmente. La de arriba se detenía de súbito y vigilaba a la de abajo, todavía en movimiento, y se miraban mutuamente con las colas erectas y con las narices contraídas, apuntando cada una hacia la otra. Con sus ojos penetrantes ambas se observaban y también el movimiento alrededor de ellas. Habían reprendido al

observador, sentado bajo el árbol, y ahora lo olvidaban; pero se mantenían alertas, una frente a la otra, y casi se podía sentir el absoluto deleite que cada una disfrutaba en compañía de la otra. Lo más seguro es que el nido estuviera muy alto y ya estaban cansadas; una corrió por el árbol hacia arriba, la otra por el suelo, desapareciendo tras otro árbol.

El grajo azul, perspicaz y curioso, las había estado observando y también al hombre sentado bajo el árbol. Luego levantó el vuelo clamando ruidosamente.

Se aproximaban algunas nubes, y probablemente, dentro de una o dos horas habría una tormenta acompañada de truenos.

Se había graduado de analista y estaba trabajando en una clínica importante. Era muy joven y vestía modernamente: la falda más arriba de la rodilla. Parecía muy activa, y podíamos ver que estaba perturbada. Sentada a la mesa, hablaba innecesariamente, expresando con vehemencia lo que pensaba de las cosas, y al parecer nunca miraba por la ventana, las flores, la brisa entre las hojas, y los altos y gruesos eucaliptos, inclinándose suavemente con el viento. Comía sin concierto, y no estaba particularmente interesada en los alimentos que tomaba.

En el pequeño salón contiguo, dijo ella: «Nosotras las analistas, ayudamos a los enfermos a adaptarse a una sociedad aun más enferma y a veces, quizás muy raramente, lo logramos. Pero en realidad cualquier éxito es el logro de la propia naturaleza. He tratado a muchas personas. No me gusta lo que estoy haciendo, pero tengo que ganarme el sustento, y hay demasiada gente enferma. No creo que una pueda ayudarlas mucho aunque, por supuesto, siempre estamos experimentando con nuevas drogas, substancias químicas y teorías. Pero, de-

jando a un lado a los enfermos, yo misma estoy luchando por ser diferente —diferente de la persona promedio.»

En su lucha por ser diferente, ¿no es usted igual a los otros? ¿Y por qué toda esta lucha?

«Pero si no me esfuerzo ni lucho, seré justamente como la esposa burguesa corriente. Yo quiero ser distinta y por eso no quiero casarme. Pero estoy en realidad muy sola, y mi soledad me ha empujado a este trabajo.»

De modo que esta soledad la está llevando gradualmente al suicidio, ¿no es así?

Ella asintió con la cabeza; estaba casi anegada en lágrimas.

¿No está todo el movimiento de la conciencia, conduciendo al aislamiento, al temor, a esta lucha incesante por ser diferente? Ello es parte de esta urgencia por lograr algo, por identificarse uno mismo con alguna cosa, por identificarse uno mismo con lo que uno es. Muchos de los analistas escogen sus maestros en las escuelas establecidas y actúan de acuerdo con sus teorías, limitándose a modificarlas o añadirles un nuevo giro.

«Pertenezco a la nueva escuela; atacamos el problema sin usar el símbolo y nos enfrentamos a la realidad efectivamente. Hemos descartado a los maestros anteriores con sus símbolos y vemos el ser humano como es. Pero todo esto es algo que se está convirtiendo también en otra escuela, y yo no estoy aquí para discutir acerca de varios tipos de escuelas, teorías y maestros, sino más bien para hablar de mí misma. No sé qué hacer.»

¿No está usted tan enferma como las pacientes a quienes trata de curar? ¿No es usted parte de la socie-

dad —que está quizás más confundida y más enferma que usted? De modo que la cuestión es más fundamental, ¿no es así?

Usted es el resultado de ese enorme lastre de la sociedad, con su cultura y sus religiones, y ella la está gobernando, tanto en el nivel económico como en el interno. O usted hace las paces con la sociedad, lo que significa aceptar sus males y vivir con ellos, o la descarta totalmente y busca una nueva forma de vida. Pero no puede encontrar el nuevo camino sin abandonar el viejo.

Lo que usted realmente desea es seguridad, ¿no es cierto? Esa es la búsqueda total del pensamiento —ser diferente, más ingenioso, más sagaz, más hábil. En este proceso usted está tratando de hallar una profunda seguridad, ¿no es así? ¿Pero es que tal cosa existe en alguna forma? La seguridad rechaza el orden. No hay seguridad en la relación, en la creencia, en la acción; y como uno la está buscando, crea el desorden. La seguridad engendra el desorden, y cuando nos enfrentamos al aumento siempre creciente del desorden en uno mismo, queremos terminarlo por completo.

Dentro del área de la conciencia con sus fronteras anchas y estrechas, el pensamiento siempre está tratando de encontrar un sitio seguro. Por lo tanto, está creando el desorden; el orden no es el resultado del pensamiento. Cuando cesa el desorden, hay orden. El amor no está dentro de la región del pensamiento. Como la belleza, no puede ser tocada por el pincel del pintor. Tenemos que abandonar todo el desorden que hay en nosotros mismos.

Ella estaba muy callada, concentrada en sí misma. Se le hacía muy difícil detener las lágrimas que corrían por sus mejillas.

4

El sueño es tan importante como la vigilia; tal vez mucho más. Si durante el día la mente se mantiene vigilante, sosegada, observando el movimiento interno y externo de la vida, entonces en la noche la meditación llega como una bendición. Entonces la mente despierta, y de la profundidad del silencio, surge ese encantamiento de la meditación que ni la imaginación ni el vuelo de la fantasía pueden jamás traer. Viene sin ser invitada por la mente: emana de la tranquilidad de la conciencia —no dentro, sino fuera de ella, no en la periferia del pensamiento, sino más allá de los alcances de éste. Por lo tanto, no hay memoria de ella, pues el recuerdo es siempre del pasado, y la meditación no es la resurrección del pasado. Emana de la plenitud del corazón, y no de la brillantez o capacidad del intelecto. Puede ocurrir noche tras noche, pero, si es usted muy afortunado, cada momento es nuevo —no nuevo por ser diferente de lo viejo, sino nuevo sin el trasfondo de lo viejo, nuevo en su diversidad y nuevo en su cambio inmutable. De modo que el sueño llega a ser una cosa de extraordinaria importancia; no el sueño del agotamiento, no el sueño producido por drogas o por la satisfacción física, sino el sueño que es tan liviano y ligero como es sensitivo el cuerpo. Y el cuerpo se vuelve sensitivo mediante la sensibilidad alerta. A veces la meditación es tan ligera como una brisa que pasa;

otras, su profundidad está más allá de toda medida. Pero si la mente se agarra a una u otra como un recuerdo para regodearse en él, entonces el éxtasis de la meditación cesa. Es importante que nunca se posea o que se desee su posesión. Lo característico de la «posesividad» nunca debe entrar en la meditación, pues ésta no tiene raíces ni substancia alguna que la mente pueda conservar.

El otro día, mientras subíamos por el profundo cañón —que permanecía en sombras, con las áridas montañas a ambos lados— estaba éste lleno de pájaros e insectos y de la callada actividad de pequeños animales. Ascendíamos más y más por el suave declive hasta llegar a una gran altura, y desde allí observábamos las colinas y montañas alrededor, con la luz del sol poniente sobre ellas. Parecía como si fueran encendidas desde adentro para nunca ser apagadas. Pero según íbamos observándolas, la luz se desvaneció, y en el oeste, la estrella vespertina se puso más y más brillante. Era una tarde encantadora, y de algún modo sentíamos que todo el universo estaba a nuestro lado, y una extraña quietud nos envolvió.

No tenemos luz interior. Tenemos las luces artificiales de otros; la luz que el conocimiento y el talento nos dan. Estas clases de luces se apagan y se convierten en aflicción. La luz del pensamiento llega a ser su propia sombra. Pero la luz que nunca se apaga, la profunda brillantez interna que no es cosa del mercado, no puede mostrarse a otro. Usted no puede buscarla, no puede cultivarla, no es capaz de fingirla o especular sobre ella porque no está al alcance de la mente.

Era un monje de alguna reputación, pues había vivi-

do en un monasterio y también fuera de él, investigando. Además, era profundamente sincero.

«Las cosas que usted dice acerca de la meditación parecen ciertas; ella se encuentra fuera de nuestro alcance. Esto significa, ¿no es así?, que no debe buscarse ni desearse, ni acercarse a ella con gesto alguno, sea el deliberado gesto de sentarse en una postura especial, o el de determinada actitud hacia la vida o hacia uno mismo. Por lo tanto, ¿qué debe uno hacer? ¿Cuál es el objeto de usar palabras en absoluto?»

Uno investiga llevado por la vacuidad, y se esfuerza, ya por llenar esta vacuidad, ya por escapar de ella. Éste movimiento exterior, que parte de la pobreza interna, es conceptual, especulativo, dualista. Esto es el conflicto, y no tiene fin. Así, pues, no busque hacia afuera. Aún más, la energía que se encauza hacia fuera se desvía desde afuera hacia dentro, buscando y esforzándose por encontrar algo que ahora llama «lo interno». Los dos movimientos son esencialmente el mismo. Ambos tienen que cesar.

«¿Nos está pidiendo usted que simplemente nos contentemos con esta vacuidad?»

Ciertamente que no.

«De modo que la vacuidad persiste, y en cierto modo, una desesperación arraigada. La desesperación es aún mayor si ni siquiera puede uno investigar.»

¿Es desesperación si usted ve la verdad de que el movimiento exterior y el interior no tienen sentido? ¿Implica contentamiento con lo que es? ¿Aceptación de esta vacuidad? No es ninguna de las dos cosas. Por lo tanto: hemos desechado el ir hacia fuera, el ir hacia dentro, el aceptar. Hemos rechazado todo movimiento de la mente que se encara con esta vacuidad. Entonces la mente en sí está vacía, pues el movimiento es ella

misma. La mente está vacía de todo movimiento; por lo tanto, no hay entidad que inicie ningún movimiento. Deje que permanezca vacía. Déjela *estar* vacía. La mente se ha depurado a sí misma del pasado, del futuro y del presente; se ha depurado del devenir, y el devenir es el tiempo. Así, pues no hay tiempo; no hay dimensión. *Entonces,* ¿hay vacuidad?

«Este estado va y viene a menudo. Aun cuando no sea vacuidad, ciertamente no es el éxtasis de que usted habla».

Olvide lo que se ha dicho. Olvide también el hecho de que viene y va. Si va y viene, pertenece al tiempo; entonces surge el observador que dice: «Está aquí; se ha ido». Este observador es el que mide, compara, evalúa, de modo que no es la vacuidad de la cual estamos hablando.

«¿Me está usted anestesiando?» Y rió.

Cuando no hay dimensión ni tiempo, ¿existe una frontera o un contorno de la vacuidad? Entonces, ¿puede usted alguna vez llamarla vacuidad o la nada? Luego todo está en ella, y nada está en ella.

5

Había llovido bastante durante la noche, y ahora, temprano en la mañana, mientras nos levantábamos, se sentía un fuerte olor a zumaque, a salvia, a tierra mojada. Era tierra roja, y la tierra roja parece producir un olor más fuerte que la parda. Ahora el sol se extendía sobre los montes, con ese matiz extraordinario de la sienita quemada, y todos los árboles y arbustos, lavados por la lluvia de la noche anterior, estaban resplandecientes; todas las cosas reventaban de gozo. No había llovido por seis u ocho meses, y era posible imaginarse cómo se regocijaba la tierra, y no solamente la tierra, sino todas las cosas en ella —los árboles enormes, los altos eucaliptos, el pimentero y las encinas. Los pájaros parecían poseer esa mañana una canción diferente, y según observábamos las colinas y las distantes montañas azules, por alguna razón nos sentíamos perdidos en ellas. Ni existíamos nosotros ni tampoco los que estaban a nuestro alrededor. Sólo existía esta belleza, esta inmensidad, sólo la tierra, que se esparce, se ensancha. De las montañas, que se extendían por millas y millas, llegaba esa mañana una tranquilidad que respondía a nuestra propia quietud. Era como si se reunieran el cielo y la tierra, y del éxtasis fluía una bendición.

Esa misma tarde, mientras ascendíamos por el ca-

ñón hasta los montes, bajo nuestros pies la roja tierra estaba húmeda, suave, dócil y llena de promesas. Subíamos la empinada pendiente por muchas millas y entonces descendía súbitamente. Mientras daba vuelta a la esquina, se topaba con ese silencio total que ya iba descendiendo sobre usted, y al entrar en el profundo valle, se volvía más penetrante, más urgente, más insistente. No existía el pensamiento. Sólo ese silencio. Mientras bajábamos, parecía cubrir toda la tierra, y era sorprendente ver cuán silenciosos se habían tornado todos los pájaros y los árboles. No pasaba brisa alguna entre los árboles, y con la oscuridad éstos se retiraban a su vida solitaria. Es extraño que durante el día nos saludaran y ahora, con sus formas fantásticas, se mantenían distantes, cautelosos, apartados. Cerca del lugar pasaron tres cazadores con sus poderosos arcos y flechas, las antorchas eléctricas atadas a la frente. Habían salido a matar los pájaros nocturnos y se mostraban totalmente insensibles a la belleza y al silencio que los rodeaban. Sólo estaban atentos a matar, y parecía como si todo estuviese vigilante, horrorizado, y lleno de piedad.

Esa mañana un grupo de jóvenes había venido a la casa. Más o menos treinta de ellos eran estudiantes de varias universidades. Habían crecido en este clima, y estaban bien alimentados, fuertes, altos y entusiastas. Casi todos nos sentamos en el suelo, sólo uno o dos ocupaban sillas, y las niñas con sus minifaldas estaban incómodas. Uno de los muchachos habló con labios temblorosos y la cabeza baja.

«Quiero vivir una vida diferente. No quiero estar preso en el sexo, las drogas y la carrera de ratas. Quiero vivir fuera de este mundo y, sin embargo, estoy preso

en él. Disfruto del sexo y al día siguiente me siento completamente deprimido. Sé que deseo vivir pacíficamente, con amor en mi corazón, pero estoy atormentado por mis urgencias y por el influjo de la sociedad en que vivo. Deseo obedecer estas urgencias, pero me rebelo en contra de ellas. Quiero vivir en la cima de la montaña, pero siempre estoy descendiendo al valle porque ahí está mi vida. No sé qué hacer. Mis padres no pueden ayudarme; tampoco los profesores con quienes a veces trato de discutir estos asuntos. Ellos se hallan tan confundidos e infelices como yo, y de hecho, tanto más que yo, porque son mayores.»

Lo que importa es no llegar a conclusión o decisión alguna a favor o en contra del sexo, no estar presos en ideologías conceptuales. Miremos el cuadro total de nuestra existencia. El monje ha tomado el voto del celibato porque cree que para ganar el cielo debe evitar el contacto con una mujer, pero el resto de su vida está luchando contra sus propias exigencias físicas; está en conflicto con el cielo y con la tierra, y pasa el resto de sus días en la oscuridad, buscando la luz. Cada uno de nosotros estamos presos en esta batalla ideológica, igual que el monje, consumiéndonos en deseos y tratando de suprimirlos a cambio de la promesa del cielo. Nosotros tenemos un cuerpo físico con exigencias propias. Éstas son estimuladas e influidas por la sociedad en que vivimos, por la propaganda, por las niñas medio desnudas, por la insistencia en el entretenimiento, en la diversión, y por la moralidad establecida, la moralidad del orden social, que es desorden e inmoralidad. Se nos estimula físicamente —más alimentos y más sabrosos, bebidas, televisión. Toda la existencia moderna concentra su atención en el sexo. En todas las formas recibimos el estímulo de libros, de charlas y de

una sociedad totalmente licenciosa. Estamos rodeados de todo esto; no es bueno simplemente cerrar los ojos a ello. Tenemos que ver toda esta manera de vivir con sus creencias y divisiones y la total insensatez de una vida malgastada en una oficina o en una fábrica. Al final de todo ello está la muerte. Tenemos que ver toda esta confusión con mucha claridad.

Ahora mire por la ventana y vea esas maravillosas montañas recientemente lavadas por la lluvia de la noche anterior y esa luz extraordinaria de California que no existe en ningún otro lugar. Vea la belleza de la luz en esas colinas. Usted puede aspirar el aire puro y la renovación de la tierra. Mientras más despierto esté, más sensible será a toda esta inmensa e increíble luz y belleza, más cerca estará —mientras más se active su percepción. Esto es también de los sentidos, exactamente como ver a una joven. Usted no puede reaccionar con los sentidos frente a esta montaña, y luego prescindir de ellos cuando ve a una mujer; en esta forma fragmentaría la vida, y en la división hay conflicto y dolor. Cuando separa del valle la cima de la montaña, usted se halla en conflicto. Esto no quiere decir que usted evite el conflicto y escape de él o se entregue de tal manera al sexo o a otro apetito, que puede desprenderse del conflicto. Comprender el conflicto no significa que usted vegeta o llega a ser como una vaca.

La comprensión de todo esto implica no estar preso en ello o no depender de ello. Significa que nunca se debe negar nada, que nunca se debe llegar a conclusión alguna, o alcanzar ningún estado ideológico, verbal o principio de acuerdo con el cual trate uno de vivir. La misma percepción de todo este mapa que hemos venido desplegando, es ya una muestra de inteligencia. Esta

inteligencia es la que debe actuar, no una conclusión, una decisión o un principio ideológico.

Nuestros cuerpos se han insensibilizado así como nuestras mentes y corazones se han embotado a causa de nuestra educación, de nuestra conformidad al patrón que la sociedad ha establecido, patrón que desconoce la sensibilidad del corazón. Se nos envía a la guerra, destruyendo toda nuestra belleza, ternura y alegría. La observación de todo esto, no de manera verbal o intelectual, sino en realidad, hace altamente sensible nuestro cuerpo y nuestra mente. Entonces el cuerpo exigirá el alimento adecuado; entonces la mente no será prisionera de las palabras, de los símbolos y de las trivialidades del pensamiento. Entonces sabremos vivir tanto en el valle como en la cima de la montaña; entonces no habrá división ni contradicción entre los dos.

EUROPA

1

La meditación es un movimiento en estado de atención. La atención no es un logro porque no es personal. El elemento personal surge sólo cuando está el observador como centro desde el cual se concentra o domina; de ese modo todo logro es fragmentario y limitado. La atención no tiene linderos ni frontera que cruzar; la atención es claridad, depurada de todo pensamiento. Como tiene sus raíces en el pasado muerto, el pensamiento no puede contribuir a la claridad; por lo tanto, el pensar es una acción en la oscuridad. Ser sensible a esto implica estar atento. La sensibilidad alerta no es un método que conduce a la atención; tal atención estaría dentro del campo del pensamiento y así, puede controlarse o modificarse; estar sensiblemente alerta a esta desatención es en sí, atención. La meditación no es un proceso intelectual —que se halla aún en el área del pensamiento. La meditación implica estar libre del pensamiento, y es un movimiento en el éxtasis de la verdad.

Estaba nevando esa mañana. Soplaba un viento inclemente; y el movimiento de los árboles era un grito clamando por la primavera. En esa perspectiva, los troncos de la gran haya y del olmo tenían esa característica peculiar del gris-verde que uno encuentra en los viejos bosques donde la tierra es blanda y está cu-

bierta con las hojas del otoño. Caminando entre ellas, nos parecía sentir el contacto del bosque —no de los árboles individuales separadamente, con sus propias formas y tamaños, sino más bien de la calidad total de todos los árboles.

De pronto salió el sol, y hacia el este se extendía un vasto firmamento azul, y frente al oeste, un cielo oscuro, pesadamente abrumado. En ese momento de resplandeciente luz solar, llegó la primavera. En la serena quietud del día primaveral, se palpaba la belleza de la tierra, y su sentido de unidad, y todas las cosas sobre ella. No había separación entre uno y el árbol y los variables y prodigiosos matices de la luz centelleante en el acebo. Usted, el observador, había cesado, y así terminó la división como espacio y tiempo.

Dijo que era un hombre religioso; sin ser adepto de ninguna organización o creencia particular, tenía religión. Por supuesto, había estado sujeto a la disciplina de hablar con todos los líderes religiosos y se había alejado de ellos, más bien desesperadamente, pero sin llegar a ser un cínico. Sin embargo, no había encontrado la felicidad que buscó. Ocupaba el cargo de profesor en una universidad, pero renunció para seguir una vida de meditación e investigación.

«Usted sabe...» dijo, «estoy siempre alerta a la fragmentación de la vida. Yo mismo soy un fragmento de esa vida —rota, distinta, luchando incesantemente por llegar a ser el todo, una parte integral de este universo. He tratado de encontrar mi propia identidad, pues la sociedad moderna está destruyendo toda identidad. Me pregunto, si hay un camino que nos saque de esta división y nos conduzca hacia algo que no pueda ser dividido, separado».

Hemos fragmentado la vida en la familia y la comunidad, la familia y la nación, la familia y la oficina, la política y la vida religiosa, paz y guerra, orden y desorden —una interminable división de los opuestos. Caminamos a lo largo de esta vía, tratando de armonizar la mente y el corazón, tratando de mantener el balance entre el amor y la envidia. Conocemos muy bien todo esto, y con ello tratamos de lograr alguna especie de armonía.

¿Qué causa esta división? Obviamente *hay* división, contraste —negro y blanco, hombre y mujer, y así sucesivamente— ¿pero cuál es la fuente, la esencia de esta fragmentación? A menos que lo descubramos, la fragmentación es inevitable. ¿Cuál cree usted es la raíz de esta dualidad?

«Puedo exponer muchas causas de esta división aparentemente interminable y de muchas formas en que uno ha tratado de construir un puente entre los opuestos. Intelectualmente puedo exponer las razones de esta división, pero no conduciría a nada. A menudo he tomado parte en este juego conmigo mismo y con otros. Por medio de la meditación, del ejercicio de la voluntad, he tratado de sentir la unidad de las cosas, de ser uno con todo —pero es un intento estéril.»

Por supuesto, el mero descubrimiento de la causa de la separación no la disuelve necesariamente. Uno conoce la causa del miedo, pero está temeroso aún. La exploración intelectual pierde su inmediatez de acción, cuando la agudeza del pensamiento es todo lo que cuenta. Seguramente la fragmentación del yo y del no-yo es la causa fundamental de esta división, aunque el yo trata de identificarse a sí mismo como el no-yo, que puede ser la esposa, la familia, la comunidad o la fórmula de Dios que ha creado el pensamiento. El yo está siempre es-

forzándose por encontrar una identidad, pero aquello con que se identifica a sí mismo es todavía un concepto, una memoria, una estructura de pensamiento.

¿Es que existe una dualidad del todo? Objetivamente existe, como la luz y la sombra, pero en el nivel psicológico, ¿existe? Aceptamos la dualidad psicológica como aceptamos la objetiva; es parte de nuestro condicionamiento. Nunca cuestionamos este condicionamiento. ¿Pero hay división en el aspecto psicológico? Sólo hay lo que es, no lo que debiera ser. Lo que debiera ser es una división que el pensamiento ha establecido para evitar o vencer la realidad de lo que es. De ahí la lucha entre lo verdadero y la abstracción. La abstracción es lo imaginativo, lo romántico, lo ideal. Lo verdadero es lo que es, y todo lo demás es lo irreal. Lo que da lugar a la fragmentación es lo irreal, no lo verdadero. El dolor es verdadero; la ausencia de dolor es el placer del pensamiento, que crea la división entre el dolor y un estado en el cual éste no existe. El pensamiento siempre separa; es la división del tiempo, el espacio entre el observador y lo observado. Sólo existe lo que es, y al ver lo que es, sin que el pensamiento intervenga como observador, cesa la fragmentación.

El pensamiento no es amor; pero, como placer, el pensamiento encierra el amor y trae el dolor a ese recinto cerrado. Al negar lo que no es, queda lo que es. Al negar lo que no es amor, surge el amor en el cual cesan el yo y el no-yo.

2

La inocencia y la espaciosidad son el florecimiento de la meditación. No hay inocencia sin espacio. La inocencia no es inmadurez. Puede que usted esté físicamente maduro, pero el vasto espacio que llega con el amor no es posible si la mente no está libre de las muchas huellas de la experiencia. Las cicatrices de ésta impiden la inocencia. El librar la mente de la presión constante de la experiencia es meditación.

Justamente en el instante de ponerse el sol, nos envuelve una extraña quietud y la sensación de que todo cesa alrededor nuestro, aunque sigan corriendo los autobuses y los taxis. Este sentido de alejamiento parece penetrar todo el universo. Usted tiene que haberlo experimentado también. A menudo llega inesperadamente; un extraño silencio y paz parecen derramarse desde los cielos y cubrir la tierra. Es una bendición, y por ella se torna infinita la belleza del atardecer. Dan la impresión de ser parte de ésta, la carretera reluciente después de la lluvia, los carros de servicio, el parque vacío; y la risa de la pareja que pasa, en ninguna forma turba la paz del atardecer.

Los árboles desnudos, negros frente al cielo, con sus ramas delicadas, estaban esperando la primavera, y ésta se hallaba a la vuelta de la esquina, apresurándose por encontrarse con ellos. Ya aparecía la yerba fresca, y los árboles frutales estaban florecidos. El campo iba

lentamente animándose de nuevo, y desde la cima del monte podíamos ver la ciudad con muchas, muchas cúpulas, una más alta y más arrogante que las otras. Podíamos ver las copas chatas de los pinos, y la luz crepuscular caía sobre las nubes. Todo el horizonte parecía estar lleno de esas nubes, hilera tras hilera, amontonándose frente a las colinas las más fantásticas figuras, castillos que el hombre jamás hubiera construido. Había profundos abismos y picos elevados. Todas esas nubes eran semejantes, con un resplandor rojo oscuro, y unas pocas parecían estar encendidas, no por el sol, sino dentro de sí mismas.

Estas nubes no formaban el espacio; estaban en el espacio, que parecía extenderse hasta el infinito, de eternidad en eternidad.

Un mirlo cantaba en un arbusto vecino, y esa fue la bendición eterna.

Tres o cuatro de ellos habían traído a sus esposas, y todos estábamos sentados en el suelo. Desde esta posición las ventanas eran demasiado altas para poder ver el jardín o la pared opuesta. Todos eran profesionales. Uno dijo que era científico, otro, matemático, y otro, ingeniero; eran especialistas que no habían pasado mucho más allá de sus linderos —contrario a como hace el río después de una fuerte lluvia—. El desbordamiento es lo que enriquece el suelo.

El ingeniero preguntó: «Usted ha hablado siempre acerca del espacio, y todos estamos interesados en saber lo que quiere decir. El puente cubre el espacio entre dos riberas o entre dos colinas. Una represa llena de agua forma espacio. Hay espacio entre nosotros y el universo en expansión. Hay espacio entre usted y yo. ¿Es esto lo que usted quiere decir?»

Los otros apoyaron lo expresado; tienen que haber estado hablando antes de llegar aquí. Uno dijo: «Yo lo explicaría de manera distinta, en términos más científicos, pero es poco más o menos lo mismo».

Hay espacio que divide y encierra, y espacio sin límites. El espacio entre hombre y hombre, donde crece el mal, es el espacio limitado de la división; hay división entre lo que es usted y la imagen que tiene de sí mismo; hay división entre usted y su esposa; hay división entre lo que usted es y el ideal de lo que le gustaría ser; hay división entre colina y colina. Y hay la belleza del espacio que no tiene límites de tiempo y extensión.

¿Hay espacio entre pensamiento y pensamiento? ¿Entre recuerdos? ¿O no hay espacio alguno entre pensamiento y pensamiento? ¿Entre razón y razón? ¿Entre salud y enfermedad —la causa que se convierte en el efecto y el efecto que llega a ser la causa?

Si hubiera una separación entre pensamiento y pensamiento, entonces el pensamiento sería siempre nuevo, pero como no hay separación, espacio, todo pensamiento es viejo. Puede no estar usted consciente de la continuidad de un pensamiento; puede recuperarlo una semana después de haberlo dejado atrás, pero ha estado actuando dentro de los viejos límites.

Así, pues, la totalidad de la conciencia, el consciente y el inconsciente —palabras que tenemos que usar infortunadamente— está dentro del espacio estrecho y limitado de la tradición, la cultura, la costumbre y los recuerdos. La tecnología puede llevarlo a la luna, usted puede construir un arco de puente sobre un abismo o traer el orden dentro del espacio limitado de la sociedad, pero esto también engendrará desorden.

El espacio existe, no sólo más allá de las cuatro paredes de esta habitación; también existe el espacio

que toma la habitación. Hay en el espacio circundante, la esfera, que el observador crea alrededor de sí mismo y a través del cual ve lo observado —lo cual también crea otra esfera en torno de sí mismo.

Cuando el observador mira las estrellas de un atardecer, su espacio es limitado. Puede ser capaz de ver, por medio de un telescopio, muchos miles de años luz, pero él es creador de espacio y, por lo tanto, es finito. La medida entre el observador y lo observado es espacio, y también el tiempo que cubre ese espacio.

No solamente hay espacio físico sino también la dimensión psicológica donde el pensamiento se cubre a sí mismo —como ayer, hoy y mañana. Mientras haya un observador, el espacio será el patio estrecho de la prisión donde no hay libertad en absoluto.

«Pero nos gustaría preguntar si está usted tratando de expresar la idea de espacio sin observador. Esto parece totalmente imposible, o podría ser una fantasía suya.»

La libertad, señor, no está dentro de la prisión, por confortable y decorada que ella esté. No puede ser posible sostener un diálogo libre dentro de los límites de la memoria, del conocimiento y la experiencia. La libertad le exige que rompa las paredes de la prisión aunque goce usted del desorden, y de la esclavitud restringida, del trabajo penoso dentro de estos límites.

La libertad no es relativa; o hay libertad o no la hay; si no la hay, entonces tiene uno que aceptar la vida estrecha, limitada con sus conflictos, penas y aflicciones —simplemente con un pequeño cambio aquí y allá.

La libertad es espacio infinito. Cuando falta espacio hay violencia —como sucede con el ave de presa y el pájaro que reclama su espacio, su territorio, por el

cual ha de luchar. Esta violencia puede ser relativa bajo la ley y el policía, así como es limitada la violencia en el espacio estrecho por el cual luchan las aves de presa y los otros pájaros. Como es limitado el espacio entre hombre y hombre, la agresión tiene que existir.

«¿Está usted tratando de decir, señor, que el hombre estará siempre en conflicto consigo mismo y con el mundo mientras viva dentro de la esfera de su propia creación?»

Cierto, señor. Así llegamos al punto central de la libertad. Dentro de la estrecha cultura de la sociedad, no hay libertad, y por ese motivo hay desorden. Como vive en este desorden, el hombre busca la libertad en ideologías, en teorías, en lo que él llama Dios. Este escape no es libertad. Es de nuevo el patio de la prisión que separa a un hombre de otro. Habiendo atraído este condicionamiento sobre sí mismo, ¿puede el pensamiento terminar, romper esta estructura e ir más allá y por encima de ella misma? Es obvio que no puede, y ese es el primer factor que debemos ver. No es posible que el intelecto pueda construir un puente entre sí mismo y la libertad. El pensamiento, que es la respuesta de la memoria, de la experiencia y el conocimiento, es siempre viejo, como lo es el intelecto, y lo viejo no puede construir un puente que conduzca a lo nuevo. El pensamiento es esencialmente el observador con sus prejuicios, temores y ansiedades, y este pensamiento —imagen, con motivo de su aislamiento, obviamente crea una esfera alrededor de sí mismo. Así, hay una distancia entre el observador y lo observado. El observador trata de establecer una relación, preservando esta distancia y, por lo tanto, hay conflicto y violencia.

En todo esto no hay fantasía. La imaginación, cual-

quiera que sea su forma, destruye la libertad. La libertad trasciende el pensamiento; la libertad es el espacio infinito, que el observador no ha creado. El encontrar esta libertad es meditación.

No hay espacio sin silencio, y el silencio no es producto del tiempo manifestado como pensamiento. El tiempo nunca da libertad; el orden es sólo posible cuando el corazón no está cubierto con palabras.

3

Una mente meditativa está en silencio. No es el silencio que el pensamiento concibe; no es el silencio de una tarde callada; es el silencio que viene cuando el pensamiento —con todas sus imágenes, sus palabras y percepciones— ha cesado enteramente. Esta mente meditativa es la mente religiosa —la religión que no es movida por la iglesia, los templos o los salmos.

La mente religiosa es la explosión del amor. Este amor no conoce la separación. Para él, lo lejos está cerca. No es el uno o los muchos, sino más bien ese estado de amor en que cesa toda división. Como la belleza, no se mide con palabras. Desde este silencio es que únicamente actúa la mente meditativa.

Había llovido el día antes, y al atardecer el cielo había estado repleto de nubes. A lo lejos los montes se cubrían de nubes luminosas que producían gran deleite. Y mientras las observábamos, iban adquiriendo formas distintas.

El sol poniente, con su luz de oro, sólo tocaba una o dos montañas de nubes, pero esas nubes parecían tan sólidas como el negro ciprés. A medida que las mirábamos, naturalmente nos íbamos silenciando. El vasto espacio y el árbol solitario en la colina, la cúpula distante y la charla a nuestro alrededor eran parte de este silencio. Sabíamos que la mañana siguiente sería

hermosa porque la puesta de sol era roja. Y era bella; no había una sola nube en el cielo, y estaba muy azul. Las flores amarillas, y la blanca floración del árbol frente al oscuro seto de ciprés, y el olor a primavera llenaban la tierra. El rocío cubría la yerba y lentamente la primavera iba emergiendo de la oscuridad y del frío invierno.

Dijo que acababa de perder a su hijo. Éste había tenido un empleo muy bueno y pronto habría llegado a ser uno de los directores de una importante compañía. Se hallaba aún bajo el efecto de esta pérdida, pero tenía un gran dominio de sí mismo. No era del tipo que llora —no derramaba lágrimas fácilmente. Toda la vida se había entrenado en la escuela del trabajo duro en una tecnología realista. No era un hombre imaginativo, y los problemas complejos, sutiles y psicológicos de la vida, apenas lo habían tocado.

La muerte reciente de su hijo era un golpe que no reconocía. Y dijo: «Es un triste suceso».

Esta tristeza era una cosa terrible para su esposa e hijos. «¿Cómo puedo explicarles la terminación del dolor, de la cual ha hablado usted? Yo mismo lo he estudiado y tal vez lo he comprendido, pero, ¿qué puede esperarse de los otros que están envueltos en el problema?»

El dolor está en todos los hogares, a la vuelta de cada esquina. Todos los seres humanos sufren este pesar abrumador, causado por tantos incidentes y accidentes. El dolor parece una ola interminable que arrasa al hombre, casi ahogándolo; y la lástima que despierta el dolor engendra amargura y cinismo.

¿La pena que usted siente, es por su hijo, por usted mismo, o por haberse roto la continuidad de usted en

su hijo? ¿Hay dolor por lástima propia? ¿O hay dolor porque él prometía tanto en el aspecto mundano?

Si es lástima propia, entonces esta preocupación por uno mismo, este elemento aislador en la vida —aunque tenga la apariencia exterior de relación— tiene que ser causa de aflicción inevitablemente. Este proceso aislador, esta actividad del propio interés en la vida cotidiana, esta ambición, esta búsqueda de la propia importancia, este modo de vivir, que separa, aunque estemos o no alertas a todo ello, ha de traer la soledad, de la cual tratamos de escapar de diferentes maneras. La propia lástima es la pena de la soledad, y a esta pena se le llama dolor.

Luego hay también el dolor de la ignorancia —no la ignorancia por falta de libros o de conocimiento técnico, o por falta de experiencia, sino la ignorancia que hemos aceptado en torno de la idea de tiempo, evolución, la evolución de lo que es a lo que debe ser —la ignorancia que nos obliga a aceptar la autoridad con toda su violencia, la ignorancia del conformismo con sus peligros y aflicciones, la ignorancia de no conocer la completa estructura de uno mismo. Este es el dolor que el hombre ha propagado dondequiera que ha ido.

Por lo tanto, debemos tener claro lo que es eso que llamamos dolor —el dolor, que es aflicción, la pérdida de lo que se suponía bueno, el dolor de la inseguridad y del constante requerimiento de seguridad. ¿En cuál de ellos se halla usted preso? A menos que esto esté claro, no hay finalidad para el dolor.

Esta claridad no es una explicación verbal ni el resultado de un hábil análisis intelectual. Hay que estar alerta al dolor con la misma claridad con que se está alerta cuando tocamos, sensorialmente, esa flor.

Sin comprender la estructura completa del dolor,

¿cómo podemos terminarlo? Podemos huir de él, yendo al templo o a la iglesia o dedicándonos a la bebida —pero todos los escapes, ya sea hacia Dios o hacia el sexo, son iguales porque no disuelven el dolor.

Despliegue, pues, el mapa del dolor y trace todos los senderos y caminos. Si permite que el tiempo cubra este mapa, entonces el tiempo fortalecerá la brutalidad del dolor. Tiene que abarcar el mapa de una sola ojeada —viendo la totalidad y luego los detalles, no los detalles primero y después la totalidad. Para que cese el dolor, tiene que terminar el tiempo.

El pensamiento no puede dar fin al dolor. Cuando el tiempo se detiene, el pensamiento, como línea de conducta del tiempo, cesa. El pensamiento y el tiempo son los que dividen y separan, y el amor no es ni pensamiento ni tiempo.

Vea el mapa del dolor, no con los ojos de la memoria. Escuche todo su murmullo; sea parte de él, pues usted es tanto el observador como lo observado. Sólo entonces cesa el dolor. No hay otro camino.

4

La meditación nunca es rezo. La oración, la súplica, nace de la propia lástima. Usted reza cuando está en dificultad, cuando sufre; pero cuando hay felicidad, alegría, no hay súplica. Esta lástima propia, de la cual está el hombre tan profundamente imbuido, es la raíz de la separación. Aquello que está separado, o se cree a sí mismo separado, buscando siempre identificarse con algo que no está separado, sólo trae más división y dolor. A causa de esta confusión uno clama al cielo, o al esposo, o a alguna deidad de la mente. Este clamor puede traer una respuesta, pero esta respuesta es el eco de la propia lástima, en su separación.

La repetición de palabras, de oraciones es autohipnótico, autoinclusivo y destructivo. El aislamiento del pensamiento está siempre dentro del campo de lo conocido, y la respuesta a la oración es también de lo conocido.

La meditación es muy distinta de esto. El pensamiento no puede penetrar en este campo; aquí no hay separación y, por lo tanto, tampoco hay identidad. La meditación funciona abiertamente; lo secreto no tiene lugar en ella. Todo está claro, se expone al descubierto; entonces surge la belleza del amor.

Era temprano en una mañana de primavera, con

pocas nubes laminadas, moviéndose suavemente desde el oeste a través del cielo azul. Un gallo empezó a cantar, y era extraño oírlo en un pueblo apiñado de gente. Empezó en el alba, y cerca de dos horas se mantuvo anunciando la llegada del día. Los árboles estaban aún desnudos, pero había finas y delicadas hojas frente al cielo de la clara mañana.

Si estaba uno muy tranquilo, sin que un solo pensamiento cruzara la mente, casi podía oír la grave campana de alguna catedral. Esta tiene que haber estado muy lejos, —y entre los cortos intervalos de silencio del canto del gallo, se podían oír las ondas de este sonido acercarse y alejarse —casi podía uno cabalgar sobre ellas, alejándose y desapareciendo en las inmensidades. El canto del gallo y el grave sonido de la campanada distante producían un extraño efecto. Los ruidos del pueblo no habían empezado todavía. Nada interrumpía el claro sonido. Uno lo oía con el corazón, no con los oídos, no con el pensamiento que conoce «la campana» y «el gallo». Y eso era puro sonido. Emanaba del silencio, y eso era puro sonido. Emanaba del silencio, y el corazón lo recogía y seguía con él de eternidad en eternidad. No era un sonido organizado como la música; no era el sonido del silencio entre dos notas; no era el sonido que se percibe cuando se ha cesado de hablar. Todos esos sonidos se perciben por la mente o el oído. Cuando oímos con el corazón, el mundo se llena de ese sonido, y los ojos ven claramente.

Era muy joven, y estaba bien vestida, con el cabello corto; era altamente capaz y eficiente. A juzgar por lo que decía, no abrigaba ilusiones sobre sí misma. Tenía hijos y un cierto grado de seriedad. Quizás era algo romántica y demasiado joven, mas para ella el Oriente

había perdido su aura de misticismo —que casi daba lo mismo. Hablaba sencillamente, sin titubeos.

«Creo que me suicidé hace largo tiempo, cuando ocurrió cierto suceso en mi vida; con ese suceso terminó mi vida. Por supuesto, he continuado mis actividades en lo exterior, con los niños y todo lo demás, pero ya he dejado de vivir.»

¿No cree usted que mucha gente, sabiéndolo o no, están siempre cometiendo suicidio? La forma extrema que toma éste es el salto por la ventana. Pero comienza, probablemente, cuando surge la primera resistencia y frustración. Construimos una pared alrededor de nosotros mismos y detrás de ella encauzamos nuestras vidas separadas —aun cuando tengamos esposos, esposas e hijos. Esta vida separativa es la vida del suicidio, y esa es la moralidad aceptada por la religión y la sociedad. Los actos de separación forman una continua cadena y conducen a la guerra y a la propia destrucción. La separación es suicidio, ya sea del individuo, de la comunidad o de la nación. Cada cual quiere vivir una vida, siendo consciente de su identidad, vida de actividades concentradas en sí mismo, vida del dolor autoinclusivo de la conformidad. Es suicidio cuando la creencia y el dogma le llevan a usted de la mano. Antes del suceso usted dedicó su vida y todo el movimiento de ésta a la pugna del uno contra los muchos, y cuando el uno muere, o el dios es destruido, la vida se va con él, y no tenemos nada por qué vivir. Si somos tremendamente hábiles, le inventamos un significado a la vida —lo que han hecho siempre los expertos— pero habiéndonos comprometido con ese significado, ya estamos cometiendo suicidio. Todo compromiso es autodestrucción, ya sea en nombre de Dios o en nombre del socialismo o de cualquiera otra cosa.

Usted, señora —y no digo esto por crueldad— dejó de existir porque no logró lo que quería; o porque le fue arrebatado; o usted deseaba pasar por una puerta especial, particular, que estaba herméticamente cerrada. Como el dolor y el placer son autoinclusivos, por tanto, la aceptación y la insistencia llevan en sí la oscuridad de la separación. Nosotros no vivimos; siempre estamos cometiendo suicidio. El vivir comienza cuando cesa el acto de suicidio.

«Comprendo lo que usted dice. Veo lo que he hecho. Pero ahora, ¿qué he de hacer? ¿Cómo he de regresar de los largos años de haber estado muerta?»

Usted no puede regresar; si regresara, seguiría el viejo patrón, y tal como la nube es arrastrada por el viento, así sería usted perseguida por el dolor. La única cosa que puede hacer, es darse cuenta de que vivir la propia vida, en forma separada, en secreto, y exigiendo la continuidad del placer, es invitar la separación de la muerte. En la separación no hay amor. El amor no tiene identidad. El placer y su búsqueda construye el muro aislante de separación. No existe la muerte cuando cesa toda limitación. El propio conocimiento es la puerta abierta.

5

La meditación es el cese de la palabra. Como la palabra es pensamiento, no produce el silencio. La acción que surge del silencio es enteramente distinta a la acción nacida de la palabra; la meditación es la liberación de la mente de todos los símbolos, imágenes y recuerdos.

Esa mañana los altos álamos, con sus lozanos renuevos, estaban jugando en la brisa. Era una mañana de primavera, y los montes se cubrían con la floración de almendros, cerezos y manzanos. Toda la tierra estaba tremendamente activa. Los cipreses se destacaban majestuosos y alejados, pero los árboles florecientes se tocaban de rama a rama, y la hilera de álamos proyectaban sombras oscilantes. Al lado de la carretera corría el agua que eventualmente llegaría a unirse al viejo río.

Se impregnaba de perfume el aire, y cada colina era distinta a las otras. En algunas de ellas se hallaban residencias rodeadas de olivos e hileras de cipreses que conducían a la casa. La carretera serpenteaba a través de estas suaves colinas.

Era una mañana luminosa, llena de intensa belleza, y el poderoso cerro en cierto modo no se hallaba fuera de sitio. Había la apariencia de un orden extraordinario, pero, por supuesto, dentro de la casa imperaba el desorden —el hombre conspirando contra el hombre, niños

riendo o llorando; toda la cadena de la desdicha se extendía invisible de casa en casa. La primavera, el otoño y el invierno jamás rompían esta cadena.

Pero esa mañana había un renacimiento. Aquellas tiernas hojas nunca conocieron el invierno ni el otoño que llegaba; eran vulnerables y, por lo tanto, inocentes.

Desde la ventana se podía ver la vieja cúpula de la catedral en el mármol listado y el campanario de variados colores; y dentro se hallaban los oscuros símbolos del dolor y la esperanza. Era en realidad una mañana hermosa, pero, cosa rara, había pocos pájaros —pues aquí la gente los mata por deporte— y su canción era muy queda.

Era un artista, un pintor. Dijo que poseía el talento natural para la pintura, como otro podría tenerlo para construir puentes. Tenía el pelo largo, manos delicadas y estaba imbuido en el sueño de sus propias dotes. Salía de su rincón interior —para hablar, explicar— y luego regresaba a su propio refugio. Dijo que sus cuadros se vendían y que habían sido presentados en exhibiciones de un solo artista. Estaba más bien orgulloso de esto, y lo demostraba en el tono de su voz.

Ahí está el ejército, encerrado dentro de los muros de su propio interés; y el hombre de negocios, en jaula de acero y vidrio; y el ama de casa, preocupada con las menudencias de la casa y esperando por su marido y sus hijos. Ahí está el guarda del museo, y el director de orquesta, cada uno activo dentro de un fragmento de la vida, mientras cada fragmento se vuelve extraordinariamente importante, sin relación y en contradicción con otros fragmentos; cada cual con sus propios honores, su propia dignidad social, sus propios profetas. El fragmento religioso está desvinculado de la fábrica,

y la fábrica, del artista; el general no mantiene relación con sus soldados, como ocurre entre el sacerdote y el lego. La sociedad está hecha de estos fragmentos, y el iluso humanista y el reformador están tratando de componer los pedazos rotos. Pero, a causa de estas partes separativas, rotas, especializadas, el ser humano continúa con sus ansiedades, culpas y aprensiones. En eso todos estamos relacionados, no así en nuestros campos especializados.

En el odio, el egoísmo y la agresión, comunes a todos los seres humanos, éstos se relacionan, y la violencia construye la cultura, la sociedad en que vivimos. Son la mente y el corazón los que dividen —Dios y odio, amor y violencia— y en esta dualidad toda la cultura del hombre se expande y contrae.

La unidad del hombre no se apoya en ninguna de las estructuras que ha inventado la mente humana. La cooperación no está en la naturaleza del intelecto. Entre el amor y el odio no puede haber unidad, sin embargo, eso es lo que la mente está tratando de encontrar y establecer. La unidad se halla totalmente fuera de este campo, y el pensamiento no puede alcanzarla.

El pensamiento ha construido esta cultura de agresión, competencia y guerra y, sin embargo, este mismo pensamiento está buscando a tientas el orden y la paz. Pero haga lo que haga, el pensamiento no puede hallar el orden y la paz. Para que haya amor, el pensamiento debe estar silencioso.

6

El acto en que la mente va liberándose de lo conocido es la meditación. La plegaria va de lo conocido a lo conocido; puede que produzca resultados, pero aún dentro del campo de lo conocido —y lo conocido es el conflicto, la miseria y la confusión. La meditación es la renuncia total a todo lo que la mente ha acumulado. Lo conocido es el observador, y el observador sólo ve a través de lo conocido. La imagen pertenece al pasado, y la meditación es el cese del pasado.

Era una habitación bastante grande, con vista a un jardín que tenía un seto de cipreses, y más allá se destacaba un monasterio de techo rojo. En el alba, antes de salir el sol, se veía allí una luz y podían distinguirse los monjes, moviéndose de un lado a otro. Era una mañana muy fría. El viento soplaba del norte, y el alto eucalipto —destacándose sobre todos los demás árboles y las casas— se inclinaba renuente con la ráfaga de aire. Él amaba las brisas que venían del mar porque no eran demasiado violentas; y se deleitaba en el suave movimiento de su propia belleza. Estaba allí al amanecer y estaba allí, a la puesta del sol, encendiéndose en la luz crepuscular, y de algún modo comunicaba la certidumbre de la naturaleza. Les daba seguridad a todos los árboles y arbustos y a las pequeñas plantas. Tenía que ser un árbol muy viejo. Pero el hombre nunca

lo miraba. Lo cortaría, si era necesario, para construir una casa y nunca sentiría su pérdida porque en este país los árboles no son respetados, y la naturaleza tiene poca importancia, salvo, quizás, como decoración. Las espléndidas quintas tenían en sus jardines, árboles que destacaban las curvas elegantes de las casas. Pero este eucalipto no era decorativo para ninguna de ellas. Estaba de pie, solo, espléndidamente tranquilo y lleno de movimiento silencioso; y el monasterio con su jardín y la habitación con su verde espacio cerrado, se hallaban bajo su sombra. Se mantenía allí, año tras año, subsistiendo en su propia dignidad.

Había varias personas en la habitación, venían a continuar la conversación que habían comenzado pocos días antes. La mayor parte eran jóvenes, algunos con el pelo largo, otros con barba, todos con pantalones muy ceñidos, las muchachas con faldas muy cortas, los labios pintados y el cabello recogido en la coronilla.

La conversación empezó muy superficialmente; ellos no estaban muy seguros de sí mismos o a donde la conversación conduciría. «Por supuesto, no podemos seguir el orden establecido, pero nos hallamos atrapados en él. ¿Cómo estamos relacionados con la vieja generación y sus actividades?»

La mera rebelión no es la respuesta, ¿verdad? La rebelión es una reacción, una respuesta que traerá consigo su propio condicionamiento. Cada generación es condicionada por la anterior, y el rebelarse simplemente contra ello no libera la mente de su condicionamiento. El obedecer en cualquier forma es un medio de resistir, lo que causa violencia. La violencia entre los estudiantes, o los motines en las ciudades, o la guerra que se libra en lugar lejano o dentro de ustedes mismos, no traerá la claridad en forma alguna .

«Pero, ¿cómo hemos de actuar dentro de la sociedad a que pertenecemos?»

Si usted actúa como reformador, entonces está remendando la sociedad que va siempre degenerando, y sosteniendo así un sistema que ha producido guerras, divisiones y separatividad. El reformador realmente pone en peligro el cambio fundamental del hombre. Usted tiene que ser un extraño a todas las comunidades, a todas las religiones y a la moral de la sociedad; de otro modo estará cogido en el mismo viejo patrón, quizás un poco modificado.

Usted es un extraño solamente cuando cesa de ser envidioso e inicuo, cuando cesa de rendir culto al éxito y a la motivación de poder. El ser psicológicamente un extraño es sólo posible cuando usted se conoce a sí mismo como parte del ambiente, parte de la estructura social que usted mismo ha construído —siendo usted los muchos ustedes de muchos miles de años, las muchas y muchas generaciones que han producido el presente. Al comprenderse usted como ser humano, sabrá cuál es su relación con las viejas generaciones pasadas.

«¿Pero cómo puede uno librarse del pesado condicionamiento como católico? ¡Se ha inculcado tan profundamente en nosotros, se ha sepultado tan profundamente en el inconsciente!»

Ya sea uno católico, musulmán, hindú o comunista, la propaganda de cien, doscientos o mil años es parte de la estructura verbal de imágenes que forman nuestra conciencia. Estamos condicionados por lo que comemos, por las presiones económicas, por la cultura y la sociedad en que vivimos.. Nosotros *somos* esa cultura; nosotros *somos* esa sociedad. Simplemente rebelarnos contra ello es rebelarnos contra nosotros mismos.

Si usted se rebela contra usted mismo, sin conocerse, su rebelión es totalmente inútil. Pero al darse cuenta sensiblemente de lo que es sin condenarse a sí mismo, tal sensibilidad alerta produce la acción que es enteramente distinta a la acción de un reformador o un revolucionario.

«Pero, señor, nuestro inconsciente es la herencia colectiva de la raza, y de acuerdo con los analistas, éste tiene que comprenderse.»

No sé por qué le da usted tal importancia al inconsciente. Es tan trivial y falso como el consciente, y el darle importancia solamente lo fortalece. Si usted ve su verdadero valor, se desprende y cae como una hoja en el otoño. Pensamos que es importante mantener ciertas cosas, y que otras pueden arrojarse a un lado. La guerra de hecho produce mejoras superficiales, pero es al mismo tiempo el mayor desastre para el hombre.

El intelecto no resolverá en forma alguna nuestros problemas humanos. De muchas y varias maneras, el pensamiento ha tratado de vencer y trascender nuestras agonías y ansiedades. El pensamiento ha construido la iglesia, el salvador, el gurú; el pensamiento ha inventado nacionalidades; el pensamiento ha dividido la gente de una nación en distintas comunidades, clases, manteniendo la guerra entre unos y otros. El pensamiento ha separado al hombre del hombre, y habiendo producido gran tristeza y anarquía, procede entonces a inventar una estructura para unir a los pueblos. Haga lo que haga el pensamiento, inevitablemente engendra el peligro y la ansiedad. El llamarse uno italiano, hindú o americano es seguramente una locura. Y esa es la labor del pensamiento.

«Pero el amor es la respuesta a todo esto, ¿no es así?»

Otra vez está usted despistado. ¿Está usted libre de envidia, ambición, o está meramente usando la palabra «amor» a la cual le ha dado un significado el pensamiento? Si el pensamiento le ha dado sentido, entonces no es amor. La palabra amor no es amor —no importa el significado que tenga para usted. El pensamiento es el pasado, la memoria, la experiencia, el conocimiento de donde procede la respuesta a todo reto. De modo que la respuesta es siempre inadecuada y, por lo tanto, hay conflicto. Porque el pensamiento es siempre viejo; nunca puede ser nuevo. El arte moderno es la respuesta del pensamiento, del intelecto, y aunque pretenda ser nuevo, es tan viejo, aunque no tan hermoso, como los montes. Para que surja lo nuevo, hay que rechazar totalmente toda la estructura construída por el pensamiento —amor, Dios, cultura, ideología del Politburó. Lo nuevo no puede acomodarse dentro del viejo patrón. La realidad es que tenemos miedo de rechazar por completo el viejo patrón.

«Sí, señor, tenemos miedo, porque si lo rechazamos, ¿qué nos queda? ¿Con qué vamos a sustituirlo?»

Esta pregunta es producto del pensamiento, que ve el peligro y, por tanto, tiene miedo y quiere estar seguro de que encontrará algo para sustituir lo viejo. De modo que usted está otra vez preso en la red del pensamiento. Pero si de hecho, no verbal o intelectualmente, rechazara usted todo el edificio construído por el pensamiento, entonces podría tal vez encontrar lo nuevo —una nueva manera de vivir, de ver, de actuar. La negación es la acción más positiva. Negar lo falso, sin saber lo que es verdadero, negar la verdad aparente en lo falso, y negar lo falso como falso es la acción

inmediata de una mente que está libre del pensamiento. Ver esta flor con la imagen que de ella ha creado el pensamiento es enteramente distinto a verla sin esa imagen. La relación entre el observador y la flor es la imagen que el observador tiene de lo observado, y en este caso hay una gran distancia entre ambos.

Cuando no hay imagen, cesa el intervalo del tiempo.

7

La meditación es siempre nueva. No tiene el toque del pasado porque carece de continuidad. La palabra *nuevo* no comunica la calidad de una frescura que no ha existido antes. Es como la luz de una vela que ha sido apagada y se ha vuelto a prender. La nueva luz no es la vieja, aunque la vela sea la misma. La meditación sólo tiene continuidad cuando el pensamiento la colorea, le da forma y un propósito. El propósito y el significado que el pensamiento le da a la meditación se convierte en un cautiverio con las ataduras del tiempo. Pero la meditación que está fuera de contacto con el pensamiento, tiene su propio movimiento, que es intemporal. El tiempo envuelve lo viejo y lo nuevo como un movimiento con raíces en el ayer, que va influyendo hacia el mañana. Pero la meditación es en absoluto un florecimiento diferente. Como no es el resultado de la experiencia del ayer, no dá en manera alguna raíces en el tiempo. Tiene una continuidad que está fuera del tiempo. La palabra continuidad en la meditación puede dar lugar a malas interpretaciones porque aquello que fue, el ayer, no está sucediendo hoy. La meditación de hoy es un despertar nuevo, un nuevo florecimiento de la belleza de la bondad.

El carro se movía lentamente a través del tráfico del pueblo enorme con sus autobuses, camiones y automóviles, y de todo el ruído a lo largo de las calles es-

trechas. Había innumerables apartamentos llenos de familias e interminables tiendas, y el pueblo se iba extendiendo hacia los lados, devorando el distrito rural. Por fin llegamos al campo, a las verdes campiñas, y al trigo, y a los grandes sembrados de mostaza en flor, de amarillez intensa. El contraste entre el verde intenso y el amarillo era tan sorprendente como el contraste entre el ruido del pueblo y la quietud de la zona campestre. Nos dirigíamos en el carro hacia el norte; subiendo y bajando por terreno accidentado. Y había bosques, arroyos, y el hermoso cielo azul.

Era una mañana de primavera, y en el bosque había grandes porciones de campanillas, y al lado del bosque estaba la mostaza amarilla extendiéndose casi hasta el horizonte; y luego el verde trigal que se extendía bastante donde podía el ojo distinguirlo. La carretera pasaba por pueblos y aldeas, y un camino lateral conducía a un bello bosque con nuevas y tiernas hojas primaverales y el olor a tierra mojada; y había allí esa peculiar sensación de la primavera, y de la renovación de la vida. Estábamos en íntimo contacto con la naturaleza mientras observábamos esa parte de la tierra, los árboles, el delicado retoño, y el arroyo que corría. No era un sentimiento romántico ni una sensación imaginativa, sino que realmente éramos todo esto —el cielo azul y la tierra dilatándose.

La carretera conducía a una vieja casa con una avenida de altas hayas llenas de nuevas y tiernas hojas, y al mirar hacia arriba, veíamos a través de ellas el cielo azul. Era una mañana hermosa, y el haya cobriza era aún demasiado joven, aunque muy alta.

Un hombre grueso y corpulento, con manos muy grandes, llenaba aquella silla enorme. Tenía un rostro

bondadoso y estaba presto para reír. Es extraño ver lo poco que reímos. Nuestros corazones están oprimidos, insensibles a causa de la fatigosa tarea del vivir, por la rutina y la monotonía de la vida cotidiana. Estamos hechos para reír de un chiste o ante un dicho ingenioso, pero no hay risa en nosotros; la amargura, que es el fruto en sazón del hombre, ¡parece tan común! Nunca vemos correr el agua y reír con ella; es triste ver cómo la luz en nuestros ojos se va haciendo más y más lánguida cada día; las presiones de agonía y desesperación parecen dar color a toda nuestra vida con sus promesas de esperanza y placer, las cuales el pensamiento cultiva.

Estaba interesado en esa filosofía peculiar del origen y la aceptación del silencio —que probablemente nunca había descubierto. No podemos comprar el silencio como podríamos comprar buen queso. No puede uno cultivarlo como cultivaría una hermosa planta. No es resultado de ninguna actividad de la mente o del corazón. El silencio que produce esa música mientras la escucha, emana de la música, es inducido por ella. El silencio no es una experiencia; sólo lo conocemos cuando ha cesado.

Siéntese alguna vez a la orilla del río y mire hacia dentro del agua. No se deje hipnotizar por el movimiento del agua, por la luz, la claridad y la profundidad de la corriente. Mírela sin ningún movimiento del pensamiento. El silencio se halla alrededor suyo, en usted, en el río, y en esos árboles que están absolutamente serenos. Usted no puede regresar con él a su casa, guardarlo en la mente o en las manos, y pensar que ha alcanzado algún estado extraordinario. Si así lo cree, entonces no es silencio; entonces es simplemente un recuerdo, una fantasía, una huída romántica del diario bullicio de la vida.

Gracias al silencio, todo existe. La música que escuchó usted esta mañana vino del silencio, y usted la escuchó porque estaba sosegado, y fue más allá de usted en el silencio.

Pero no escuchamos el silencio porque nuestros oídos están llenos de charloteo de la mente. Cuando usted ama y no lo rodea el silencio, el pensamiento hace del amor un juguete de la sociedad, cuya cultura es la envidia y cuyos dioses son hechos por la mente y la mano del hombre. El silencio se halla donde está usted, en usted mismo, y a su lado.

8

La meditación es la suma de toda energía. Ésta no se acumula poco a poco, rechazando esto y rechazando aquello, tomando esto y agarrándose a eso otro; es más bien la negación total de toda energía inútil sin preferencias. El acto de escoger es el resultado de la confusión; y la esencia de toda energía desperdiciada es confusión y conflicto. El ver claramente *lo que es* en cualquier momento requiere la atención de toda energía; y en esto no hay contradicción ni dualidad. Esta energía total no brota de la abstinencia ni de votos de castidad y pobreza, pues toda determinación y acción de la voluntad es un mal gasto de energía porque el pensamiento está envuelto en ello, y el pensamiento es energía desperdiciada: la percepción nunca lo es. El acto de *ver* no es un esfuerzo de voluntad. No hay «yo veré» sino sólo ver. La observación descarta al observador, y en esto no hay desperdicio de energía. El pensador que se propone observar, deteriora la energía. El amor no es energía desperdiciada, pero cuando el pensamiento lo convierte en placer, entonces el dolor disipa la energía. La energía acumulada en la meditación está siempre expandiéndose, y la acción en la vida diaria llega a ser parte de ella misma.

Esta mañana la brisa que venía del oeste estaba agitando el álamo. Cada hoja le comunicaba algo a la

brisa; cada hoja danzaba inquieta con el regocijo que le producía la mañana primaveral. Era muy temprano. En el tejado el mirlo cantaba. Ahí está cada mañana y cada atardecer, a veces sentado en silencio y mirando a su alrededor, en otras, llamando y esperando una respuesta. Estaría ahí algunos minutos y luego levantaría el vuelo. Ahora su pico amarillo brillaba a la luz temprana. Según iba alejándose, las nubes se aproximaban al tejado, el horizonte se cubría con ellas, una sobre la otra, como si alguien las hubiera acomodado cuidadosamente, en un orden perfecto. Estaban moviéndose, y parecía que toda la tierra fuera transportada por ellas —las chimeneas, las antenas de televisión y el altísimo edificio del frente. Pronto pasaron, y allí estaba el cielo azul, primaveral, claro, con la leve frescura que sólo puede traer la primavera. Estaba extraordinariamente azul, y a esa hora de la mañana, afuera, la calle se hallaba casi en silencio. Se podía oír el ruido de los tacones sobre el pavimento y, a lo lejos, pasaba un camión. Pronto se levantaría el día. Mientras mirábamos el álamo por la ventana, veíamos el universo, su belleza.

Él preguntó: «¿Qué es la inteligencia? Usted habla mucho de ello, y me gustaría conocer su opinión.»

La opinión —y el sondeo de la opinión— no es la verdad. Podemos discutir indefinidamente la diversidad de opiniones, lo correcto o incorrecto de ellas; sin embargo, por buena y razonable que sea, la opinión no es la verdad. La opinión siempre está perjudicada, teñida por la cultura, la educación, el conocimiento. ¿Por qué tenemos que embotar la mente con opiniones en forma alguna, con lo que pensamos de esta o esa persona, o del libro, o de la idea? ¿Por qué no ha de estar vacía

la mente? Sólo cuando está vacía es que puede ver con claridad.

«Pero todos estamos llenos de opiniones. Mi opinión acerca del actual líder político se ha formado con lo que él ha dicho y hecho, y sin esa opinión, yo no podría votar por él. Las opiniones son necesarias para la acción, ¿no es así?»

Las opiniones pueden cultivarse, intensificarse, endurecerse y llegar a ser cortantes, y la mayor parte de las acciones se basan en este principio del agrado o el desagrado. El endurecimiento de la experiencia y el conocimiento se expresa a sí mismo en la acción, pero tal acción divide y separa al hombre del hombre. La opinión y la creencia impiden la observación de lo que realmente es. El ver *lo que es* forma parte de esa inteligencia en la cual está usted interesado. No hay inteligencia sin sensibilidad del cuerpo y de la mente —la sensibilidad del sentimiento y la claridad de la observación. El emocionalismo y el sentimentalismo evitan la sensibilidad del sentir. El estar sensitivo en determinada área y embotado en otra conduce a la contradicción y al conflicto —y esto niega la inteligencia. La integración de las muchas partes fragmentadas en un todo no produce la inteligencia. La sensibilidad es atención, que es inteligencia. La inteligencia nada tiene que ver con el conocimiento o la información. El conocimiento pertenece siempre al pasado; puede invocarse para que actúe en el presente, pero él limita el presente. La inteligencia está siempre en el presente y fuera del tiempo.

9

La meditación es el acto de liberar la mente de toda falta de sinceridad. El pensamiento engendra insinceridad. El pensamiento, en sus esfuerzos por ser honrado, se vale de la comparación y, por lo tanto, no lo es. Toda comparación es un proceso de escape y, en consecuencia, engendra insinceridad. La sinceridad no es el opuesto de la insinceridad; no es un postulado. No es la conformidad con un patrón, sino más bien la percepción total de lo que es. Y la meditación es el movimiento de esta sinceridad en silencio.

El día empezó más bien nebuloso y opaco, y en el bosque los árboles desnudos estaban silenciosos. Podían verse azafranes, narcisos y la forsitia de color amarillo y brillante. Lo mirábamos todo desde lejos, y era una extensión de amarillo contra un césped verde. Según uno iba acercándose lo cegaba la brillantez del amarillo —que era Dios. No es que uno se identificara a sí mismo con el color, o que llegara a ser el espacio que llenaba el universo de amarillo —sino que no había nadie para mirarlo. Sólo existía el color y nada más —no las voces que se oían alrededor suyo, ni el mirlo mientras cantaba su melodía mañanera, ni las voces de los viandantes, ni el ruidoso carro que chirriaba junto a nosotros por la carretera. *Él existía,* nada más. Y la belleza y el amor estaban en esa existencia.

Regresamos al bosque. Algunas gotas de lluvia caían, y todo estaba desierto. La primavera había recién llegado, pero aquí en el norte los árboles no tenían hojas. Estaban melancólicos con motivo del invierno y a causa de la espera por luz solar y de un tiempo apacible. Pasó un jinete, y el caballo estaba sudando. El caballo, con su gracia, su movimiento, era más que el hombre mismo; el hombre, con sus pantalones, sus botas muy lustrosas y la gorra de montar, se veía insignificante. El caballo tenía modales, mantenía su cabeza en alto. El hombre, aunque montaba el caballo, era extraño al mundo que lo rodeaba, pero el caballo parecía parte de la naturaleza, la cual el hombre está destruyendo lentamente.

Los árboles eran curpulentos —robles, olmos y hayas—. Se erguían muy silenciosos. El suelo estaba blando con las hojas del invierno, y aquí la tierra parecía muy vieja. Había pocos pájaros. El mirlo dejaba oír su reclamo, y el cielo estaba aclarando.

Cuando regresábamos al atardecer, el cielo estaba muy despejado, y la luz que descansaba en los árboles enormes era extraña y vibraba con un movimiento silencioso.

La luz es una cosa extraordinaria; mientras más se observa, más profunda y más vasta se vuelve; y los árboles quedan presos en su movimiento. Aquello nos sobrecogía; ningún lienzo podía captar la belleza de esa luz. Era aun más que la luz de la puesta de sol; era más de lo que los ojos veían. Parecía como si el amor estuviera sobre la tierra. Veíamos de nuevo esa extensión amarilla de forsitias, y la tierra se regocijaba.

Vino con sus dos hijas, pero las dejó afuera jugando. Era una mujer joven, bastante bien parecida y vestía

muy bien. Parecía estar impaciente, y ser persona muy capaz. Dijo que su esposo trabajaba en cierta clase de oficina, y la vida seguía su curso. Mostraba una tristeza peculiar que cubría con una ligera sonrisa. Ella preguntó: «¿Qué es la relación? He estado casada por algunos años. Supongo que mi marido y yo nos amamos, pero hay un vacío terrible en nuestras relaciones.»

¿Quiere usted en realidad examinar esto profundamente?

«Sí, he venido de muy lejos para hablarle de esto.»

Su esposo trabaja en la oficina, y usted trabaja en la casa, cada uno con sus ambiciones, frustraciones, agonías y temores. Él desea ser un alto ejecutivo y teme que no pueda lograrlo —que otros se le adelanten. El está encerrado en su ambición, en su frustración y en el esfuerzo por realizar sus aspiraciones, y usted lo está también en la misma forma. Él llega al hogar cansado, irritado, con temor en su corazón y trae consigo esas tensiones. Después de un largo día usted también está cansada con los niños y con todo lo demás. Ambos se toman un trago para calmar los nervios, y terminan en una conversación incómoda. Después de hablar un poco, viene la comida y luego la cama inevitable. Esto es lo que se llama relación —cada uno en sus propias actividades egocéntricas para encontrase luego en la cama; esto es lo que se llama amor. Por supuesto, hay un poco de ternura, alguna consideración, y uno o dos golpecillos cariñosos en la cabeza de los niños. Finalmente llegan la vejez y la muerte. Esto es lo que se llama vivir. Y aceptamos este modo de vida.

«¿Qué otra cosa puede uno hacer? Así somos criados y nos educan para ello. Queremos seguridad, algunas de las buenas cosas de la vida. No veo qué más puede uno hacer.»

¿Es el deseo de seguridad lo que nos ata? ¿O es la costumbre, la aceptación del patrón de la sociedad —la idea de marido, esposa y familia? Seguramente en todo esto hay muy poca felicidad.

«Hay alguna felicidad, pero hay demasiadas cosas que atender. ¡Hay tanto que leer si uno ha de estar bien informado! No queda mucho tiempo para pensar. Es obvio que uno no es realmente feliz, pero sobrelleva la vida.»

Todo esto se llama vivir en relación —pero, evidentemente, no hay relación en absoluto. Ustedes pueden estar físicamente juntos por un corto tiempo, pero cada uno está viviendo en su propio mundo de aislamiento, engendrando sus propias miserias, y no hay una verdadera forma de estar juntos, no sólo físicamente, sino a un nivel más amplio y más profundo. Es culpa de la sociedad, ¿no es así?, de la cultura en que nos hemos criado y en la que tan fácilmente nos quedamos presos. Es una sociedad podrida, una sociedad corrupta e inmoral, la que han creado los seres humanos. Esta es la que debe cambiar, y no es posible hacerlo a menos que cambie el mismo ser humano que la ha construído.

«Puede que yo comprenda lo que usted dice, y que cambie, pero, ¿qué me dice de él? Él siente gran placer en la competencia, en la lucha por lograr el éxito, por llegar a ser alguien. Él no va a cambiar y, por lo tanto, volvemos de nuevo a donde empezamos. Yo, débilmente tratando de salir de mi encierro, y él, fortaleciendo más y más la estrecha celda de su vida. ¿Qué objeto tiene todo esto?»

No hay objeto alguno en esta clase de existencia. Nosotros hemos hecho esta vida, y la brutalidad cotidiana y su fealdad, con reflejos ocasionales de deleite; de modo que debemos morir a todo ello. Usted sabe,

señora, que realmente no existe el mañana. El mañana es una invención del pensamiento a fin de colmar sus falsas ambiciones y logros. El pensamiento construye los innumerables mañanas, pero, de hecho, no hay mañana. Morir para el mañana es vivir hoy completamente. Cuando usted lo logra, cambia toda la existencia. Como el amor no es mañana, como no es cosa del pensamiento, el amor no tiene pasado ni futuro. Cuando vivimos hoy completamente, hay una gran intensidad en ello, y en su belleza —la cual no es tocada por la ambición, por los celos o por el tiempo— existe una relación, no sólo con el hombre sino también con la naturaleza, con las flores, la tierra y los cielos. En eso está la intensidad de la inocencia; el vivir, entonces,, tiene un significado totalmente distinto.

10

No podemos ponernos a meditar: ello tiene que suceder sin proponérselo. Si lo intentamos, si preguntamos cómo hacerlo, entonces el método no sólo nos condicionará más adelante, sino también fortalecerá nuestro actual condicionamiento. La meditación es realmente la negación de toda la estructura del pensamiento. El pensamiento es de índole estructural, razonable o irrazonable, objetivo o malsano, y cuando trata de meditar, partiendo de la razón o de un estado contradictorio y neurótico, inevitablemente proyecta aquello que es, y tomará su propia estructura como una seria realidad. Es como el creyente que medita en su propia creencia; fortalece y santifica aquello que él ha creado por temor. La palabra es el cuadro o la imagen cuya idolatría se convierte en el objeto buscado.

El sonido construye su propia jaula, luego el sonido del pensamiento es de la jaula, y es esta palabra y su sonido lo que divide al observador de lo observado. La palabra no es sólo una unidad del lenguaje, no sólo un sonido, sino también un símbolo, una reminiscencia de algún hecho que desata el movimiento de la memoria, del pensamiento. La meditación es la ausencia completa de esa palabra. La raíz del temor es el mecanismo de la palabra.

Llegaba la primavera, y en el Bois (bosque) todo estaba extrañamente apacible. Había pocas hojas nuevas, y el cielo no mostraba aún ese intenso azul que

viene con el encanto de la primavera. Las castañas no habían brotado todavía, pero flotaba en el aire el temprano aroma de la primavera. Apenas se encontraba alguien en esa parte del Bois y se podían oír pasar los carros a distancia. Caminábamos al amanecer y se percibía esa suave sutileza de la primavera temprana. Él había estado discutiendo, cuestionando y preguntando qué debía hacer.

«Parece tan interminable ese constante análisis y examen introspectivo, esta vigilancia. He probado tantas cosas; los gurús nítidamente rasurados y los gurús barbudos, y diversos sistemas de meditación —usted conoce el saco completo de tretas— y todo ello deja a uno más bien con la boca seca, y vacío.»

¿Por qué no empezamos por el otro extremo, el extremo que usted no conoce —desde la otra orilla que no nos es posible ver desde ésta? Comience por lo desconocido, más bien que por lo conocido, pues esta constante investigación, análisis, sólo fortalece y condiciona más lo conocido. Si la mente viviera partiendo del otro extremo, entonces no existirían estos problemas.

«¿Pero cómo voy a empezar desde el otro extremo? No lo sé, no puedo verlo.»

Cuando usted pregunta, «¿Cómo voy a comenzar desde el otro extremo?» está todavía haciendo la pregunta desde este extremo. De modo que no pregunte, pero salga de la otra orilla, de la cual nada sabe, de la otra dimensión que el pensamiento, con su astucia, no puede capturar.

Permaneció en silencio por algún tiempo, y un faisán pasó volando. Se veía brillante en el sol, y desapareció bajo los arbustos. Cuando reapareció un poco más tarde, había cuatro o cinco faisanes hembras casi del

color de las hojas muertas, y el gran faisán macho se erguía majestuosamente entre ellas.

Él estaba tan ocupado que nunca se fijó en el faisán, y cuando se lo señalamos, dijo: «¡Qué hermoso!» —que eran meras palabras porque su mente estaba ocupada en el problema de cómo empezar con algo que desconocía. Un lagartijo madrugador, largo y verde, descansaba sobre una roca dándose un baño de sol.

«No sé cómo voy a empezar desde ese extremo. No entiendo realmente esta vaga afirmación, esta aseveración que, por lo menos para mí, no tiene mucho sentido. Yo sólo puedo dirigirme hacia lo que conozco.»

Pero, ¿qué conoce usted? Usted conoce sólo algo que está ya terminado, que ya pasó. Usted sólo conoce el ayer, y nosotros estamos diciendo: Empiece desde aquello que desconoce, y viva partiendo de ahí. Si usted dice: «¿Cómo puedo yo vivir desde allí?», entonces usted está invocando el patrón del ayer. Pero si usted vive con lo desconocido, está viviendo en libertad, actuando en libertad y, después de todo, eso es amor. Si usted dice, «Se lo que es el amor», entonces no sabe lo que es. Seguramente no es una memoria, un recuerdo de placer. Como no lo es, entonces viva con aquello que desconoce.

«Realmente no sé de qué está hablando. Está empeorando el problema.»

Estoy preguntando algo muy simple. Estoy diciendo que mientras más ahonda, más encuentra. El mismo acto de cavar es el condicionamiento, y con cada palada se construyen peldaños que no conducen a ninguna parte. Usted quiere que se le hagan nuevas escalinatas, o quiere usted misma dar los pasos que conducirán a una dimensión totalmente diferente. Pero si no sabe cuál es esa dimensión —de hecho, no especulativamen-

te— entonces cualquier paso que dé o trace sólo puede conducir a aquello que ya se conoce. De modo que deseche todo esto y empiece por el otro extremo. Permanezca en silencio y lo descubrirá.

«Pero no sé cómo mantenerme en silencio.»

Ahí está usted de nuevo en el «cómo», y no hay final para el cómo. Todo lo que se conoce está en el lado falso. Si uno sabe, ya está en su propia tumba. El ser no es el conocer.

11

En la luz del silencio, todos los problemas se resuelven. Esta luz no nace del antiguo movimiento del pensamiento. Tampoco nace del conocimiento autorrevelado. No es encendida por el tiempo ni por ninguna acción de la voluntad. Surge con la meditación. La meditación no es un asunto privado; no es una búsqueda personal de placer; el placer siempre separa y divide. En la meditación la línea divisoria entre usted y yo desaparece; en ella la luz del silencio destruye el conocimiento del yo. El yo puede estudiarse indefinidamente porque cambia de día a día, pero su alcance es siempre limitado por extenso que se piense que es. El silencio es libertad, y la libertad llega con la realización del orden completo.

Era un bosque junto al mar. El viento constante había deformado los pinos, manteniéndolos de poca altura, y las ramas estaban despojadas de agujas. Reinaba la primavera, pero la primavera nunca llegaría a estos árboles de pino. Estaba allí, pero muy lejos de ellos, lejos del viento constante y del aire salífero. Estaba allí floreciente, y cada brizna de hierba y cada hoja estaba aclamándola, cada castaño, ostentando su florecencia, con sus bujías encendidas por el sol. Estaban allí los patos con sus polluelos, las tulipas y los narcisos. Pero aquí todo se hallaba raso, sin sombras, y los

árboles en agonía, retorcidos, achaparrados, desnudos. Estaban demasiado cerca del mar. Este lugar poseía su propia calidad de belleza, pero miraba esos lejanos bosques con silenciosa angustia, pues ese día el viento frío era demasiado intenso; se levantaban altas olas, y los fuertes vientos empujaban la primavera tierra adentro. La neblina se extendía sobre el mar, y las nubes, en carrera vertiginosa, cubrían la región, llevando consigo los canales, los bosques y la tierra llana. Aun las sumisas tulipas, tan cercanas a la tierra, estaban temblorosas, y su brillante color era una onda de viva luz sobre la campiña. Las aves estaban en los bosques, pero no entre los pinos. Había uno o dos mirlos, con sus picos de un amarillo refulgente, y una paloma o dos. Era maravilloso ver la luz en el agua.

Era un hombre corpulento, grueso, de manos grandes. Tiene que haber sido un hombre muy rico. Poseía una colección de cuadros modernos y se sentía bastante orgulloso de ella, pues los críticos la consideraban muy buena. Según hablaba, podíamos ver la llama del orgullo en sus ojos. Tenía un perro grande, activo y juguetón; era más alegre que su amo. Quería estar fuera, sobre la yerba, en carrera contra el viento, pero permanecía sentado obedientemente en el sitio que le había indicado su amo, y pronto se quedó dormido a causa del tedio.

Los bienes nos poseen más que nosotros a ellos. El castillo, la casa, los cuadros, los libros, el conocimiento, todos ellos llegan a ser más vitales, mucho más importantes que el ser humano.

Dijo que había leído mucho, y pudimos ver que en su biblioteca tenía libros de todos los autores modernos. Habló acerca de misticismo espiritual y del furor por

las drogas que se estaban colando por toda la región. Era un hombre rico, afortunado, y tras él, irreveladas, había vaciedad y superficialidad, que no puede nunca llenarse con libros, cuadros o con el conocimiento del oficio.

La tristeza de la vida es esta —la vaciedad que tratamos de llenar con todas las estratagemas concebibles de la mente. Pero esa vaciedad permanece. La tristeza está en el vano esfuerzo por poseer. De este esfuerzo emanan el dominio y la afirmación del yo con sus palabras vacías y vivos recuerdos de cosas pasadas que nunca volverán. El pensamiento aislador engendra esta vaciedad y soledad y las nutre por medio del conocimiento que ha creado.

Esta tristeza del vano esfuerzo es lo que está destruyendo al hombre. Su pensamiento no es tan bueno como la computadora, y es el único instrumento con que cuenta para enfrentarse a los problemas de la vida, y por lo tanto, es destruído por ellos. De esta tristeza, producida por una vida disipada probablemente se dará cuenta sólo en el momento de su muerte —y entonces será demasiado tarde.

Así, pues, las posesiones, el carácter, los logros, la vida domesticada llegan a ser tremendamente importantes, y esta tristeza aleja el amor. O tenemos una cosa o la otra; no podemos tenerlas ambas. Una engendra cinismo y amargura, que son la única cosecha del hombre; la otra reside más allá de todos los bosques y colinas.

12

La imaginación y el pensamiento no tienen sitio en la meditación. Conducen al vasallaje, y la meditación trae la libertad. Lo bueno y lo placentero son dos cosas diferentes; uno trae la libertad y el otro conduce a la esclavitud impuesta por el tiempo. Meditar es liberarse del tiempo. El tiempo es el observador, el experimentador, el pensador, y también es el pensamiento; la meditación consiste en ir más allá y por encima de las actividades del tiempo.

La imaginación está siempre en la zona del tiempo; por disimulada y oculta que se halle, no dejará de actuar. Esta acción del pensamiento conducirá inevitablemente al conflicto y a la esclavitud impuesta por el tiempo. Meditar implica ser inocente, o no estar afectado por el tiempo.

Se podía ver el lago a muchas millas de distancia. Nos dirigíamos a él a través de vueltas y revueltas de carreteras que se perdían por campos de mies y bosques de pino. Era una región muy limpia. Las carreteras estaban lustrosas y bien ordenadas las fincas con su ganado, caballos, pollos y cerdos. Bajábamos por colinas onduladas hasta el lago, y a cada lado había montañas cubiertas de nieve. La atmósfera estaba transparente, y la nieve refulgía al amanecer.

Por muchos siglos no había habido guerras en este

país; y uno percibía la gran seguridad, la imperturbable rutina de la vida diaria, que trae consigo el embotamiento y la indiferencia de una sociedad establecida por un gobierno eficiente.

Corríamos por una carretera lisa, bien conservada lo suficientemente ancha para que un automóvil pudiera pasar a otro fácilmente; y ahora, al cruzar sobre el cerro, nos encontrábamos entre huertos. Un poco más adelante había un sembrado de tabaco. Según nos acercábamos, podíamos aspirar el fuerte olor de las hojas maduras de la planta.

Esa mañana, mientras bajábamos de la altura, ya se sentía calor, y la atmósfera estaba bastante pesada. La paz de la región entraba en nuestro corazón y llegábamos a ser parte de la tierra.

Era un amanecer de primavera. Una brisa fría venía del norte, y ya el sol empezaba a proyectar sombras definidas. El alto y robusto eucalipto se inclinaba suavemente hacia la casa, y un solo mirlo estaba cantando; podíamos verlo desde el lugar donde nos sentábamos. Tenía que sentirse solitario porque había pocas aves esa mañana. Los gorriones se alineaban en la pared que daba al jardín. Este jardín estaba bastante mal cuidado; era necesario cortar el césped. Los niños saldrían a jugar por la tarde y se podrían oír sus gritos y carcajadas. Se perseguirían unos a otros entre los árboles, jugando al escondite, y grandes carcajadas llenarían el aire.

A la hora del almuerzo, había alrededor de ocho personas sentadas a la mesa. Uno era un director de cine, otro, un pianista, y también estaba un joven universitario. Hablaban de política, de los motines en América y de la guerra que parecía no tener fin. Fluía fácilmente una conversación acerca de naderías. De súbito

dijo el director: «Los que pertenecemos a la vieja generación ya no tenemos sitio en este mundo moderno. El otro día un escritor muy conocido habló en la universidad —y los estudiantes lo sacaron de quicio y lo dejaron abatido. Lo que estaba diciendo no tenía relación con lo que los estudiantes querían oír, o sobre lo que pensaban o reclamaban. Él estaba reafirmando sus puntos de vista, su importancia, su modo de vida, y a los estudiantes nada de eso les importaba. Lo conozco y sé cómo se sentía. Estaba realmente perdido, pero no lo admitía. Él deseaba ser respetado por la joven generación, y ellos no aceptarían su forma de vida respetable, tradicional. Sin embargo, en sus libros escribía acerca de un cambio formalizado... «Yo, personalmente», continuó el director, «veo que no tengo relación o contacto alguno con la generación más joven. Siento que nosotros somos hipócritas.»

Esto lo dijo un hombre que había ganado fama como director de muy conocidas películas de vanguardia. No se sentía amargado por la situación. Sólo exponía un hecho con una sonrisa y un encogimiento de hombros. Era especialmente amable en su franqueza, con ese toque de humildad que frecuentemente le acompaña.

El pianista era muy joven. Había renunciado a una carrera prometedora porque pensó que el mundo completo de empresarios, conciertos, y la publicidad y el dinero envueltos en ellos era un «racket» glorificado. Él mismo deseaba llevar una vida diferente, una vida religiosa.

Y dijo: «Ocurre lo mismo en todas partes del mundo. Acabo de llegar de la India. Allí la brecha entre lo viejo y lo nuevo es quizás más ancha. La tradición y la vitalidad de lo viejo son extremadamente fuertes, y es probable que la generación más joven sea absorbida

por ellas. Espero, sin embargo, que unos pocos resistirán e iniciarán un movimiento diferente.»

«Y he notado, pues he viajado bastante, que la gente más joven (y yo soy viejo comparado con ellos) están desprendiéndose más y más de lo establecido. Tal vez se pierdan en el mundo de las drogas y del misticismo oriental, pero son una promesa, una nueva vitalidad. Ellos rechazan la iglesia, el sacerdote satisfecho, la jerarquía sofisticada de la iglesia. No tienen interés alguno en la política o en la guerra. Quizás surja de ellos el germen de lo nuevo.»

El estudiante universitario se había mantenido en silencio todo el tiempo, comiendo sus espaguettis y mirando fuera de la ventana; pero él y los demás estaban atentos a la conversación. Era más bien tímido, y aunque no le gustaba el estudio, iba a la universidad y escuchaba a los profesores —quienes no podían enseñarle adecuadamente. Leía mucho; le gustaba la literatura inglesa tanto como la de su tierra, y había hablado de ellas en algunas ocasiones cuando se sentaban a la mesa y en otros momentos.

Él habló así: «Aunque sólo tengo veinte años, soy ya viejo comparado con los muchachos de quince. Sus cerebros trabajan más ligero, son más perspicaces, ven las cosas con mayor claridad, llegan al punto de la cuestión primero que yo. Aparentemente saben mucho más, y yo me siento viejo comparado con ellos. Sin embargo, estoy completamente de acuerdo con lo que usted dijo. Usted piensa que somos hipócritas, que decimos una cosa y hacemos otra. Usted puede ver esto en los políticos y los sacerdotes, pero lo que a mí me intriga es lo siguiente: ¿por qué tienen otros que unirse a este mundo de hipocresía? La moralidad de ustedes apesta; ustedes *desean* la guerra.»

«En cuanto a nosotros, no odiamos al negro ni al mestizo ni al hombre de cualquier otro color. Nos sentimos bien con todos. Lo sé porque he caminado con ellos.»

«Pero ustedes, la generación más vieja, han creado este mundo de distinciones raciales y guerra —y nosotros no queremos saber de eso. Por eso nos rebelamos. Pero de nuevo, los diferentes políticos explotan esta rebelión y la ajustan a lo establecido, de modo que perdemos el sentido de la reacción original contra todo esto. Quizás también nosotros lleguemos a ser ciudadanos respetables y morales. Pero ahora odiamos la moralidad de ustedes y no tenemos moralidad alguna.»

Hubo un minuto o dos de silencio. Y el eucalipto estaba quieto, casi escuchando las palabras que se oían alrededor de la mesa. El mirlo se había ido y también los gorriones.

Nosotros dijimos: Bravo, usted tiene perfecta razón. Al rechazar toda moralidad, se es moral porque la moralidad aceptada es la que pertenece a la respetabilidad, y temo que todos anhelamos ser respetados —que implica ser reconocidos como buenos ciudadanos en una sociedad podrida. La respetabilidad es muy productiva y asegura un buen empleo y un sueldo estable. La aceptada moralidad de la avaricia, la envidia y el odio es la norma de lo establecido.

Cuando neguemos totalmente todo esto, no de boca, sino con el corazón, entonces seremos de veras morales. Porque esta moralidad emana del amor, y no de cualquiera motivación de ganancia, de logro o de conseguir un puesto en la jerarquía. No podemos sentir este amor si pertenecemos a una sociedad donde queremos

hallar fama, reconocimiento y una posición. Como en esto no hay amor, su moralidad es inmoralidad. Cuando rechazamos todo esto desde el fondo de nuestros corazones, entonces surge una virtud que está permeada de amor.

13

Meditar es trascender el tiempo. El tiempo es la distancia que el pensamiento recorre en la consecución de sus deseos. El viaje se realiza siempre a lo largo del viejo sendero cubierto con una nueva capa de asfalto, con nuevos paisajes, pero siempre el mismo camino que no conduce a parte alguna, salvo al dolor y a la tristeza.

La verdad deja de ser una abstracción sólo cuando la mente trasciende el tiempo. Entonces la dicha no es una idea derivada del placer, sino una realidad que no es verbal.

El silencio de la verdad se logra vaciando la mente de tiempo, y el ver esto es el hacer y, por lo tanto, no hay separación entre el ver y el hacer. En el intervalo entre el ver y el hacer, nacen el conflicto, la miseria y la confusión. Aquello que está fuera del tiempo es lo eterno.

En todas las mesas había jacintos, tiernos, frescos, acabados de traer del jardín, con la floración de la primavera aún sobre ellos. En una mesa lateral había lirios, de un blanco cremoso y con el centro, de un vivo amarillo. Ver esta blancura de nata y el amarillo brillante de esos narcisos era ver el cielo azul, siempre expandiéndose, ilimitado, silencioso.

Casi todas las mesas estaban ocupadas por gente

que hablaba muy alto y reía. En una mesa cercana, una mujer alimentaba subrepticiamente a su perro, con la carne que ella no podía comer. Al parecer a todos les habían servido muy abundantemente, y no era una escena agradable ver a la gente comiendo; quizás sea bárbaro comer en público. Un hombre al otro lado de la habitación se había saciado de vino y carne, y estaba en ese momento prendiendo un enorme cigarro, y mostraba una mirada de beatitud en su cara abultada. Su mujer, tan gruesa como él, prendió fuego a un cigarrillo. Ambos tenían el aspecto de sentirse fuera del mundo.

Y, mientras tanto, allí estaban los narcisos amarillos y a nadie parecía importarle. Estaban allí con propósitos decorativos que no tenían sentido en absoluto; y según los observábamos, su dorada brillantez llenaba el ruidoso salón. El color surte este extraño efecto en la vista. No era tanto que el ojo absorbiera el color como que el color pareciera llenar nuestro ser. Nosotros *éramos* el color; no nos convertíamos en el color —éramos parte de él, sin identificación o nombre: la anonimidad que es inocencia. Donde no hay anonimidad, hay violencia en todas sus formas diferentes.

Pero olvidemos el mundo, el salón lleno de humo, la crueldad del hombre, y la carne roja, fea: esos bien proporcionados jacintos parecían llevarnos más allá del tiempo.

El amor es así. En él no hay tiempo, espacio o identidad. Es la identidad lo que engendra placer y dolor; es la identidad lo que trae odio y guerra y construye una pared alrededor de la gente, alrededor de cada uno, de cada familia y comunidad. El hombre alcanza al otro desde por encima de la pared —pero él también está encerrado; la moralidad es una palabra que tien-

de un puente entre los dos y, por lo tanto se convierte en fea y vana.

El amor no es así; es como ese bosque al otro lado; siempre renovándose a sí mismo porque está siempre muriendo. En él no hay la permanencia que busca el pensamiento; es un movimiento que el pensamiento no puede nunca comprender, tocar o sentir. La emoción del pensamiento y el sentir del amor son dos cosas diferentes; una conduce a la esclavitud, y la otra, al florecimiento de la bondad. El florecimiento no está dentro del área de cualquier sociedad, cultura o religión, mientras que la esclavitud reside en todas las sociedades, creencias religiosas y fe en lo otro. El amor es anónimo, por lo tanto, no es violento. El placer es violento, pues el deseo y la voluntad son factores que lo impulsan. El amor no puede ser engendrado por el pensamiento o por buenas obras. La negación del proceso total del pensamiento se convierte en la belleza de la acción, que es el amor. Sin éste no existe la dicha de la verdad.

Y ahí, sobre la mesa, estaban los narcisos.

14

La meditación es el despertar de la dicha; pertenece a los sentidos y los trasciende. No tiene continuidad porque no pertenece al tiempo. La felicidad y el gozo de la relación, el espectáculo de una nube que va llevando la tierra consigo, y la luz de la primavera sobre las hojas, producen deleite a la vista y a la mente. El pensamiento puede cultivar este deleite y darle duración en el espacio de la memoria, pero esa no es la dicha de la meditación, en la cual está contenida la intensidad de los sentidos. Los sentidos deben agudizarse y en ninguna forma debe distorsionarlos el pensamiento ni la disciplina de la conformidad y de la moralidad social. La libertad de los sentidos no está en su gratificación; la gratificación es el placer del pensamiento. El pensamiento es como el humo de un incendio, y la dicha es el incendio sin la nube de humo que hace brotar lágrimas a los ojos. El placer es una cosa, y la dicha es otra. El placer es la esclavitud del pensamiento, y la dicha está más allá y por encima del pensamiento. La base de la meditación es la comprensión del pensamiento y del placer, con la moralidad de éstos, y la disciplina que conforta. La dicha de la meditación radica fuera del tiempo y de la duración; está más allá de ambos y, por tanto, es inconmensurable. Su éxtasis no está en el ojo del espectador, ni es una experiencia del pensador.

El pensamiento no puede tocarla con sus palabras y símbolos, ni con la confusión que él engendra; no es una palabra que pueda arraigar en el pensamiento y ser moldeada por él. Esta dicha emana del completo silencio.

Era una bella mañana con nubes fugaces y un cielo claro y azul. Había llovido, y la atmósfera estaba despejada. Todas las hojas eran nuevas y había pasado el melancólico invierno; cada hoja sabía, frente al sol refulgente, que no tenía relación alguna con la primavera del año anterior. El sol brillaba entre ellas, derramando una suave luz verde sobre el húmedo sendero que conducía a través del bosque, a la carretera principal y por ella, a la gran ciudad.

Había niños jugando, pero nunca miraban el hermoso día primaveral. No necesitaban hacerlo, porque ellos mismos eran la primavera. Su risa y sus juegos eran parte del árbol, de la hoja y de la flor. Usted lo sentía, no lo imaginaba. Era como si las hojas y las flores participaran de la risa, de los gritos y del globo que pasaba cerca. Tanto cada brizna de yerba, como el amarillo amargón y la tierna hoja, tan vulnerable, eran parte de los niños, y los niños eran parte de la tierra completa. La línea divisoria entre el hombre y la naturaleza desapareció; pero el hombre que pasaba en su auto de carrera y la mujer que regresaba del mercado no se daban cuenta de esto. Probablemente jamás habían mirado el cielo, la hoja temblorosa, las lilas blancas. Llevaban sus problemas en el corazón, y éste nunca miraba a los niños ni el brillante día primaveral. Era una pena que ellos educaran a esos niños, pues éstos llegarían a ser muy pronto el hombre

y el auto de la carrera y la mujer de regreso al mercado; y el mundo volvería a ser oscuro. Ahí estaba la base del dolor interminable. El amor que reposaba en aquella hoja se disiparía con el próximo otoño.

Era un hombre joven, con esposa e hijos. Parecía muy instruido, un intelectual, y con mucha facilidad de palabras. Era bastante delgado y estaba sentado confortablemente en una silla de brazos, con las piernas cruzadas, las manos enlazadas en la falda y los espejuelos, brillando a la luz del sol que entraba por la ventana. Dijo que siempre había estado buscando —no sólo verdades filosóficas, sino también la verdad— más allá de la palabra y del sistema.

¿Supongo que usted busca porque está descontento?

«No, exactamente, no es que esté descontento. Como cualquier ser humano, estoy insatisfecho, pero ése no es el motivo de mi búsqueda. No busco tal como se escudriña por medio del microscopio o el telescopio, o como busca el sacerdote a su Dios. No puedo decir qué es lo que estoy buscando; no puedo señalarlo con el dedo. Me parece que nací con esto, y aunque soy feliz en mi matrimonio, la búsqueda continúa. No es un escape. Realmente no sé qué quiero descubrir. He hablado sobre ello con hábiles filósofos y misioneros religiosos del Oriente, y todos me han dicho que continúe mi búsqueda y que nunca deje de investigar. Después de todos estos años, todavía el asunto es para mí una constante inquietud.»

¿Debe uno buscar del todo? Cuando se busca, es siempre algo más allá, en la otra orilla, en la distancia cubierta por el tiempo y por largos trancos. El buscar y el encontrar están en el futuro —allá, precisamente

más allá de la colina. Este es el significado esencial de la búsqueda. Existe el presente y lo que se ha de encontrar en el futuro. El presente no es totalmente activo ni vivaz y así, por supuesto, lo que está más allá de la colina es más halagüeño y más atractivo. Si el científico tiene los ojos pegados al microscopio, nunca verá la araña en la pared, aunque la telaraña de su vida no está en el microscopio, y sí en la vida del presente.

«¿Quiere usted decir, señor, que es vano buscar; que no hay esperanza en el futuro; que todo tiempo está en el presente?»

Toda vida está en el presente, no en la sombra del ayer ni en el deslumbramiento de la esperanza del mañana. Para vivir en el presente, tiene uno que librarse del pasado y del mañana. Nada se encuentra en el mañana, pues mañana es el presente, y el ayer es sólo un recuerdo. De modo que la distancia entre aquello que ha de encontrarse y lo que *es*, se hace aún más vasta por medio de la búsqueda —por agradable y confortante que la búsqueda sea.

El estar buscando constantemente el propósito de la vida es uno de los extraños escapes del hombre. Si encuentra lo que busca, ello no tendrá el valor de un guijarro en el camino. Para vivir en el presente, la mente no debe ser dividida por el recuerdo del ayer o la deslumbrante esperanza del mañana: no debe tener ni mañana ni ayer. Esta no es una afirmación poética, sino un hecho real. Ni la poesía ni la imaginación tienen lugar en el presente activo. No es que neguemos la belleza, pero el amor es esa belleza del presente que no ha de encontrarse si se busca.

«Creo que empiezo a ver la inutilidad de los años

que he perdido en la búsqueda, en las preguntas que he hecho acerca de mí mismo o de los otros, y la futilidad de las respuestas.»

El principio es el fin, y el fin es el primer paso, y el primer paso es el único.

15

Era un hombre algo brusco, lleno de curiosidad y arrojo. Había leído extensamente, y hablaba varios idiomas. Había estado en el Oriente y conocido algo de la filosofía hindú, leyó los llamados libros sagrados y siguió uno que otro gurú. Y ahora se hallaba aquí, en este pequeño salón con vista a un verde valle que sonríe al sol matinal. Los picos de nieve resplandecían, y nubes enormes casi despuntaban sobre las montañas. El día iba a ser muy agradable, y a esa altura, la atmósfera estaba clara y la luz, penetrante. Era el comienzo del verano, y aún retenía el aire el frío de la primavera. Era un valle tranquilo, especialmente en esta época del año, llena de silencio y del sonido de los cencerros, y el olor del pino y de la yerba recién cortada. Un grupo de niños gritaban y jugaban, y esa mañana, temprano, había gozo en el aire, y la belleza de la región reposaba en nuestros sentidos. Los ojos veían el cielo azul y la verde tierra, y todo se llenaba de júbilo.

«Conducta es rectitud —por lo menos, eso es lo que usted ha dicho. Le he escuchado por algunos años, en diferentes partes del mundo, y he asimilado su enseñanza. No estoy tratando de llevar esa enseñanza a la práctica porque entonces se convertiría en otro patrón, en otra forma de imitación, la aceptación de una nueva

fórmula. Veo el peligro de esto. He absorbido mucho de lo que usted ha dicho, y casi ha llegado a ser parte de mí mismo. Esto puede impedir mi libertad de acción —en lo cual usted ha insistido tanto. Nuestra vida nunca es libre y espontánea. Tengo que vivir mi vida diaria, pero estoy siempre vigilante para ver que no esté simplemente siguiendo algún nuevo patrón que haya hecho para mí mismo. De modo que aparentemente llevo una doble vida; por un lado, la actividad ordinaria, la familia, el trabajo, etc., y por el otro, la enseñanza que estamos recibiendo de usted y en la cual estoy profundamente interesado. Si sigo la enseñanza, entonces soy igual a cualquier católico que actúa de conformidad con el dogma. Así, pues, ¿en base de que actúa uno en la vida diaria si vive la enseñanza sin meramente ajustarse a ella?»

Es necesario descartar la enseñanza y el maestro y también al discípulo que está tratando de vivir una vida diferente. Sólo hay aprendizaje: en el aprendizaje está el hacer. El aprendizaje no está separado de la acción. Si se les separa, entonces el aprendizaje es una idea o un manojo de ideales de acuerdo con los cuales se lleva a cabo la acción, mientras que el verdadero aprendizaje es el hacer en que no hay conflicto. Cuando esto se comprende, ¿cuál es el problema? El aprendizaje no es una abstracción, una idea, sino el acto de aprender realmente acerca de algo. No podemos aprender sin hacer; no podemos aprender acerca de nosotros mismos excepto en la acción. No es que aprendamos acerca de nosotros mismos y luego actuemos de acuerdo con el conocimiento adquirido, porque entonces esa acción llega a ser imitativa, conforme al conocimiento acumulado.

«Pero señor, cada instante me enfrento al reto de

esto o aquello, y respondo como lo he hecho siempre —lo que a menudo significa que hay conflicto. Me gustaría comprender la pertinencia de lo que usted dice acerca del aprendizaje en estas situaciones de la vida diaria.»

Los retos tienen que ser siempre nuevos, o no son retos, pero la respuesta, que es vieja, resulta inadecuada y, por tanto, hay conflicto. Usted pregunta lo que hay que aprender acerca de esto. Existe el aprendizaje acerca de las respuestas, cómo surgen, su trasfondo y condicionamiento; de modo que hay un aprendizaje de toda la estructura y naturaleza de la respuesta. Este aprendizaje no es una acumulación en base de la cual vamos a responder al reto. El aprendizaje es un movimiento sin anclaje en el conocimiento. Si hay anclaje, no es movimiento. La máquina, la computadora están ancladas. Esa es la diferencia básica entre el hombre y la máquina. Aprender es vigilar, ver. Si ve partiendo del conocimiento acumulado, entonces el ver es limitado y no se ve nada nuevo.

«Usted dice que uno aprende acerca de toda la estructura de la respuesta. Esto parece indicar que hay cierto volumen acumulado de lo aprendido. Por otro lado, usted dice que el aprendizaje a que usted se refiere es tan fluido que no acumula en absoluto.»

Nuestra educación consiste en acumular un volumen de conocimiento, y la computadora lo hace más ligero y con mayor exactitud. ¿Qué necesidad hay de tal educación? Las máquinas se van a encargar de la mayor parte de las actividades del hombre. Cuando decimos como todo el mundo, que el aprendizaje consiste en hacer acopio de un volumen de conocimiento, ¿no está usted negando —¿no es así?— el movimiento de la vida, que es relación y comportamiento? Si la relación

y el comportamiento se basan en la experiencia previa y en el conocimiento, ¿hay, entonces, verdadera relación? ¿Es la memoria, con todas sus asociaciones, la verdadera base de la relación? La memoria se compone de imágenes y palabras, y cuando basamos la relación en símbolos, imágenes y palabras, ¿pueden éstos traer alguna vez la verdadera relación?

Como ya dijimos, la vida es un movimiento en relación, y si esa relación está atada al pasado, a la memoria, su movimiento es limitado y se vuelve agónico.

«Yo entiendo muy bien lo que usted dice, y pregunto de nuevo: ¿ En base de qué actuamos? ¿No está usted contradiciéndose cuando dice que uno aprende observando toda la estructura de las propias respuestas, y al mismo tiempo dice que el aprendizaje estorba la acumulación?»

El ver la estructura es un hecho vivo, que se mueve, pero cuando el ver añade algo a la estructura, entonces ésta llega a ser más importante que el ver, que es el vivir. En esto no hay contradicción. Estamos diciendo que el ver es mucho más importante que la naturaleza de la estructura. Cuando le damos importancia al aprender acerca de la estructura, y no al aprender como el acto de ver, entonces *hay* contradicción; entonces el ver es una cosa, y el aprender acerca de la estructura es otra.

Usted pregunta, señor, cuál es el origen de nuestros actos. Si hay una base para la acción, entonces esa es la memoria, el conocimiento, que es el pasado. Dijimos que ver *es* actuar; las dos cosas no están separadas, y el ver es siempre nuevo, por tanto, el actuar es siempre nuevo. Por ese motivo el ver toda respuesta diariamente trae lo nuevo, que es lo que usted llama espontaneidad. En el momento del coraje, éste no se reconoce

como tal. El reconocimiento surge unos segundos después como «haber tenido coraje». ¿Es ese ver del coraje el resultado de un estado de alerta, sin elección previa, o es ello, de nuevo, el acto de escoger basado en lo viejo? Si se basa en lo viejo, entonces todas las respuestas a ese coraje —represión, control, indulgencia, etc.— son la actividad tradicional. Pero cuando se ve sin escoger entre éstas, entonces surge únicamente lo nuevo.

De todo esto se origina otro problema interesante: nuestra dependencia del reto para mantenernos despiertos, para arrancarnos de la rutina, de la tradición, del orden establecido, ya sea por medio del derramamiento de sangre, de la revuelta, o de alguna otra sublevación.

«¿Es posible que la mente no dependa del reto en forma alguna?»

Es posible cuando la mente está sufriendo cambios constantes y no tiene sitio de reposo, anclaje seguro, intereses creados o compromisos. Una mente despierta, una mente que es luz en sí misma, ¿qué necesidad tiene de reto alguno?

16

La meditación es la acción del silencio. Actuamos impelidos por la opinión, la conclusión y el conocimiento, o por intenciones especulativas. Esto conduce inevitablemente a la acción contradictoria entre lo que es y lo que debiera ser y lo que ha sido. Esta acción derivada del pasado, que se llama conocimiento, es mecánica; es capaz de ajuste y modificación, pero tiene sus raíces en el pasado. Y así, la sombra del pasado cubre siempre el presente. Tal acción en la relación es el producto de la imagen, del símbolo, de la conclusión; la relación entonces es algo del pasado y, por tanto, es memoria, y no una cosa viva. De este charloteo, desorden y contradicción, provienen las actividades, que se dividen en patrones de cultura, comunidades, instituciones sociales y dogmas religiosos. De este ruido incesante, se levanta la revolución de un nuevo orden social y se le hace aparecer como algo nuevo, pero como sale de lo conocido hacia lo conocido, no implica ningún cambio en absoluto. El cambio es sólo posible cuando se niega lo conocido; la acción, entonces, no está de acuerdo con un patrón, sino en conformidad con una inteligencia que va renovándose constantemente.

La inteligencia no es discernimiento, ni juicio o evaluación crítica. La inteligencia es el ver lo que es. Lo que es cambia constantemente, y cuando el acto de ver

está anclado en el pasado, cesa la inteligencia del ver. Entonces el peso muerto de la memoria, y no la inteligencia de la percepción, es lo que dicta la acción. El acto de ver todo esto de una ojeada es meditación. Y para ver tiene que haber silencio, y de este silencio emana la acción que es enteramente distinta de las actividades del pensamiento.

Había estado lloviendo todo el día, y de cada hoja y de cada pétalo chorreaba el agua. El arroyo estaba crecido, y el agua no estaba clara; ahora se encontraba turbia y corría de prisa. Solamente los gorriones se mantenían activos —y los cuervos y las grandes urracas blanquinegras. Las nubes ocultaban las montañas, y los montes que se levantaban a poca altura, eran apenas visibles. No había llovido por algunos días, y era una delicia el olor de la lluvia fresca en la tierra seca. Si hubiéramos estado en países tropicales, donde pasan los meses sin llover, y cada día hay un sol ardoroso y brillante que abrasa la superficie terrestre, entonces cuando llegan las primeras lluvias, podríamos oler el agua fresca, cayendo en la vieja y desnuda tierra, como un deleite que penetra en las mismas profundidades del corazón. Mas aquí, en Europa, el olor era diferente, más suave, no tan fuerte, no tan penetrante. Era como una brisa agradable que prontamente se sofuma.

Al día siguiente, por la mañana, el cielo estaba claro y azul; se habían desvanecido todas las nubes, y había nieve refulgente en los picos de esas montañas, yerba fresca en los prados y miles de nuevas flores de primavera. Era una mañana llena de inefable belleza; y el amor reposaba en toda brizna de yerba.

Era un director de cine, muy bien conocido y para

sorpresa nuestra, no del todo vanidoso. Al contrario, era muy amigable, y de sonrisa fácil. Muchas de sus películas habían tenido gran éxito, y de algunas de ellas se estaban haciendo copias. Como la mayor parte de los directores sensitivos, estaba preocupado con el inconsciente, con sueños fantásticos, conflictos que presentaría en sus películas. Había estudiado a los dioses de los analistas, y él mismo había tomado drogas con propósitos experimentales.

La mente humana está fuertemente condicionada por la cultura en que vive —por sus tradiciones, por la condición económica y, especialmente, por la propaganda religiosa. Se opone enérgicamente a ser esclava de un dictador, o a la tiranía del Estado, pero se somete voluntariamente a la tiranía de la Iglesia o de la Mezquita, o a los dogmas psiquiátricas de última moda. Al ver tantas desdichas irremediable, inventa ingeniosamente un nuevo Espíritu Santo, o un nuevo Atma y los convierte en la imagen a la cual ha de rendirse culto.

La mente, que ha creado tal desolación en el mundo, básicamente está temerosa de sí misma. Se da cuenta de la perspectiva materialista de la ciencia, de sus logros, de su creciente dominio sobre el hombre, de modo que empieza a componer una nueva filosofía. Las filosofías del pasado se sustituyen por nuevas teorías, pero los problemas básicos del hombre se quedan sin resolver.

En medio de esta baraúnda de guerras, disensiones y de total egoísmo, está el problema principal, el de la muerte. Las religiones, tanto las muy antiguas como las recientes, han condicionado al hombre a ciertos dogmas, esperanzas y creencias, que dan una respuesta establecida a este problema; pero ni el pensamiento ni el intelecto pueden responder a los interrogantes

sobre la muerte; éste es un hecho, y no podemos esquivarlo.

Tenemos que morir para descubrir lo que es la muerte y, aparentemente, el hombre no puede hacerlo, porque teme morir a todo lo que conoce, a sus visiones y esperanzas más íntimas y arraigadas.

Realmente no existe el mañana, pero hay muchas mañanas entre el ahora de la vida y el futuro de la muerte. En esta brecha divisoria vive el hombre, lleno de miedo y ansiedad, pero siempre atento a lo inevitable. Ni aun quiere hablar de ello, y decora la tumba con todas las cosas que conoce.

El morir a todo lo que se conoce —no a formas particulares de conocimiento, sino a todo —es la muerte. Invitar al futuro —la muerte— para que cubra la totalidad del hoy, es morir completamente; entonces no hay brecha entre la vida y la muerte. Entonces la muerte implica vivir, y en el vivir está envuelta la muerte.

Aparentemente, el hombre no desea hacer esto. Sin embargo, va siempre detrás de lo nuevo; con una mano sostiene lo viejo, y con la otra tantea lo desconocido, buscando lo nuevo. De ahí viene el conflicto inevitable de la dualidad — el yo y el no-yo, el observador y lo observado, el hecho y lo que debiera ser.

Esa inquietud termina completamente cuando cesa lo conocido. Este final es la muerte. La muerte no es una idea, un símbolo, sino una espantosa realidad, y no es posible que pueda usted escapar de ella, agarrándose a las cosas de hoy que pertenecen al pasado, ni adorando el símbolo de la esperanza.

Uno tiene que morir a la idea de la muerte; sólo entonces nace la inocencia, sólo entonces surge lo nuevo, que es independiente del tiempo. El amor es siempre nuevo, y el recuerdo del amor es su muerte.

17

Era un prado vasto, exuberante, rodeado de verdes colinas. Esa mañana brillaba, resplandeciente de rocío, y los pájaros cantaban a los cielos y a la tierra. En este prado, con tantas flores, había únicamente un árbol, majestuoso y solitario. Era alto y de bellas proporciones, y esa mañana tenía un significado especial. Producía una sombra larga y profunda, y entre el árbol y la sombra, había un extraordinario silencio. Ambas se comunicaban mutuamente —la realidad y la irrealidad, el símbolo y el hecho. Era realmente un árbol espléndido, con sus últimas hojas primaverales, todas ondulantes en la brisa, saludables, aún libres del gusano; había en él una gran majestuosidad. No estaba ataviado con vestiduras de la realeza, pero en sí era glorioso e imponente. Al atardecer se retiraría dentro de sí mismo, silencioso y despreocupado, aunque afuera soplara el huracán; y al amanecer, también despertaría con el sol, y derramaría la exuberancia de su bendición sobre el prado, sobre las colinas, sobre la tierra.

Los gallos azules elevaban su reclamo, y las ardillas estaban muy activas esa mañana. La belleza del árbol en su soledad oprimía nuestro corazón. No era la belleza que palpábamos con los ojos; su belleza radicaba en sí mismo. Aunque nuestros ojos habían visto cosas más bellas, no era el ojo habitual el que se detenía ante este árbol, solitario, inmenso y lleno de prodigio. Seguramen-

te sería muy viejo, pero nunca pensamos que lo fuera. Según íbamos y nos sentábamos bajo su sombra, apoyada la espalda contra el tronco, sentíamos la tierra, el poder en ese árbol, y su gran desprendimiento. Casi podíamos hablar con él, y él nos contó muchas cosas. Pero siempre teníamos la sensación de que se encontraba muy lejos aunque lo tocáramos y sintiéramos su dura corteza por donde subían muchas hormigas. Esta mañana su sombra era muy clara y definida y parecía extenderse más allá de las colinas a otras colinas. Era realmente un sitio para la meditación si se sabía meditar. Todo estaba muy sereno, y la mente, si era clara, viva, también se serenaba, sin ser influenciada por el ambiente y llegaba a ser parte de esa brillante mañana, con el rocío aún sobre la yerba y los junquillos. Siempre existiría allí la belleza, en ese prado con ese árbol.

Era un hombre de edad mediana, bien conservado, acicalado y vestido con muy buen gusto. Dijo que había viajado mucho, aunque sin un propósito particular. Su padre le había dejado algún dinero y había visto un poco del mundo, no solamente lo que descansa en su superficie, sino también las cosas raras en los suntuosos museos. Añadió que le gustaba la música y que tocaba ocasionalmente. También parecía haber leído mucho. En el curso de la conversación, dijo: «¡Hay tanta violencia, cólera y odio del hombre contra el hombre! Aparentemente, hemos perdido el amor, no hay belleza en nuestro corazón; es probable que nunca la hayamos tenido. El amor se ha convertido en una mercancía barata, y la belleza artificial ha llegado a ser más importante que la belleza de las colinas, de los árboles y las flores. La belleza de los niños se desvanece pronto.

Me he estado preguntando acerca del amor y la belleza. Hablemos de ello si tiene usted un poco de tiempo disponible.»

Estábamos sentados en un banco junto al arroyo. Detrás de nosotros había una vía de ferrocarril y montes salpicados de quintas y chalets.

El amor y la belleza no pueden separarse. Sin amor no hay belleza; están entrelazados, son inseparables. Hemos ejercitado la mente, el intelecto, nuestro talento a tal grado, con tal poder destructivo, que ellos predominan, violando lo que puede llamarse amor. Por supuesto, la palabra no es, de ningún modo, la cosa real, así como la sombra del árbol no es el árbol. No seremos capaces de descubrir lo que es el amor, si no bajamos desde las alturas de nuestro talento, de nuestra sofisticación intelectual; si no percibimos el agua fulgurante y si no somos sensibles a la yerba fresca. ¿Es posible encontrar este amor en los museos, en la belleza ornamentada de rituales eclesiásticos, en el cine, en el rostro de una mujer? ¿No es importante que descubramos por nosotros mismos la forma en que nos hemos alejado de las cosas ordinarias de la vida? No es que debiéramos adorar la naturaleza neuróticamente, pero si perdemos el contacto con ella, ¿no significa también que estamos perdiendo el contacto con el hombre, con nosotros mismos? Buscamos la belleza y el amor fuera de nosotros, en las personas, en las posesiones. Éstas llegan a ser más importantes que el amor mismo. Las posesiones envuelven placer, y como nos agarramos al placer, el amor se desvanece. La belleza está dentro de nosotros, no necesariamente en las cosas que nos rodean. Cuando éstas llegan a ser más importantes y las investimos de belleza, entonces disminuye nuestra belleza interior. Por lo tanto, según el mundo se vuelve

más violento, materialista, los museos y todas esas posesiones se convierten más y más en las cosas con que tratamos de cubrir nuestra propia desnudez y llenar nuestra vacuidad.

«¿Por qué dice usted que cuando encontramos la belleza en las personas y cosas que nos rodean, y cuando experimentamos placer, disminuyen la belleza y el amor interiores?»

Toda dependencia engendra sentido de posesión, y nos convertimos en la cosa poseída. Yo poseo esta casa —yo *soy* esta casa. Ese jinete que pasa cabalgando por aquí *es* el orgullo que siente de su posesión, aunque la belleza y la dignidad del caballo tengan mayor significación que el hombre. De modo que el depender de la belleza de la línea o del encanto de un rostro, seguramente tiene que desmerecer al observador mismo; lo que no implica que debamos desechar la belleza de la línea o el encanto del rostro; significa que cuando las cosas externas llegan a adquirir un gran sentido para nosotros, la pobreza interior nos domina.

«Usted está diciendo que si reacciono al encanto de ese rostro soy interiormente pobre. Sin embargo, si no reacciono ante el rostro o la línea arquitectónica de ese edificio, me he aislado y soy insensible.»

Cuando existe el aislamiento, tiene que haber dependencia, precisamente, y la dependencia engendra placer y, por tanto, miedo. Si no respondemos en absoluto, es por parálisis, indiferencia, o por un sentido de desesperación que ha venido de la desesperanza, propia de la gratificación continua. Así, pues, estamos atrapados eternamente en la red de la desesperanza y la esperanza, del temor y el placer, del amor y el odio. Cuando hay pobreza interna, surge la urgencia por la abundancia. Este es el pozo sin fondo de los opuestos, los opuestos

que dominan nuestra vida y engendran la batalla del vivir diario. Todos estos opuestos son idénticos porque son ramas de la misma raíz. El amor no es producto de la dependencia, y el amor no tiene opuesto.

¿«No existe la fealdad en el mundo? ¿Y no es ésta el opuesto de la belleza?»

Por supuesto, que hay fealdad en el mundo, como hay odio, violencia, etc. ¿Por qué la compara con la belleza, con la no-violencia? La comparamos porque tenemos una escala de valores y colocamos en primer lugar lo que llamamos belleza, y en el último lugar, la fealdad. ¿No podríamos mirar la violencia sin recurrir a la comparación? Y si lo hacemos, ¿qué sucede? Descubrimos que estamos tratando únicamente con hechos, no con opiniones o con lo que debiera ser, no con medidas. Podemos bregar con lo que es y actuar inmediatamente; lo que debiera ser se convierte en una ideología, y así resulta caprichoso y, por tanto, inútil. La belleza no admite comparación; tampoco el amor, y cuando decimos: «Yo amo a éste más que a aquél», entonces no es amor.

«Para volver a lo que estaba diciendo, cuando uno es sensitivo, responde prontamente y sin complicaciones al hermoso rostro, al bello jarrón. Esta respuesta irreflexiva se desliza imperceptibemente hacia la dependencia y el placer y hacia todas las complicaciones que está usted describiendo. La dependencia, pues, me parece inevitable.»

¿Hay algo inevitable —a excepción, quizás, de la muerte?

«Si no es inevitable, ello significa que yo puedo ordenar mi conducta, que resulta ser, por tanto, mecánica.»

El ver el proceso inevitable *no* es ser mecánico. Es

la mente que rehusa ver lo que es la que se vuelve mecánica.

«Si veo lo inevitable, todavía me pregunto dónde y cómo trazar el límite».

Usted no traza el límite, pero el ver trae su propia acción. Cuando decimos: «¿Dónde he de trazar el límite?», se trata de la interferencia del pensamiento que teme ser apresado y quiere ser libre. El ver no es este proceso del pensamiento; el ver es simpre nuevo, y fresco, y activo. El pensar es siempre viejo, nunca fresco. El ver y el pensar pertenecen a dos órdenes por completo diferentes, y nunca pueden unirse. Así, pues, el amor y la belleza no tienen opuestos y no son el resultado de la pobreza interna. Por lo tanto, el amor está en el principio, y no en el final.

18

El sonido de las campanas de la iglesia atravesaba el bosque, cruzaba las aguas, y se extendía por sobre la honda pradera. El sonido variaba, dependiendo del lugar que recorría, ya fuera a través del bosque, o a lo largo de la pradera, o de una parte a otra del arroyo turbulento y veloz. El sonido, como la luz, tiene una calidad que emana del silencio; mientras más profundo es éste, mayor es la belleza del sonido que se escucha. Ese atardecer, mientras el sol pasaba sobre los montes del oeste, el sonido de esas campanas de la iglesia era extraordinario. Parecía como si estuviéramos escuchando las campanas por primera vez. No eran tan viejas como las de las antiguas catedrales, pero contenían el sentir de ese atardecer. No había una sola nube en el cielo. Era el día más largo del año, y el sol se ponía tan lejos al norte, como podía hacerlo.

Es difícil que alguna vez escuchemos el ladrido de un perro, el llanto de un niño o la risa de un hombre mientras pasa por nuestro lado. Nos separamos de todas las cosas, y entonces partimos de este aislamiento para mirar y escucharlo todo. Esta separación es muy destructiva porque de ella emana todo conflicto y confusión. Si escucháramos el sonido de esas campanas en completo silencio, iríamos cabalgando sobre él —o, más bien el sonido nos cargaría a través del valle y sobre el monte. Podemos sentir su belleza tan sólo

cuando uno y el sonido son inseparables, cuando somos parte de él. La meditación termina con la separación, no por acción de la voluntad o el deseo, o por la búsqueda de placer en cosas que no se han saboreado todavía.

La meditación no está separada de la vida; es su misma esencia, la verdadera esencia del vivir cotidiano. Escuchar esas campanas, oír la risa del campesino mientras camina con su esposa, escuchar la campanilla que suena en la bicicleta de la niña, según pasa por nuestro lado: esa totalidad de la vida, y no sólo un fragmento de ella es lo que la meditación nos ofrece.

«¿Qué es Dios para usted? En el mundo moderno Dios ha muerto entre los estudiantes, los obreros y los políticos. Para los sacerdotes, es una palabra conveniente porque los capacita para permanecer en sus empleos, mantener sus intereses creados, tanto físicos como espirituales. Y en cuanto al hombre común, no veo yo que le importe mucho, salvo ocasionalmente cuando se enfrenta a alguna calamidad o cuando quiere aparecer respetable entre sus respetables vecinos. De lo contrario, tiene muy poco sentido. He hecho, pues, un viaje bastante largo hasta aquí para averiguar qué cree usted, o si no le gusta la palabra; para ver si Dios existe en su vida. He estado en la India y he visitado varios maestros en sus sitios de enseñanza, con sus discípulos, y todos ellos creen, o más o menos sostienen que Dios *existe* y señalan el camino hacia él. Me gustaría, si se me permite, hablar con usted de esta cuestión tan importante, que ha obsesionado al hombre por tantos miles de años.»

La creencia es una cosa; la realidad, otra. Una conduce a la esclavitud, y la otra es sólo posible en libertad. No hay relación entre las dos. No puede abandonar-

se o dejarse a un lado la creencia con el propósito de lograr esa libertad. La libertad no es una recompensa; no es la zanahoria frente al asno. Es importante que se entienda esto desde el principio —la contradicción entre la creencia y la realidad.

La creencia jamás puede conducir a la realidad. La creencia es el producto del condicionamiento, o consecuencia del miedo, o el resultado de una autoridad externa o interna que conforta. La realidad no es ninguna de estas cosas. Es algo totalmente distinto, y no hay tránsito de una a la otra. El teólogo parte de una posición fija. Cree en Dios, en un Salvador, o en Krishna, o en Cristo, y entonces hilvana teorías de acuerdo con su condicionamiento y con la destreza de su mente. Como el teórico comunista, está atado a un concepto, a una fórmula, y lo que discurre es el resultado de sus propias deliberaciones.

Los incautos son apresados en ello, de igual manera que la mosca imprudente es atrapada en la tela de araña. La creencia nace del temor o de la tradición. De dos mil a diez mi años de propaganda, está hecha la estructura religiosa de palabras, con sus rituales, dogmas y creencias. La palabra llega a ser, entonces, extremadamente importante, y su repetición hipnotiza al crédulo. Éste siempre desea creer, aceptar, obedecer, sea malo o bueno lo que se le ofrezca, dañino o beneficioso. La mente creyente no es inquisitiva, y por eso permanece dentro de los límites de la fórmula o del principio. Es como el animal que, atado a un poste, camina sólo hasta el límite que le fija la soga.

«¡Pero sin creencia no tenemos nada! Yo creo en el bien; creo en el sacramento del matrimonio; creo en el más allá y en el crecimiento que evoluciona hacia la perfección. Para mí estas creencias son de importancia

inmensa porque me mantienen en línea, con los principios de moralidad; si me quita la creencia, estoy perdido.» Ser bueno y llegar a ser bueno son dos cosas diferentes. El florecimiento de la bondad no está en el llegar a ser bueno. Esa es la negación de la bondad: llegar a ser bueno. El llegar a ser mejor es una negación de lo que es; lo mejor corrompe lo que es. Ser bueno es un hecho de ahora, en el presente; el llegar a serlo es del futuro, que es una invención de la mente prisionera de la creencia, de una fórmula de comparación y tiempo. Cuando existe la dimensión, el bien cesa.

Lo importante no es *qué* cree usted, *cuáles* son sus fórmulas, principios, dogmas y opiniones, sino por qué los tiene, por qué lleva su mente el peso de todo esto. ¿Son ellos esenciales? Si usted se hace esta pregunta seriamente, descubrirá que todo ello es el resultado del temor, o del hábito de aceptar. Este temor básico impide que usted tenga contacto íntimo con lo que *es*. Este miedo es el que nos induce a comprometernos. Es natural estar en contacto íntimo con algo; usted está en contacto íntimo con la vida, con sus actividades; usted se halla *en* la vida, en todo el movimiento de ella. Pero el comprometerse es una acción deliberada de la mente que funciona y piensa por fragmentos; uno está comprometido sólo a un fragmento. No podemos comprometernos deliberadamente con lo que consideramos la totalidad porque esta consideración es parte del proceso del pensamiento, y el pensamiento es siempre separativo, actúa siempre fragmentariamente.

«Sí, usted no puede estar comprometido sin darle nombre a aquello con lo cual se compromete, y el dar nombre limita.»

¿Es esa afirmación suya una serie de palabras sim-

plemente, o una realidad de la cual se da cuenta ahora? Si sólo es una serie de palabras, entonces es una creencia y, por lo tanto, no tiene valor alguno. Si es una verdad real que ha descubierto ahora, entonces usted está libre y en estado de negación. La negación de lo falso no es una declaración. Toda propaganda es falsa, y el hombre ha vivido la propaganda, extendiéndola desde el jabón hasta Dios.

«Usted me está arrinconando con su percepción; ¿no es también esto una forma de propaganda —propalar lo que *usted* ve?

Seguramente que no. Usted *mismo* se está empujando al rincón donde tiene que encarar las cosas como son, sin persuasión ni influencia externas. Usted empieza a darse cuenta por usted mismo de lo que está realmente afrontando; por lo tanto, se halla libre de otros, libre de toda autoridad —de la palabra, de la persona, de la idea. Para *ver*, no es necesaria la creencia. Al contrario, para *ver* es necesario que esté ausente la creencia. Podemos ver sólo cuando nos hallamos en un estado negativo, no en el estado positivo de la creencia. El ver es el estado negativo en el cual lo único evidente resulta ser «lo que es». La creencia es una fórmula de inacción que engendra hipocresía, y es contra esta hipocresía que la generación más joven está peleando y rebelándose. Pero esta nueva generación cae presa de esta hipocresía en los años posteriores. La creencia es un peligro que debe evitarse totalmente si se ha de ver la verdad de lo que es. El político, el sacerdote, el hombre respetable actuarán siempre de acuerdo con una fórmula, obligando a otros a vivir conforme a esa fórmula, y ciegan siempre al irreflexivo y al tonto por medio de sus palabras, promesas y esperanzas. La autoridad de la fórmula llega a ser mucho

más importante que el amor de lo que es. Por lo tanto, la autoridad es maligna, ya sea la autoridad de la creencia, de la tradición, o de la costumbre que suele llamarse moralidad.

«¿Puedo yo librarme de este miedo?»

Seguramente usted está haciendo una pregunta incorrecta, ¿no es así? ¿Usted *es* el miedo; usted y el miedo no son dos cosas separadas. La separación es el temor que engendra la fórmula «yo conquistaré, suprimiré y escaparé de ello.» Esta es la tradición que da una falsa esperanza de vencer el miedo. Cuando uno ve que uno *es* el temor, que uno y el temor no son dos cosas separadas, el temor desaparece. Entonces son del todo innecesarias las fórmulas y las creencias. Entonces vivimos sólo con lo que es y vemos la verdad de ello.

«Pero usted no ha contestado la pregunta acerca de Dios, ¿no es así?»

Vaya a cualquier sitio donde se profesa algún culto —¿está Dios allí? ¿En la piedra, en la palabra, en el ritual, en la emoción que estimula el ver algo hecho bellamente? Las religiones han dividido a Dios en el mío y el suyo, en los Dioses de Oriente y los Dioses de Occidente, y cada Dios ha matado al otro. ¿Dónde ha de encontrarse a Dios? ¿Bajo una hoja, en los cielos, en su corazón, o es él meramente una palabra, un símbolo que representa algo inexpresable por medio de las palabras? Evidentemente, tenemos que desechar el símbolo, el sitio de adoración, la telaraña de palabras que el hombre ha tejido alrededor de sí mismo. Sólo después de haber hecho esto, no antes, podemos empezar a inquirir si hay o no hay una realidad inconmensurable.

«Pero cuando uno ha descartado todo esto, está completamente perdido, vacío, solo —y en un estado así, ¿cómo puede uno inquirir?»

Usted se halla en este estado porque se compadece a sí mismo, y la propia lástima es una abominación. Usted se halla en este estado porque no ha visto realmente que lo falso *es* lo falso. Cuando usted lo ve, recibe una tremenda energía y libertad para ver la verdad como verdad, no como una ilusión o una fantasía de la mente. Esta libertad es necesaria para ver si hay o no hay algo que no puede expresarse en palabras. Pero no es una experiencia, un logro personal. Todas las experiencias, en este sentido, dan lugar a una existencia separativa, contradictoria. Esta experiencia separativa como el pensador, el observador, es la que exige experiencias ulteriores y más vastas, y lo que exija, eso tendrá —pero eso no es la verdad.

La verdad no es suya ni mía. Lo que es suyo puede ser organizado, explotado, guardado como una reliquia. Eso es lo que está sucediendo en el mundo. Pero la verdad no puede ser organizada. Como la belleza y el amor, la verdad no está en el reino de las posesiones.

19

Si usted camina por el pueblecito, a través de su única calle, con muchas tiendas —la panadería, la fotografía, la librería y el restaurante— bajo el puente, pasa la sastrería, por otro puente pasa el aserradero, entonces entra en el bosque y continúa a lo largo, junto al arroyo, mirando todas esas cosas con sus ojos y todos sus sentidos bien despiertos, pero sin un solo pensamiento en la mente —entonces sabrá lo que significa no estar separado de nada. Usted sigue el arroyo por una milla o dos —de nuevo sin una sola vibración del pensamiento— mirando el agua impetuosa, escuchando su sonido, viendo su color, la enorme masa verde gris del torrente, mirando los árboles y el cielo azul a través de las ramas, y también las verdes hojas —otra vez sin un solo pensamiento, sin una sola palabra— entonces sabrá lo que significa sentir la ausencia de espacio entre usted y la brizna de yerba.

Al pasar a través de la pradera con sus miles de flores en todos los colores imaginables, desde el rojo brillante al amarillo y púrpura, y la lustrosa yerba verde, nítidamente lavada por la lluvia de la noche anterior, abundante y fresca —de nuevo sin un solo movimiento de la mecánica del pensamiento— entonces sabrá lo que es el amor. Mirar el cielo azul, las altas nubes, plenamente colmadas, las verdes colinas con sus claros perfiles frente al cielo, la yerba abundante y la flor

marchita —mirar sin una palabra del ayer, entonces, cuando la mente está por completo serena, silenciosa, sin ser perturbada por ningún pensamiento, cuando el observador está en absoluto ausente— en ese momento hay unidad. No es que uno esté unido con la flor, o con la nube, o con esas colinas curvilíneas; hay más bien un sentimiento de total no-ser en que cesa la división entre usted y el otro. La mujer que pasa con los víveres comprados en el mercado, el enorme perro alsaciano, los dos niños que juegan a la pelota —si puede uno mirarlos a todos sin una palabra, sin compararlos, sin asociarlos, en este momento cesa la disputa entre el uno y el otro. Este estado, donde no hay palabra ni pensamiento, es la expansión de la mente que no tiene frontera, que no tiene límites dentro de los cuales puedan existir el yo y el no-yo. No piense que esto sea imaginación, o algún vuelo de la fantasía, o alguna deseada experiencia mística, no lo es. Es tan real como la abeja que se posa en esa flor, o la niña montada en su bicicleta o el hombre que sube la escalera para pintar la casa —todo el conflicto de la mente, provocado por la separación, ha cesado. Miramos sin la mirada del observador, sin el sentido de la palabra y sin la medida del ayer. La mirada del amor es diferente a la del pensamiento. Una lleva la dirección que el pensamiento no puede seguir, y la otra conduce a la separación, al conflicto y al dolor. De este dolor no podemos pasar a la otra. La distancia entre las dos es obra del pensamiento, y éste no puede mediante paso alguno alcanzar la otra.

Cuando usted regrese de las pequeñas quintas, de las praderas y de la vía del ferrocarril, verá que el ayer ha terminado: la vida comienza cuando cesa el pensamiento.

«Por qué no puedo ser sincera?» preguntó ella. «Naturalmente, no lo soy. No es que yo quiera ser insincera; es que se escapa de mí sin darme cuenta. Digo cosas en un sentido que no quiero darle. No me refiero a una conversación sin importancia que se sostiene por cortesía —entonces uno sabe que habla sólo por hablar. Pero aun cuando hablo o actúo seriamente, me descubro diciendo o haciendo cosas que son absurdamente insinceras. Lo he notado también en mi esposo. Dice una cosa y hace otra enteramente distinta. Él promete algo, pero ya uno sabe muy bien que no se propone hacer lo que dice; y cuando se lo indico así mismo, se irrita y a veces le da mucho coraje. Ambos sabemos que no somos sinceros en tantas cosas. El otro día formalizó un compromiso con alguien a quien más bien respetaba, y el hombre se fue creyendo en la promesa de mi marido. Pero éste no cumplió su palabra y encontró excusas para probar que él tenía la razón, y no el otro. Usted sabe cómo jugamos con nosotros mismos y con los demás —es parte de la estructura y relación de nuestra sociedad. A veces alcanza un punto en que todo llega a ser muy feo y profundamente perturbador, y ya yo he llegado a ese punto. Estoy muy perturbada, no sólo por mi marido, sino también por mí misma y por toda esa gente que dice una cosa y hace otra y piensa de nuevo algo distinto. El político hace promesas, y uno sabe exactamente lo que esas promesas significan. Promete el cielo en la tierra y sabemos muy bien que va a crearnos un infierno —y culpará por todo ello a factores que han estado fuera de su control. ¿Por qué somos tan básicamente insinceros?»

¿Cuál es el significado de la sinceridad? ¿Puede haber sinceridad —esto es, clara percepción interna,

ver las cosas como son— si existe un principio, un ideal, una fórmula ennoblecida? ¿Se puede ser sincero cabal, si hay confusión? ¿Puede haber belleza si existe una norma de lo que es bello o recto? Cuando existe esta división entre lo que es y lo que debiera ser, ¿puede haber sinceridad o sólo una insinceridad ejemplarizante y respetable? Nos hemos criado en medio de los dos —entre lo que realmente es y lo que puede ser. En el intervalo entre estos dos —el intervalo de tiempo y espacio— está toda nuestra educación, nuestra moralidad, nuestra lucha. En uno solemos poner una mirada distraída, y en el otro, una mirada de temor y una de esperanza. ¿Y puede haber honradez, sinceridad, en este estado que la sociedad llama educación? Cuando decimos que somos insinceros, esencialmente queremos significar que existe una comparación entre lo que hemos dicho y lo que es. Uno ha dicho algo contrario a lo que piensa, quizás para dar una seguridad pasajera, o porque está nervioso, asustado o avergonzado de decir lo que realmente *es*. De modo que la aprensión nerviosa y el miedo nos llevan a la insinceridad. Cuando estamos persiguiendo el éxito, si queremos lograr nuestro propósito, tenemos que ser un tanto insinceros, burlarnos de otro, ser astutos, falsos. O hemos conseguido autoridad o una posición que deseamos defender. Así, pues, toda resistencia, toda defensa es una forma de insinceridad. Ser sincero implica no tener ilusiones acerca de uno mismo ni vestigios de ilusión —que es deseo y placer.

«¡Quiere usted decir que el deseo engendra ilusión! Yo deseo una bonita casa —no hay ninguna ilusión en eso. Yo deseo que mi esposo obtenga una mejor posición —no veo ilusión en eso tampoco.»

En el deseo siempre hay la búsqueda de lo me-

jor, lo más grande lo más. En el deseo hay medida, comparación —y la raíz de la ilusión está en la comparación. Lo bueno no es lo mejor, y toda nuestra vida se malgasta en perseguir lo mejor —ya sea el cuarto de baño mejor, o la mejor posición, o el mejor dios. El descontento con lo que es, provoca el cambio de lo que es —lo cual es meramente la continuidad mejorada de lo que es. En el mejoramiento no hay cambio, y ese mejoramiento constante —tanto en nosotros mismos como en la moralidad social— es el que engendra la insinceridad.

«No sé si yo lo entiendo a usted, y no sé si quiero entenderlo,» dijo ella con una sonrisa. «Yo entiendo verbalmente lo que usted dice, ¿pero adónde conduce todo esto? Lo encuentro más bien aterrador. Si yo viviera en realidad lo que está usted diciendo, probablemente mi esposo perdería su empleo, pues en el mundo de los negocios hay mucha insinceridad. Nuestros hijos también se educan para competir, para pelear por su supervivencia. Y cuando me doy cuenta, juzgando por lo que usted dice, de que estamos entrenándolos para que sean insinceros —no de manera obvia, por supuesto, pero de modo sutil y tortuoso— entonces temo por ellos. ¿Cómo pueden ellos enfrentarse a un mundo tan insincero y brutal, a menos que ellos mismos tengan algo de esta insinceridad y brutalidad? ¡Oh, sé que estoy diciendo cosas terribles, pero ahí está! Empiezo a ver cuán absolutamente insincera soy»

Vivir sin un principio, sin un ideal, es vivir enfrentándose a lo que es cada minuto. Ser sincero es enfrentarse realmente a lo que es —o sea, estar en contacto completo con ello, no por medio de la palabra o de pasadas asociaciones y memorias, sino directamente en contacto con ello. Saber que ha mentido y no excusar-

se por ello, sino ver el hecho real *es* ser sincero; y en esa sinceridad hay una gran belleza. La belleza no hiere a nadie. Decir que uno es un mentiroso es un reconocimiento del hecho; es reconocer un error como error. Pero buscar razones, excusas y justificaciones para ello es insinceridad, y en esto hay lástima propia. La compasión propia es la sombra de la insinceridad. No significa que tiene que ser uno despiadado consigo mismo, sino más bien, se es atento. Ser atento implica estar interesado, mirar.

«Ciertamente, no esperaba todo esto cuando llegué. Me sentía algo avergonzada de mi insinceridad y no sabía qué hacer. Me sentí culpable por ser incapaz de hacer algo con ello, y son ello, y combatir la culpabilidad o resistirla, atrae otros problemas. Ahora tengo que pensar cuidadosamente en todo lo que usted ha dicho.»

Si me permite hacerle una sugestión, no piense sobre ello. Véalo ahora tal como es. De ese ver surgirá algo nuevo. Pero si se pone a pensar sobre el hecho, caerá de nuevo en la misma vieja trampa.

20

En el animal los instintos de seguir y obedecer son naturales y necesarios para sobrevivir, pero en el hombre se vuelven peligrosos. En el individuo, el seguir y obedecer se convierten en imitación, en conformidad a un patrón social que él mismo ha construido. La inteligencia no puede funcionar sin libertad. Cuando se comprende la naturaleza de la acción al obedecer y al aceptar, viene la libertad. La libertad no es el instinto de hacer lo que uno quiere. En un vasto complejo social eso es imposible; de ahí el conflicto entre el individuo y la sociedad, entre los muchos y el uno.

Durante algunos días había hecho mucha calor; la atmósfera era asfixiante, y a esta altura los rayos del sol penetraban en todos los poros de nuestro cuerpo y nos sentíamos algo mareados. La nieve se derretía rápidamente, y el arroyo se ponía más y más oscuro. La gran catarata se precipitaba a torrentes. Procedía de un glaciar enorme, quizás de más de un kilómetro de largo. Este arroyo jamás se secaría.

Esa tarde se desató el mal tiempo. Las nubes se amontonaban contra las montañas, y había estallidos de truenos, y relámpagos, y empezó a llover; se podía oler la lluvia.

Había tres o cuatro personas en la pequeña habitación con vista al río. Habían venido de diferentes partes del mundo, y al parecer todos harían la pregunta habitual. Pero la pregunta no era tan importante como el estado en que se hallaban. Su propio estado mental comunicaba mucho más que la pregunta. Ésta semejaba una puerta que se abría a una casa de muchas habitaciones. Era un grupo no muy saludable e infeliz a su manera. Eran personas educadas —no importa lo que esto signifique; hablaban varios idiomas, y parecían mal cuidados.

«¿Por qué no debiera uno usar drogas? Aparentemente usted está en contra de ello. Sus mismos amigos prominentes las han usado, han escrito libros acerca de las drogas, han estimulado a otros para que las usen, y han experimentado con gran intensidad la belleza de una simple flor. También nosotros las hemos usado, y nos gustaría saber por qué parece usted oponerse a estas experiencias de reacción química. Después de todo, la totalidad de nuestro organismo físico es un proceso bioquímico, y añadirle un producto químico extra puede darnos una experiencia que se aproxime a lo real. Usted no ha usado drogas, ¿no? De modo que si no las ha experimentado, ¿cómo puede condenarlas?»

No, nosotros no hemos usado drogas. ¿Tiene uno que embriagarse para saber lo que es la sobriedad? ¿Tiene uno que enfermarse para saber lo que la salud es? Como hay varias cosas envueltas en el uso de las drogas, entremos en todo el asunto cuidadosamente. ¿Qué necesidad hay de usar drogas en absoluto —drogas que prometen una expansión psicodélica de la mente, grandes visiones e intensidad? Aparentemente uno las usa porque las propias percepciones están embotadas. La claridad se reduce y la vida es más bien superficial,

mediocre y sin sentido; uno las usa para trascender esta mediocridad.

Los intelectuales han hecho de las drogas un nuevo modo de vida. A través del mundo se ve la discordia, las compulsiones neuróticas, los conflictos, la miseria aflictiva de la vida. Nos damos cuenta de la agresividad del hombre, de su brutalidad, de su completo egoísmo, y de su incapacidad para ser domado por ninguna religión, ley o moralidad social.

Hay tanta anarquía en el hombre —y al mismo tiempo, enormes capacidades científicas. Ese desequilibrio causa estragos en el mundo. La brecha insalvable entre la tecnología avanzada y la crueldad del hombre está produciendo gran caos y miseria. Esto es evidente. Así, pues, el intelectual que ha jugado con varias teorías —el Vedanta, el Zen, ideales comunistas, y así sucesivamente— al no encontrar salida de esta situación embarazosa, ahora se vuelve a la droga dorada en busca de la sanidad dinámica y la armonía. Se espera que el científico descubra esta droga dorada —la respuesta completa a todo— y probablemente la producirá. Y los escritores e intelectuales abogarán por ellas para detener todas las guerras, como ayer abogaron por el comunismo o el fascismo.

Pero la mente, con sus extraordinarias capacidades para hacer descubrimientos científicos e implantarlos, es todavía mezquina, estrecha y fanática, y continuará seguramente en su pequeñez, ¿No es así? Puede que una de esas drogas lo hagan pasar por una tremenda y explosiva experiencia, ¿pero desaparecerán la agresión, la bestialidad y el dolor tan hondamente arraigados en el hombre? Si estas drogas pueden resolver los intrincados y complejos problemas del hombre, entonces no hay nada más que decir, pues la relación, el re-

querimiento por la verdad, el fin del dolor son asuntos muy superficiales que desaparecerán, tomando una pequeña porción de la nueva droga dorada.

Ciertamente, esta es una manera falsa de acercarse al problema, ¿no es así? Se dice que estas drogas provocan una experiencia que se aproxima a la realidad, por lo tanto, ofrecen esperanza y estímulo. Pero la sombra no es la realidad; el símbolo nunca es el hecho. Observamos por todo el mundo que se le rinde culto al símbolo, y no a la verdad. ¿No es, pues, una pretensión vana afirmar que el resultado de estas drogas está cerca de la verdad?

Ninguna píldora dinámica y dorada va a resolver nunca nuestros problemas humanos. Sólo pueden resolverse por medio de una revolución radical en la mente y en el corazón del hombre. Ello exige trabajo arduo y constante, ver y escuchar, llegando a ser así altamente sensible.

La más alta sensibilidad es la más elevada inteligencia, y ninguna droga jamás inventada por el hombre producirá esta inteligencia. Sin esta inteligencia no hay amor; y el amor es relación. Sin este amor no hay equilibrio dinámico en el hombre. Este amor no es un don otorgado por los sacerdotes o sus dioses, por los filósofos, o por la droga dorada.

INDIA

CALIFORNIA

EUROPA

OBRAS DE J. KRISHNAMURTI EN ESPAÑOL

La Verdadera Revolución
Conflicto entre el Hecho y la Imagen
Diálogos con Krishnamurti, 1965
El Despertar de la Sensibilidad o el Arte de Ver
La Educación y el Significado de la Vida (2a. ed)
La Mutación Psicológica (3.a ed.)
La Libertad Total: Reto Esencial del Hombre
Temor, Placer y Dolor. Pláticas en Saanen 1967
La Liberación del Pasado
La Libertad Primera y Ultima (3.a ed.)
Comentarios sobre el Vivir (1.a serie)
Comentarios sobre el Vivir (2.a serie)
Comentarios sobre el Vivir (3.a serie)
La Crisis del Hombre
Urge Transformarnos Radicalmente
Un Mundo Nuevo
La Paz Individual es la Paz del Mundo
Conferencias en Ojai y Sarobia
Entrevista con Krishnamurti (folleto)
La Urgencia de una Nueva Educación (folleto)
Respuesta al Reto Actual (folleto)
Meditaciones (folleto)

En preparación:

La Urgencia de un Cambio Interno
Pláticas de Krishnamurti en Puerto Rico 1968

Pedidos a:

SALVADOR SENDRA

Editorial Orión
Apartado 20342
Rio Piedras, Puerto Rico 00928

Y en las librerías de España e Hispanoamérica.

J. Krishnamurti

dadera revolución